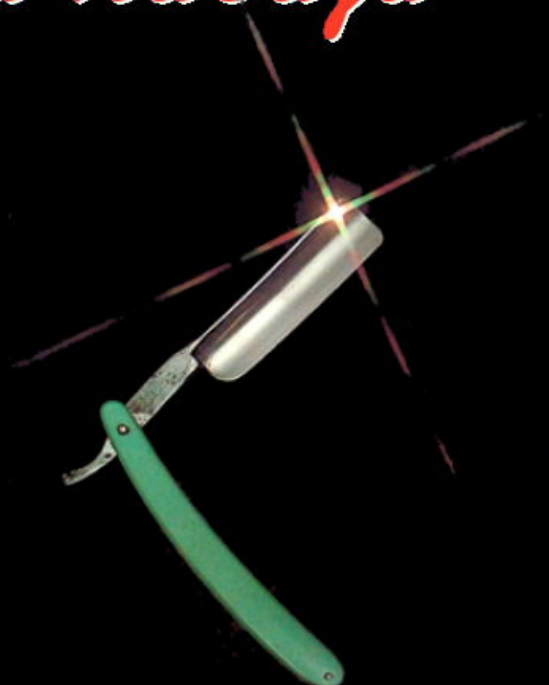
ANDREU MARTIN

El hombre de la navaja



En una ciudad española (pongamos Barcelona), aparecen cadáveres con un punto en común, las víctimas han sido asesinadas, con un tajo en el cuello producido por el filo de una navaja de barbero.

El pánico cunde tanto que el asesino es todo el mundo, la vecina de enfrente, el chusquero de la esquina, todos sumergidos por una galería de historias y personajes que parecen sacados de un túnel del terror.

epublibre

Andreu Martín

El hombre de la navaja

ePub r1.0
Titivillus 21.01.17

Título original: *El hombre de la navaja*
Andreu Martín, 1992

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Si uno comienza por permitirse un asesinato,
pronto no le dará importancia a robar,
del robo pasa a la bebida,
y a no ir a misa los domingos
y fiestas de guardar,
y acaba por faltar a la buena educación
y a dejar para mañana lo que puede hacer hoy.

THOMAS DE
QUINCEY
Sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes

Matar es como cortarse las uñas de los pies:
Cuando uno tiene que ponerse a ello,
se le antoja un trabajo ímprobo, insuperable.
Cuando lo hace, resulta que solo es un momento
y en un pis pas ya está listo,
y queda la sensación de que pasará mucho tiempo
antes de tener que hacerlo otra vez.
Y, cuando menos lo espera,
las uñas ya han vuelto a crecer.

Dedicado, por razones más que obvias,
a mis amigos de toda la vida
Enrique Ventura y Miguel Ángel Nieto

LA PRIMERA

Declaración de guerra

Diré:

—Perdone, ¿está hablando conmigo?

Incrédulo:

—¿Qué?

Enfureciéndome:

—¿Qué está diciendo?

Enérgico y ofendido, poniendo en su sitio al patán:

—No diga tonterías. En primer lugar, para que lo sepa, yo no conocía de nada a esa fulana. En segundo lugar, nunca he ido de putas, ¿me oye? Nunca.

Dirán:

—¿Y cómo sabe que la muchacha en cuestión era una puta? ¿Quién se lo ha dicho?

Cuidado.

Tranquilos. No hablar de más.

Extrañarme. Como si fuera una broma. Como si me confundieran con otro.

—Esto tiene que ser una equivocación. Yo los acompaño donde quieran, ya verán cómo están equivocados.

Pero no tienen por qué llegar hasta mí.

¿Qué los traería hasta mí?

—¿Es usted el propietario de un Volkswagen Golf, de color rojo, matrícula…?

No: las putas no anotan la matrícula del coche que se lleva a una de sus colegas. ¿O tal vez sí? No, no, seguro que no. Sería ridículo. ¿Quizás el chulo, para protegerla? Un chulo escondido detrás de un

árbol, anotando en la oscuridad, la lengua fuera, forzando la vista. Y, luego, ¿a quién reclaman? ¿A la Policía? No, no.

A lo mejor, un policía de novela, alguien de aspecto sagaz, calvo quizá, con bigote, como Poirot, haciendo funcionar sus células grises a todo trapo.

—¿Sabe qué me hizo sospechar de usted? Su forma de pensar.

—¿Mi forma de pensar?

—Sí, su teoría acerca de las mujeres. No se puede decir que la mantenga en secreto. Todo el que lo conoce sabe cómo piensa usted acerca de las mujeres.

Qué tontería. Mi opinión es de lo más vulgar. Pienso lo que todo el mundo, lo que todos los hombres. Todos los que pertenecemos al sexo masculino pensamos igual. Unos lo decimos y otros se callan. Otros incluso dicen lo contrario de lo que piensan. Pero en el fondo, en el fondo, un hombre solo puede pensar de una manera en lo que respecta a las mujeres. ¿Sí o no, señor inspector?

Ah, sí, claro, perdone, señor comisario, cuidado con eso, más vale equivocarse de más que de menos, llamarle de entrada comisario y, si resulta que es inspector, se sentirá halagado.

Ah, sí, claro, perdone, señor comisario. ¿No opina usted como yo, señor comisario?

¿Qué dije, *porlabocamuerelpez*, qué dije?

Nada. Yo nunca he dicho que las mujeres sean inferiores, ni que merezcan un castigo especial. Yo nunca he dicho eso. En todo caso, he dicho que eran, son, diferentes, y eso nadie lo puede negar. Son distintas físicamente, no hay más que verlas, esas caderas anchas, creadas para parir, y esas tetas para amamantar. Su misma anatomía, esa anatomía de la que tanto presumen y tanto exhiben por la calle, demuestra su utilidad y su destino, y justifica la condena de nueve meses grávidos antes de dar a luz, y esa única finalidad de sus vidas se les recuerda con sangre cada mes. ¿Necesita usted más señales de que ellas son diferentes, señor comisario?

Si necesita más pruebas, le sugiero que visite esa calle larga e interminable, que empieza en la luz de la gran avenida y termina en el infinito, esa calle oscura donde toda exhibición está permitida, gabardinas abiertas, nada debajo, piernas, tetas, miradas soñolientas, besos pintados, susurros pastosos y embusteros, «qué,

¿te vienes?», una hilera interminable de provocaciones llenando las aceras, entre el cementerio y el estadio. Las mujeres siempre están encajonadas entre paredes, ¿se ha fijado en eso?, les gusta verse aplastadas por cielos nocturnos, que parecen sólidos y bajos, aplastadas por techos de casas protectoras, aplastadas, les gusta ser aplastadas, abrazadas, estrujadas. Lo normal es que estén debajo, ¿no? Debajo.

Pasillos largos e interminables como calles, pasillos oscuros como calles de noche, pasillos repletos de llanto de mujer, como calles infestadas de putas nocturnas. Al final del pasillo, gimotea la mujer masoquista que se ha ganado el guantazo, que se buscó el abandono, la soledad, se lo buscó y lo ha encontrado. El hombre de la casa que tira la servilleta, se rinde, tira la toalla como el boxeador cansado de encajar mamporros sin rechistar, ya ha sangrado demasiado, ya basta. Y la servilleta va a parar dentro de la sopa, y la silla se cae de espaldas con estrépito definitivo, y de un zarpazo desaparece la chaqueta del perchero, y un portazo ensordecedor, cañonazo en la silenciosa y oscura escalera de vecinos, un portazo, blam, que es un adiós, el adiós de padre, que se dejó olvidada una mirada de odio, de rencor de quien es arrojado de su casa y jamás podrá regresar para vengarse. Del padre solo quedó, queda, quedará, una puerta cerrada al fondo del pasillo, un eco estridente, «estoy hasta los güevos», el eco de un portazo que repercutió en parpadeo incrédulo de los niños, una puerta al fondo del pasillo largo, interminable, oscuro, repleto de llantos de mujer.

La reciedumbre del varón, en cambio, su fuerza física, su iniciativa, su determinación, su creatividad, su habilidad manual, lo destinan a salir de casa, al aire libre, huir de la claustrofobia, y ganarse el pan con el sudor de la frente, y ganar el pan para la esposa y la prole que se quedan en casa, que deben quedarse en casa, esperándole, preparándolo todo para que, al regreso del trabajo, el hombre pueda reposar confortablemente. ¿No es eso lo que usted desea cuando regresa al hogar después de una interminable y agotadora jornada laboral, señor comisario? Claro que sí.

Cuidado. A lo mejor, la esposa del comisario es una de esas que trabajan fuera de casa. No. Imposible. Las mujeres de los policías son amas de casa. Seguro. Y, si él es un cornudo, que se joda. No le

irá mal enterarse un poco de las verdades del mundo.

Eso es lo que yo digo, señor comisario, solo digo eso, que hemos sido creados cada uno para una función, y que debemos cumplir con ella y que tan aberrante es una mujer usurpando un puesto de trabajo, ya sea picando piedra o dirigiendo una empresa, como un hombre con mandil, fregando platos, dando el biberón al niño o sacando el polvo de los muebles. Tan aberrante es una mujer en la mina como un travestido hinchado de silicona. Tan absurda es una mujer disfrazada de policía como una mujer oficiando misa. Ya sabe por qué es imposible que las mujeres se ordenen sacerdotes, ¿verdad? Porque, con ellas, no existiría el secreto de confesión. En eso estamos todos de acuerdo, ¿no? Son chismosas y charlatanas. Cuando van de compras, les dan las tantas porque se entretienen despellejando a los ausentes con las otras comadres del vecindario. Revistas para mujeres: revistas del corazón, de chismorreo, intrusión en vidas ajenas, a ver cómo viven los marqueses de Tal, los famosos también lloran, hijos secretos, la satisfacción miserable ante la desgracia del envidiado poderoso. Mezquinas y mediocres, si me lo permite, señor comisario. Revistas para hombres: economía, política, literatura, finanzas, deportes, la noble competición, el trabajo en equipo, la amistad. Esa es otra: amistad es un concepto que no comprenden las mujeres. Les resulta muy difícil ser amigas de otras mujeres, porque puede más que ellas el afán criticón y desleal. Y resulta imposible ser amigas de los hombres, porque, en habiendo sexo de por medio, en habiendo machihembrado, la amistad es impensable, antinatural, monstruosa.

—Mamá, ¿por qué lloras?

—¡Déjame en paz!

—¿Lloras porque papá se ha ido?

—¡Mejor que se haya ido! ¡No quiero volver a verle!

—¿Papá no volverá nunca más?

—¡Ojalá que no vuelva nunca más!

La hembra ha expulsado al macho de la guarida. Y ahora se siente victoriosa, pero sola. Debería estar riendo de la alegría y llora de rabia.

Apoyada en la pica de la cocina, de espaldas a la puerta, las piernas abiertas, cabizbaja solloza, y su hijo adolescente se le acerca por detrás.

—Mamá. Mamá, ¿por qué lloras? —Como le dijo hace siglos en el pasillo oscuro. La abraza por la cintura y ella prosigue con ese llanto que se prolongará durante años, y agarra las manos del hijo y las aprieta con mucha fuerza, el hijo bien pegado a ella, apoyada la cabeza en su hombro. Mamá, ¿por qué lloras si te saliste con la tuya, si conseguiste echar de casa a quien tanto odiabas? ¿Por qué lloras? ¿A qué viene tanta pamema, tanta hipocresía? ¿Lloras porque ahora tienes que trabajar para ganarte la vida? ¡Tú te lo has buscado! Se fue el que te mantenía y ahora tienes que apañártelas a tu aire, recibiendo hombres en casa, cobrando a cambio de humillaciones. Tú te lo has buscado, zorra.

—¿Papá era malo?

—Tu padre era una mala bestia.

Papá era mujeriego, papá pegaba a mamá, papá era un borracho, papá imponía su ley a trompazos.

El adolescente llorando sobre el hombro de su madre, odiándola, abrazado a su espalda, odiándola porque ella se quedó y nunca pudo darle lo que él quería, y porque padre se fue y los que se van siempre parecen mejores que los que se quedan.

—¿Papá era malo?

—Tu padre era un hijo de puta. Ojalá se haya muerto. Ojalá lo atropellara un coche aquella misma noche, ojalá que desde entonces se encuentre en un hospital, atontado, como una planta, como una estatua, con todo el tiempo del mundo para recordar el daño que nos hizo.

Las mujeres son vengativas. Las mujeres son embusteras, traidoras, veletas, infieles, hoy te dicen una cosa y mañana te dicen otra. Hoy te dicen «hay que obedecer a papá, papá lo hace por tu bien, papá es un buen hombre, papá vela por ti» y papá te ha partido el labio de un puñetazo, «te voy a enseñar», papá rabioso, monstruoso, abriendo mucho la boca y mostrando dientes afilados en pesadillas de locura. Tan pronto te dice «papá era un guarro, un hijo de puta», cuando papá se ha ido y ha dejado un vacío de cariño, o digamos de interés, o digamos de presencia fija, segura, de esa clase de estabilidad que proporciona la rutina. Cuando tanto lo odiabas, era un buen hombre. Hoy que tanto lo quieres, resulta que es un cabrón.

Eso es lo que yo pienso y digo, señor comisario, y me parece a

mí que no es ningún disparate, vaya, no sé. Así son las cosas y qué le vamos a hacer. Hay muchos hombres que piensan como yo, pero muchos, ¿eh? Yo no sé qué opina usted, ya sé que hay muchos que no piensan así, o que dicen que no piensan así, porque están dominados por sus mujeres, porque se han dejado engañar por las campañas feministas que quieren alterar el orden natural de las cosas, ya lo sé, pero, mire, voy a recurrir a un ejemplo más claro, infalible:

Las mujeres conducen distinto que los hombres. Automóviles, digo. Conducen coche distinto que nosotros. A que sí. Y en su forma de conducir se refleja su forma de vivir. Atolondradas, disléxicas, individualistas, egoístas, a la suya, insolidarias, contraviniendo cualquier ley o norma, y justificándose con sonrisitas encantadoras. A que sí.

¿Lo ve? Cuando pongo el ejemplo del conducir, siempre me gano adeptos.

Si todos pensamos igual, señor comisario, si todos tenemos que pensar igual, si es inevitable. Lo contrario es antinatural, aberrante, perverso. Lo que ocurre, ¿quiere que le diga lo que ocurre?, lo que ocurre es que las mujeres ya han tomado el poder. Pero no ahora, con las feministas, ni en la época de las sufragistas que pedían el voto, no, no, eso es lo de menos, eso son maniobras de distracción, no, yo quiero decir mucho antes. Hace siglos ya que vivimos en un matriarcado, señor comisario. Sí, sí, mire:

El hombre sale de casa, se va a trabajar, y la mujer se queda encerrada, y conspira y, envidiosa del poder que ejerce el varón en otros ámbitos, se va adueñando poco a poco del espacio familiar para reinar despóticamente en él. Y llega el hombre a casa y «¿de dónde vienes a estas horas?» y «¿con quién has estado?», y «no me dices nada», y a pagar y callar, y no se te ocurra preguntar jamás en qué se invierten los dineros que ganas duramente, ahí fuera, en la jungla, luchando con uñas y dientes.

Decía aquel hombre (infeliz): «En mi casa yo mando en las cosas importantes y a mi mujer le dejo las insignificancias. Yo decido cuál debe ser la política exterior del Gobierno, o la estrategia a seguir en las conversaciones de paz árabe-israelíes, y exijo la inmediata retirada de las tropas norteamericanas de aquí o de allí. Mi mujer, en cambio, se encarga de la economía de la casa, determina lo que

vamos a comer, dónde vamos a pasar las vacaciones, a qué colegio hay que llevar a los niños…».

¿A que a usted le ocurre algo parecido, señor comisario?

Claro que sí.

Después de usurpar ese gobierno doméstico, las mujeres echan a los maridos de casa, «tú a trabajar, a la calle, qué haces ahí tumbado, gandul», los echan de casa y ellas se quedan, urdiendo sus brujerías, abriendo la puerta a otros hombres, a los que seducen con repugnantes artimañas, «tú quédate aquí y no salgas hasta que yo te diga», o poniendo a los hijos contra el padre, gran estrategia, su estrategia preferida, enseñando a los hijos a desobedecer al padre, a odiarle, «es un cabrón», a rebelarse contra él y hacer causa común con ellas, que son las víctimas denigradas, el hijo tiene que protegerlas del padre, que es el bruto, el monstruo, el agresor, «ven a defender a mamá», ¿y cómo no te van a engañar si mamá te lo suplica de rodillas, llorando, siempre llorando, siempre llorando?

—Mamá, ¿por qué lloras?

¡Porque mira que son lloronas! Además, son lloronas, quejicas, pusilánimes, siempre con la barbilla clavada en el pecho, humildes y humilladas, voluntariamente entregadas al coscorrón y al insulto. Mi padre gritando: «¡Que no llores, coño, que no te quiero ver llorar!». El gran arma de las mujeres: las lágrimas, no hay forma de defenderse de ellas. Solo se puede contraatacar a gritos, «¡que no llores, coño!», y mano alzada, amenaza de autoridad, de respeto. Porque el hombre siempre tiene que andar imponiendo respeto, exigiendo respeto porque, en cuanto te descuidas, te pierden el respeto, te pierden el miedo, se ríen de ti, se aprovechan, te toman el pelo. Las mujeres, no. Las mujeres dan por supuesto que han de ser respetadas, dan por supuesto que los hombres se encargarán de defenderlas, ellas no tienen por qué hacerse respetar, muy al contrario: ellas provocan, juegan a ver qué pasa con eso del respeto, escotes, minifaldas, cruzados mágicos, biquinis, *striptease, topless*, ellas provocan, y se ríen al ver los esfuerzos a que tiene que someterse el hombre para respetarlas, «lo mirarás, pero no lo catarás» canturrean, y el hombre suda y tiembla y forcejea con la tentación, y ellas se ríen, y el hombre peca, y ellas se ríen y el hombre pega, sí, a veces el hombre no puede soportarlo más y peca pegando, pega pecando, y entonces todo son llantos, ah, sí, entonces

se ponen a llorar como locas. Lloran, lloran y lloran. Berrean, patalean, sollozan, hipan, hacen muecas para despertar compasión, por favor, por favor.

Diré:

La mujer es araña, encerrada en su vida diminuta y claustrofílica, tejedora de telas pegajosas, trampas mortales. El hombre es la mosca incauta que revolotea felizmente, creyéndose libre, ignorante de que su futuro está escrito por la mano enemiga. Y llega a casa y cae entre las patas depiladas, y sucumbe bajo el beso mortal de la mujer araña.

No le exagero ni un ápice, señor comisario. Todo hombre piensa así, en el fondo de su corazón, porque todo hombre, en algún momento de su vida, ha vivido una experiencia ejemplar. La mujer es la gran seductora, la gran tentadora. «Lo mirarás, pero no lo tocarás». En cuanto deja de ser niña, su única preocupación consiste en maquillarse, peinarse, vestirse por dentro para realzar sus encantos y vestirse por fuera de forma que parezca que va desnuda. Su principal obsesión es la de atrapar a un hombre porque la principal obsesión del hombre sensato y bien aconsejado, naturalmente, es la de no dejarse atrapar. «No te cases nunca, hijo mío», me decía mi padre. La vieja historia. Es lógico que el hombre huya del matrimonio, después de todo lo dicho, ¿no? Y es lógico que la mujer le persiga, ¿verdad? Observe, señor comisario, que mi razonamiento es lógico, impecable, es un axioma que no admite opiniones. El mundo es así. La mujer persigue, para conquistar su pequeño imperio doméstico, y el hombre escapa, para poner a salvo su libertad. Pero, ah, la mujer astuta, intrigando en su cubil, ha conseguido que parezca todo lo contrario. Ha conseguido que el hombre se crea que es él quien persigue, y ella puede permitirse el lujo de resistirse. Él pide y ella niega. Él necesita y ella impone las condiciones.

Porque la gran maldición del hombre radica en que necesita a la mujer. Dios maldijo dos veces al hombre. Una, obligándole a ganarse el pan con el sudor de su frente, que es maldición menor, porque el hombre es ingenioso y emprendedor por naturaleza y ha sabido inventar máquinas que lo aliviaran del esfuerzo físico. La otra maldición, la más terrible, fue la de condenar a Eva a parir con dolor. Porque eso significaba que ella sufriría, sí, y que debería

quedarse en casa, sí, y se vería incapacitada para tomar parte en la evolución del mundo, sí, pero también significaba que era ella la que tendría los hijos, ella y no el hombre, y que, por tanto, el hombre dependería de ella si quería perpetuar la especie, el hombre no podría pasar sin ella, se sentiría irremisiblemente atraído por ella por los siglos de los siglos, y esa maldición le entregó, atado de pies y manos, a la voluntad de la mujer artera. Y así, el hombre vive condenado a esa relación de amor y odio con su enemiga. Hasta un momento dado de su vida, vive instalado en el placer de la amistad con otros hombres, de su competencia leal con ellos, conociendo las reglas del juego y seguro de que los otros las van a respetar y, un buen día, impulsado por la maldición divina, se ve obligado a correr tras las faldas fatídicas. Unos morros pintados, unos ojos enmascarados, una falda demasiado corta, un perfume hechicero, un coqueteo, la aproximación al placer inevitable y la prohibición inmediata para poner condiciones.

Dije:

—¿Cuánto por algo muy especial?

Dijo, agachándose para mostrarme el rostro y el escote por la ventanilla:

—¿Qué quiere decir algo muy especial?

—Es un secreto. Ya lo verás.

—Tanto. —Ya ni me acuerdo, qué más da. Elegí a la que tenía la expresión más diabólica.

—Sube.

Montó en el coche. Yo temblaba de excitación.

¿Mi madre? ¿Que qué opino de mi madre? ¿A qué viene esto? ¿Qué es esto? ¿Un psicoanálisis? Deje en paz a mi madre. Ah, no, no, no se pase de listo, no. Mi familia fue normal. No fui un hijo de puta ni hijo de cornudo. Mi familia siempre fue una familia normal, hasta que mi madre ganó el combate y mi padre tuvo la dignidad de marcharse de casa, pero para entonces yo ya tenía uso de razón, yo ya comprendía las cosas y no me afectó la separación de mis padres. No, no: familia normal. Mi madre callada, hacendosa, cuidando de mí y de mis hermanos, fregando platos, planchando la ropa, pasando el mocho, cocinando. Mi padre, trabajando de sol a sol, tasador de daños y lesiones para una casa de seguros. Mi madre cabizbaja, siempre descontenta, siempre rezongando, siempre

reclamando, «que no me haces caso, que no me llevas a sitios, que no me compras ropa, que pasas mucho de mí». Y mi padre aguantando, aguantando. Siempre sonriente. Siempre recuerdo a mi padre sonriente, con chispitas en los ojos, «¡eh, machote, vamos a jugar; eh, machote, a ver si me pillas, chuta! ¡Vamos, chuta bien, como un hombre! ¡Corre, vamos, no te pares; yo a tu edad corría diez kilómetros antes de empezar a cansarme! ¡Corre, corre, corre, chuta! ¡Chuta bien, coño, que pareces tonto! ¡Corre, chuta, corre; no te pares, no seas nena!».

Mi madre:

«¡Deja en paz al niño!».

Mi padre:

«¡Calla tú! ¡Si de ti dependiera, este mocoso nos saldría maricón! ¡Corre, corre, corre! ¡A ver si nos va a salir maricón, el crío este!».

Mamá siempre protestando. Llorando. Agotando la paciencia de todo el mundo. Papá sonreía mientras podía, en el límite de sus fuerzas y su paciencia, y miraba a lo lejos, jadeando y obligándose a sonreír, conteniéndose para no hacer ningún disparate, y decía: «No te cases, hijo, no te cases. No te cases a no ser que no te quede más remedio». Los hombres se casan porque no les queda más remedio. Terminan aceptando condiciones aceptables, pensando que no deben de ser tan terribles cuando otros hombres viven sometidos a ellas. Es ley de vida y todo eso. Y se mete en la telaraña vestido de negro el novio, como para un funeral, y pilla la última borrachera libre de impuestos de su vida en una patética despedida de feliz soltería. Mientras que la mujer se viste de blanco en el día más feliz de su existencia, bajo tormentas de arroz y serpentinas, marchas triunfales y cascadas de regalos, entre el griterío de la familia y los amigos traidores que solo pretenden aturdir al hombre para que no se percate de la catástrofe en que se está convirtiendo su vida.

Luego, ya es demasiado tarde. La mujer se hace con el poder y el hombre se resigna. Después de siglos de esta práctica loable, la mujer, que había sido condenada a la marginación a cambio de la capacidad de engendrar, consigue salir de casa y hacerse protagonista de la evolución del mundo, ya sea directamente, descaradamente, a pecho descubierto (y nunca mejor dicho), sea como conspiradora en la sombra, aplicando todo lo que aprendió de la serpiente en el Paraíso. Grandes políticos, grandes empresarios,

grandes artistas, terminan diciendo y haciendo aquello que su esposa les sopla al oído. Y el mundo entero termina seducido y poseído por el sexo femenino. Y llega un momento en que el hombre, por pura dignidad, tiene que reaccionar. Tiene que aceptar que hay una guerra declarada, y que ha llegado el momento de luchar para poner a las mujeres en el sitio que les corresponde.

—¿Dónde me llevas? —preguntó.

—A un sitio que yo me sé —le dije.

Llevaba la navaja en el bolsillo del parasol.

Diré:

—¿Qué?

Diré:

Pero todo esto no significa nada. Eso no quiere decir que yo. ¿Por qué? Lo que pienso yo lo piensan todos los hombres. Todos. Usted también, comisario. Pero unos lo dicen y los otros, no. Unos pegan a sus mujeres y otros, cornudos, se dejan manipular como peleles. Los cornudos lo piensan más que los otros y se lo callan más que los otros.

¿Que qué opino de las putas?

Le dije:

—Ahí.

Dijo:

—¿Por qué ahí?

Un callejón oscuro, una pared sucia y brillante de humedad, en el suelo basura y barro negro.

—Porque tengo el capricho. Me gusta ahí. Y por detrás.

¿Que qué opino de las putas?

Diré:

Permítame que me sonría. Le extrañará lo que voy a decirle, pero creo que las putas son el primer triunfo del hombre en su contraataque. Las putas son un invento del hombre, un gran invento del hombre. La posibilidad de tener acceso carnal, de desahogar sus necesidades, de librarse de la maldición pagando solo dinero. Por cara que resulte una puta, es barata.

—Porque tengo el capricho. Me gusta ahí. Y por detrás.

Chascó la lengua. Como si protestara. Como si tuviera derecho a protestar.

Dije:

—¿Pasa algo?

Dice:

—Que te costará más caro. No sabía que te referías a algo así, en medio de la calle.

—¿Cuánto, de caro?

—Tanto.

Digo:

—Da igual.

Dice:

—Por adelantado.

Le pagué lo que me pedía. Qué más daba. Le dije:

—Ahora te apeas del coche y pones las manos contra la pared, contra esa pared, y las piernas bien abiertas, los pies separados. Yo me encargo de lo demás.

Chascó la lengua otra vez. Se apeó del coche y obedeció como obedecen todas las putas. Porque para eso son putas.

Saqué la navaja barbera del bolsillo del parasol.

Pagando por una puta, el hombre la convierte en un objeto. No en objeto de placer, ni en objeto de deseo, no en un objetivo, no. No. Estoy hablando de objeto inanimado. De cosa. La puta se convierte en una cosa. Y ella acepta ese papel. Porque, para pasar por persona, primero tendría que aceptarse como mujer, que significa parir y cuidar de los hijos y del marido.

Dijo:

—¿Qué haces? ¿No me quitas las bragas? ¿Quieres que me las quite yo?

Se creyó que la abrazaba.

Si hemos dicho que la mujer solo fue creada para tener hijos (habíamos quedado en ello, ¿no?, que toda su anatomía, todo su metabolismo, están únicamente en función de eso), la que se entrega a la fornicación sin ánimo de tener hijos se convierte en nada, en algo más despreciable que un animal, en nada, en una cosa, en un objeto desechable. Y la que tiene hijos pero no los cuida, los encierra, los esconde cuando llega otro hombre que no es papa, «metete ahí y no salgas hasta que yo te diga», esa… «Métete ahí y no salgas hasta que yo te diga», esa…

Mi madre hablando de tonterías, siempre tonterías. Mi padre serio, severo, partidario del respeto y de la disciplina. En mi familia,

todo bien, señor comisario, todo bien. No busque explicaciones psicológicas y enrevesadas de niño incomprendido. Soy hijo normal de familia normal. Me han criado con disciplina, y lo agradezco porque ahora sé distinguir perfectamente el bien del mal. Mientras obras bien, todo va bien, eso decía mi padre. Y por eso ahora no tengo ningún miedo y puedo ir por ahí con la cabeza bien alta. Cuando obras conforme a tu conciencia, todo va estupendamente. Cuando obras mal, entonces las cosas se estropean. Demostración práctica: cuando obras mal, tropiezas con un tortazo, con el castigo, te prohíben que hagas lo que te hacía tanta ilusión, te encierran en lugares desagradables, te hacen daño.

—¡Y no llores! ¡No llores! ¡Solo lloran las nenas, solo lloran las mujercitas de mierda! ¡Los hombres no lloran!

Así aprendí yo disciplina, y no me quejo, muy al contrario, lo agradezco, señor comisario, y lamento que estos métodos se hayan ido perdiendo en favor de una tolerancia que está minando nuestras costumbres. Mi padre fue muy tolerante con mi madre hasta el último día, ese fue su error, mi padre fue demasiado bueno, tardó demasiado en tirar la servilleta, todavía lo recuerdo, todavía sueño aquella servilleta de cuadros empapada en el sopicaldo de mierda con que mamá nos envenenaba. Y, encima, la víctima era ella. Llorando, apoyando las manos en la pica de la cocina, las piernas separadas, el hijo abrazándola por la espalda, apoyando la mejilla en su hombro, «¿por qué lloras; mamá?», como si no supiera que llora por el error que cometió, llora por haber ganado el combate injustamente, triunfó con malas artes y luego abusó del vencido, se ensañó con él hasta acorralarlo y echarlo de casa, le privó de casa y comida y de una familia por la que él tanto se había sacrificado. Llora porque sabe que, con su crueldad, lo rompió todo, todo, todo.

Diré:

Pero eso no significa que yo.

La puta es material de entrenamiento y aprendizaje. El chaval aprende con ella cómo debe tratar a las mujeres que conocerá a lo largo de su vida. El hombre, yo…

No. Yo nada. Nada.

La puta es material de derribo. La puta es animal de derribo. El hombre que paga por una puta puede hacer con ella lo que le dé la gana.

No, eso no lo diré.

La puta no tiene más razón de existir que la que le dé el hombre que ha pagado por ella.

No, eso no lo diré.

Cuidado.

Dije:

—Ahora te apeas del coche y pones las manos contra la pared, contra esa pared, y las piernas bien abiertas, los pies separados. Yo me encargo de lo demás.

Obedeció como obedecen todas las putas. Dijo:

—¿Qué haces? ¿No me quitas las bragas? ¿Quieres que me las quite yo?

Se creyó que la estaba abrazando, pobre imbécil.

LA SEGUNDA

Crimen sin historia

Es un crimen sin historia porque la víctima no tiene historia, porque no quiere tenerla. Dice que vive el presente obstinándose en ignorar el futuro y borrando obsesivamente su pasado. Tras años de esfuerzos, de ensayos, de fracasos y terquedad, ha conseguido secar de lágrimas sus ojos empastados de rímel y fosilizar una sonrisa estándar que puede parecer ilusionada, o intencionada, o sarcástica, según convenga a las circunstancias. Su vida es su ahora y su ahora es un *body* de nilón que le marca el tetamen, los pantaloncitos cortos ceñidos al culo, los zapatos de tacón de aguja, la carne de gallina porque hace un frío que pela, el pasear impaciente de un lado para otro, mascar frenéticamente un chicle ya sin sabor. Su ahora es el deseo de terminar cuanto antes, el ansia de un cliente, de un servicio; el que sea, para correr luego; a casa y meterse el pico que borre el pasado inmediato, los recuerdos inútiles, los pies en los peldaños irregulares de la pensión, la sonrisa con que *el Chérif* da la bienvenida al dinero, la maldita malditísima entrega de billetes que siempre lo ha estropeado todo, un pico y todo se le borrará, se le limpiarán las neuronas y recuperará la risa en la ducha, la risa de verdad, la risa de su infancia, la infancia que nunca existió, feliz y relajada, limpia de cuerpo y alma, limpia de polvo y paja, ya podrá afirmar como siempre, con toda la razón, que vive la mejor de las vidas, porque es libre, ¿te enteras?, libre porque ella hace lo que le sale del chocho, siempre lo ha hecho, y eso le permite despreciar a los clientes, y pasar olímpicamente de las prestaciones que le piden, por raras que sean («Ahora, métete esto»), ya está curada de espantos, ya nada la puede sorprender.

Le pica el antebrazo derecho. Se rasca. Pasea inquieta. Le pican las pantorrillas, el escote, le pica el interior de los muslos y no es deseo. Así se empieza. Y cada día el prurito empieza más temprano, por favor, por favor, cada día más temprano. Que solo hace unas semanas con un chute al día tenía bastante, y ahora ya necesita dos, casi un gramo, bueno, más de un gramo, si la contratan para alguna orgía, más de un gramo, ya lo creo, mucho más. Le cuesta respirar y, desasosegada, mira arriba y abajo de la calle, al muestrario de prostitución que puebla la acera, los coches que desfilan lentos ante ellas, a paso de procesión, qué más quisieran las putas que fuera una procesión, una corriente continua de vehículos, miles y miles, una riada de clientes entrando y saliendo, entrando y saliendo, en realidad solo es un goteo esporádico, ahora uno, pausa larguísima, ahora otro, sobre todo mirones que pasan lentos, indecisos, echando una ojeada a la mercancía, valorándola. Esta no, aquella tampoco, volveré a dar una vuelta, a ver. Dicen que en Alemania, en Hamburgo, hay una calle donde las putas se exhiben en escaparates, con su *déshabillé*, su cama, su ambiente, todo. Le gustaría probarlo. Le gustaría probarlo todo. Las experiencias enriquecen la vida. Su vida es muy rica en experiencias. De todo tipo.

Dedica a los mirones la sonrisa más luminosa, la que anuncia el mejor de los polvos, todo risas e imaginación, miradme a mí, elegidme a mí, que soy de circo. (En otro tono, terrible): Que soy de circo. Contorsionista, reina del galope, ilusionista, saco el conejo de donde menos te lo esperes, payasa, que cuento unos chistes que ya veréis. Si quieres, no paro de hablar, puedo decir las cochinadas más tremendas que te puedas imaginar, dos palabras y seguro que se te sube todo, se te suben los colores y se te sube el pito. A mí me gusta llamarle el pito. Suena bien. ¿Lo has entendido? El pito, suena bien. ¿A ti cómo te gusta llamarle? ¿Pito, polla, pene, verga? Una vez conocí a uno que lo llamaba príapo. Otro lo llamaba méntula, mentulina, mentulilla, cómete este caramelo de méntula, corazón. La escopeta, el magué, el zurriago, el zumaca, el surtidor, el ceneque, el careto. Colecciono formas de llamarle a eso. ¿Tú cómo lo llamas?

—Cállate y al grano.

O callada. Callada entro en el cuarto, callada me desnudo, callada te lavo el pito, callada me dejo, callada me entran. Gimo

porque hay que gemir. Callada cobro, callada me visto. Callada me olvido.

—Cuéntame tu vida. ¿Cómo te metiste en esto?

Ah, no, ese se jode. El cliente que quiere oír la desgracia de tu vida, que se quiere deleitar con tus amarguras, que tiene preparada una sonrisa, triste y compasiva pero sonrisa, para cuando le cuentes que te violaron, que te engañaron, que se aprovecharon de ti, que has hecho tantas guarradas que ya no te parecen guarradas, que siempre has terminado lamiendo lo que juraste que jamás lamerías, ese cliente morboso que, para calentarse, necesita saber que jode con una persona miserable y degradada, ese hijoputa se queda con las ganas. Por ahí sí que no pasa.

—Cuéntame tu vida.

—Mi vida no existe, corazón. Mi vida es ahora mismo. Mi vida, para ti, empieza cuando nos hemos saludado junto a la tapia del cementerio y terminará cuando nos separemos. Esa es mi vida. Vivo el momento. El futuro no existe y el pasado lo borro cada día cuando me voy a dormir.

—Déjate de hostias. Cuenta. Y no te ahorres detalles.

Hay una biografía ficticia a disposición de los clientes bordes. Una violación, un hijo, un novio que la chuleó, la soledad, la necesidad, la miseria, la tristeza. Todo falso, todo inventado para complacer al cliente que siempre tiene razón.

—¿Cómo te metiste en esto? —insiste el pichafría morboso.

—Porque es divertido. Follar es divertido, ¿no? A todo el mundo le gusta y a mí más que a nadie. Soy una ninfómana. Furor uterino. Tengo un horno, ahí abajo. Me abraso. Si no me follo cada día siete u ocho tíos, no me quedo tranquila. Yo soy puta porque me lo ha recetado el médico, soy puta por prescripción facultativa. —O bien, respuesta en serio para el cliente que dice «No, en serio, por favor, me interesa», como si de verdad le interesara—: Mira, me metí en esto como todas, porque no lo pude evitar, porque estaba escrito en alguna parte. Me gustaría decirte que fue por necesidad, pero eso no sería verdad. Por necesidad se hacen mil cosas que no son esta. Somos lo que somos porque nos lo marca el destino. Lo que pasa, en esta vida, pasa porque tiene que pasar, porque es necesario que pase, porque es inevitable y bienvenido sea, y bien está lo que bien termina. ¿Te vale?

Varios son los clientes que, por obvia asociación de ideas, le han contado el chiste de la cuchilla. Aquellos que fueron condenados al infierno y su castigo solo consistía en estar con mierda hasta el cuello. «Bueno, pues no es tan malo esto del infierno», dice el recién llegado. Hasta que viene la cuchilla, rasando la superficie de los excrementos, y los condenados dicen «¡Que viene la cuchilla!», y sumergen la cabeza en la mierda, para que la cuchilla no los decapite, zum, «Que viene la cuchilla», zum, eso es lo que quieren oír, que estás en el infierno por mala, que te metes de cabeza en la mierda cada vez que pasa la cuchilla.

—Mi vida no existe.

Te jodes. La borré. No hay recuerdos que contar y hoy me lo paso de coña, soy feliz, me paso la vida cantando y riendo, y me gano la vida con lo que más me gusta en el mundo, follar. Y de noche me limpio el cuerpo con agua de la ducha y me limpio el alma con un pico higiénico. Y aquí vienes a divertirte conmigo, no a mi costa. ¿Cómo le llamas tú al pito? Conocí a un cabrón que le llamaba nuquelele, otro, dedo sin uña. La anchoa, el pizarrín, el zupo, el cipo, la cebolleta, la mecha, el chupete, la longaniza. El pijirili, ¿no te gusta, el pijirili? El quilé. Un gitano señorito que conocí le llamaba el quilé.

—Cuéntame tu vida. ¿Cómo te metiste en esto?

No quieres hablar de tu vida. No hay pasado, no hay recuerdos. Son sueños, en todo caso. Imágenes deformadas que llegan cuando te liberas de las ataduras del sueño, cuando braceas desesperadamente huyendo de las pesadillas hacia la realidad de la superficie. Entonces vuelven a ti guateques juveniles, casi infantiles, con juegos excitantes, y el novio divertidísimo, tan simpático, que te inició en los placeres del sexo, el sexo a solas y en compañía, las orgías con gente del supermercado donde quién sabe si un día trabajaste de cajera, orgías con proveedores y jefes de sección incluidos, qué fácil fue llegar a administrativa de primera en la cuarta planta, qué fácil fue dejar de serlo para ganar mucha más pasta, pero que mucha más, dónde vas a parar, y mucho más fácilmente, las fiestas con toqueteo, los follajes con capucha, las cenas rusas donde los tíos comían y las tías gateaban bajo la mesa. Eso viene, llega y se va fugazmente, ella lo aparta de un manotazo. Y le golpean la cara los primeros billetes. «¿Pero tú cobras por

esto?», la sorpresa del primer cliente a traición. «Toma, claro, como todas». El novio divertidísimo, animándola, convertido en su representante, «venga, coño, y a ti qué más te da, coño, anda, coño, hazlo, por favor, coño, va», y «coño» se convertía en apelativo y ella empezaba a ponerse nerviosa, en qué lío me he metido, un día de estos corto de raíz y se acabó, ¿eh?, se acabó. Se acabó. Son sueños, nunca ocurrió nada de todo eso. Son pesadillas, mentiras, que provoca el mono para que te chutes más a gusto y con más frecuencia. Con *el Chérif* nunca te faltará caballo, tú tranquila, de momento todo va bien, todo ha sido perfecto, te lo has pasado muy bien en esta vida, te lo estás pasando muy bien, pero que muy bien, ha valido la pena, repetirías, ya lo creo que repetirías.

Lejos, muy lejos, casi borrada del todo, hay una violación. Una pandilla de casi niños, navajas, golpes.

Hay muchos golpes borrados y olvidados en su vida. Muchos. Bofetadas en la mejilla, un revés duro contra el pómulo, un ojo hinchado, puñetazos de película que se anuncian de lejos y estallan inesperadamente contra la ceja, contra la nariz, contra los morros, que te encuentras tirada en el suelo, estupefacta, boquiabierta, más asustada que dolida, «¿pero qué pasa?».

Pasa, pasa, pasa, pasa y se olvida, esto solo es la pesadilla del despertar.

Lo peor es que *el Chérif* quiera montarla. Cuando ya se ha terminado la jornada laboral, cuando ya se ha duchado y se ha metido el pico, no hay nada peor que *el Chérif* y su derecho de pernada. Y eso que con él lo hace por amor. Lo hace por amor y es el polvo que más le repugna, no puede evitarlo, no sabe por qué, el único polvo que no cobra es el más doloroso. Ojalá que esta noche *el Chérif* se esté quieto, que monte a cualquiera de las otras. Que la deje en paz. A ella le da igual que lo haga con las otras.

—Ahora, métete eso —le dijo aquel cliente, aquella vez. Por favor, ay, por favor.

—¿Pero qué dices?

—Que te metas esto. Que quiero ver cómo te lo metes.

Ay, por favor. Pesadillas. Te ahogas, te pica todo, pasan los presuntos clientes en sus coches, miran, miran, miran, sonríes, sonríes, sonríes, y no te dicen nada, el corazón te palpita como si estuviera a punto de estallar, ay, por favor, el cabrón aquel que

nunca existió, cierras los ojos para que no exista, para que no haya existido nunca, para que nunca, vuelva a existir. Porque, así, a cualquier pregunta que te hagan, que te hagas, podrás responder que las cosas pasan porque tienen que pasar, porque es necesario que pasen, porque es inevitable y bienvenido sea y bien está lo que bien termina.

—Ahora, métete esto.

Un Volkswagen Golf de color rojo.

El otro día, una compañera montó en un Volkswagen Golf de color rojo conducido por un tío de pelo blanco, de mucho pelo muy blanco. Se fue en el Volkswagen Golf de color rojo, que ella lo vio. Y la compañera amaneció en un callejón, entre basuras y ratas. Le habían cortado el cuello con una navaja barbera, y luego le habían dado diez o doce tajos en los pechos, haciendo cruces, así y así, así y así, con saña, que ella lo vio, que tuvo que ir al Clínico, al Instituto Anatómico Forense, a identificar el cadáver, porque aquella pobre no tenía parientes.

—¿Es esta?

—Virgen Santa.

—¿Es o no es?

—Sí, sí, es, es.

Y luego, en Comisaría:

—¿Qué viste?

—Un Volkswagen Golf de color rojo.

—Hay miles de coches como ese en la ciudad.

—Y yo qué quiere que le diga. Solo vi eso. Nada más.

Un Volkswagen Golf de color rojo, como el que ahora se acerca. ¿Es que no se percatan las otras colegas? Conducido por un tío de pelo blanco, de mucho pelo muy blanco. ¿Es que no lo ve nadie? Hay miles de coches como ese en la ciudad. Hay miles de cabelleras canas en la ciudad. ¿Es que nadie se acuerda?

Nadie se acuerda porque en esta calle, entre el estadio y el cementerio, no hay recuerdos, no hay pasado. Todas borran el pasado y por eso disponen de tanto placer y tanta alegría para vender. Todas viven la mejor de las vidas, ganando dinero con aquello que a todo el mundo le gusta hacer. «Qué más quisiera yo», diría más de una que se pudre en casa fregando platos y planchando camisas (como si las putas no fregasen platos ni planchasen

camisas), «qué más quisiera yo que ganarme la vida así. Pero no tengo estómago». Es divertido, créeme. Es un momento. Total. No hubo más Volkswagen Golf rojo que el que hay, no hubo nunca una compañera degollada. Y lo que pasa, pasa porque tiene que pasar, porque es necesario que pase, porque es inevitable y bienvenido sea y bien está lo que bien termina.

La rubia platino tipo Marilyn, con vestido blanco, machorra indecente disfrazada de furcia, se acerca al Volkswagen Golf rojo y se agacha para hablar con el conductor. Y la puta del *body*, los pantaloncitos y los zapatos de tacón de aguja siente un ahogo de envidia. El marimacho Marilyn le está quitando el mejor cliente de la noche, terminará antes que nadie, podrá irse a casa en seguida. Con el alma en vilo, asiste a las discusiones de la puta y el cliente y corre hacia ellos con un suspiro desbordándole los pulmones, toda picor, toda mono, rascándose el antebrazo derecho.

—¿Qué hay, qué hay? —dice jadeante, como si la hubieran llamado.

La mira el conductor de los cabellos blanquísimos.

—Que dice que quiere algo especial, pero no quiere decir qué —explica Marilyn.

—¿Cuánto por algo muy especial? —pregunta el cliente a la recién llegada.

—Tanto —dice ella, sin dudar.

—¡Será choriza! —le grita Marilyn—. ¡Será agarrada, mala puta, *esquirola, revientaprecios*, arrastrada! ¡Pero si no te ha dicho lo que quiere que le hagas! ¡Será miserable!

—¡Calla, imbécil! —la corta ella—. Como si quiero hacérselo gratis.

—Sube dice el cliente.

Qué más da.

Monta en el coche rojo, que huele a nuevo. Vive la mejor de las vidas y monta en el mejor de los coches, en el mejor de los Volkswagen Golf y se vuelve hacia el mejor de los clientes, que la llevará al mejor de los futuros.

Es curioso pero la excitación que hierve en su vientre no es miedo. Esa excitación es una especie de júbilo benefactor que disipa el prurito del mono, que tranquiliza y alivia definitivamente.

—¿Tú cómo le llamas al pito? —pregunta, dicharachera,

espontánea, confiada como una niña.

—Miembro viril —responde el cliente.

LA TERCERA

Coartadas y motivos

Estaciona el coche del *Cuesco* con dos ruedas sobre la acera en pleno paso de peatones de una calleja estrecha y en pendiente que desemboca en el Cinturón de Ronda. Hace un intento de arrimarlo, más discretamente, a la hilera de coches mal aparcados, pero no le entra la marcha atrás, y está muy nervioso, y desiste al fin, excitado y aturdido, y se va haciendo eses y sin echar la llave a la puerta. Se desprende con dificultad de los guantes de cirujano que han evitado que plasmara sus huellas dactilares por todas partes, y los tira a un contenedor lleno de cascotes y maderos rotos. Así descubre que el mordisco ha perforado la goma y ha arrancado sangre del dedo índice de la mano izquierda. La tiene muy dolorida. Como si, en la oscuridad, él mismo se la hubiera golpeado con la pistola. Ahora, así, en frío, casi no la puede mover. Se la mete en el bolsillo.

Se detiene ante el espejo de un escaparate de marcos y molduras. Se atusa el pelo, se frota el rostro con la derecha para borrar la desolación que lo enmascara. Se obliga a caminar hasta el neón intermitente, azul, rojo y verde, del establecimiento.
ELLA'S,
la única señal de vida en aquella manzana. Le asquea la perspectiva de entrar ahí, de ver a las chicas, de tener que saludarlas, pero no le queda más remedio. Ha estado preparando su coartada todo el día y ahora no puede rajarse. Si alguien está buscando al *Cuesco*, y Soto se entera de que lo busca, Soto irá personalmente a uno de sus locales para darle el chivatazo. «*Cuesco*, que te buscan».

Al *Cuesco* le pusieron este mote en el Barrio Chino, cuando empezó en el negocio, porque era pequeño, ruidoso y olía muy mal.

Le olía el aliento, le olían los sobacos, le olía la bragueta y le olían los pies aunque no se descalzara. Y conservó el mal nombre aunque no el mal olor. Últimamente, olía a loción de afeitar, colonia y desodorante y, al eructar, expelía vapores de menta. Residuo de sus comienzos miserables era el concepto que tenía de la elegancia. Chaqueta a cuadros marrón y beige, camisa amarilla, corbata blanquiazul, los colores de su equipo, pantalones azul eléctrico y botines de puntera. Cabello planchado con brillantina, pestañas de actriz antigua, ojos de soprano soñadora, boca brutal de gargajos, risotadas y blasfemias. Solo faltaba que en su carnet de identidad constara de profesión *chuloputas*.

Ha salido del
ELLA'S
y se ha desperezado, feliz como un gato mimado, bien comido, bien dormido y bien follado. Acababa de tomar posesión de una de sus pupilas, un clavo de campeonato en el reservado mayor, el de arriba, que la muy cabrona había cantado y todo, había cantado como una sirena de la pasma, nadie lo hacía tan bien como *el Cuesco*, tenía fama, hasta la puta más encallecida se lo pasaba divinamente con él, se lo decían las unas a las otras, no en balde controlaba a seis en el
ELLA'S
y a ocho en el BONGOSERO, que queda dos travesías más arriba. Y, cada noche, con una o con dos. Pregúntale a quien quieras, *el Cuesco* lo que le echen. Había ganado mucha pasta aceptando apuestas.

—¿Y con tres, *Cuesco*?

—Con tres. Pero tenéis que dejarme cinco minutos entre una y otra. Y tienen que hacer todo lo que yo les pida, ¿vale?

—Vale.

El Cuesco empezó en un bar asqueroso de la calle Cadena y ahora tenía dos locales en la zona perfumada, que se anuncian con guiños de neones azules, rojos y verdes, *topless* de calidad, señoritas de campeonato. A eso se le llama triunfar.

—¿Cuál es tu secreto, *Cuesco*?

—Que no fumo, no me emborracho y duermo nueve horas de un tirón. Haz lo mismo y triunfarás. Hazme caso. Serás un buen follador y, como los buenos folladores van escasos, triunfarás. Ah, y

nada de juego. Ni bingo, ni lotería, ni los chinos. Apuesta solo a lo seguro. Tres polvos seguidos y las condiciones las pongo yo. Seguro.

—Hasta que te falle el cuerpo.

—El cuerpo, en cosas de jodienda, no te falla si lo tratas bien. La jodienda es el único vicio sano.

Agazapado en el asiento de atrás del coche, Soto ha visto cómo se desperezaba, y ha agachado la cabeza para no ser visto. Ha metido la mano en el interior de la cazadora, ha contenido la respiración. Se ha quedado muy quieto, mirando fijamente el cambio de marchas. Sus dedos, casi insensibles dentro de los guantes de cirujano, han palpado la culata de la pistola que llevaba entre el pantalón y la camisa. Era una Radom M35, polaca, escamoteada del almacén del Departamento de Identificación junto con su ficha de registro. Era una pistola que no existía. No iba a utilizar su arma reglamentaria, claro. Miraba fijamente el cambio de marchas y pensaba en Ana y los niños. Ha respirado hondo, sin sonido.

La llave del *Cuesco* ha penetrado en el cerrojo, han saltado los pestillos de las cuatro puertas. Soto ha empuñado la pistola y, apretando las mandíbulas, ha expulsado todo sentimiento de su interior.

Ahora, entra en

ELLA'S.

Hay seis o siete clientes, más que chicas. Ángela tiene que atender a tres a la vez. Hablan con ella de cualquier chorrada haciendo que no les importa mirar las tetas, las tetas o las manos, o la nariz, qué más da. Y ella se vende a golpe de sonrisas desgarradas, impaciente por ir al reservado y librarse de ellos de una vez. Vanessa está con un sobón, un habitual mano larga que va distraídamente a por el pezón, y ella le pega en los dedos, pero no muy fuerte, y siempre sonriendo.

Las chicas del *Cuesco* tienen buenas tetas.

—La gente viene a un *topless* para ver tetas —decía *el Cuesco*—. Una chica de *topless* puede tener las piernas como un par de palillitos, como la Popotitos, o puede tener nariz de Pinocho, ¿quién se fija en eso cuando hay tetas a la vista? Pero, eso sí, las tetas han de ser de concurso. Las tetas, de anuncio. Yo, lo primero que digo a las que vienen a trabajar aquí: A ver las tetas. Y luego, si están bien,

hablamos. Me hincho a ver tetas, tío. Este es el mejor trabajo que te puedas imaginar.

Falta Cindy. Debe de estar en el reservado.

Soto se acerca a la barra. Se dirige a Lorna, que atiende el rollo interminable de un indeciso.

—Oye, ¿has visto al *Cuesco*?

—Ha salido hará media hora, una hora como máximo.

Soto le hace una señal, «acércate». Ella se disculpa con el cliente, que mira al recién llegado con la alarma chispeando en los ojos. Siempre le pasa lo mismo, es el típico indeciso que se pasa horas pensando «lo digo o no lo digo» y, justo cuando va a decirlo, viene el intruso y se lleva a la chica. Quizá debiera decir «Oye, oye, ¿esto qué es?», hace horas que se está gastando los cuartos con Lorna. Pero no dice nada. Es el típico cliente que nunca dice nada y siempre termina por no hacer nada tampoco.

—He estado tratando de localizar al *Cuesco* todo el día —murmura Soto, urgente—. Lo andan buscando.

—¿Quién?

—No sé. Colombianos. Sudacas. Quería decirle que se cuide.

Él mismo ha hecho correr la voz. Esta mañana, ha telefoneado a la Brigada y ha preguntado por López haciéndose pasar por un informante ocasional. López es lo bastante torpe como para caer en el garlito sin preguntar. «Unos sudacas andan buscando a un macarra que le llaman *el Cuesco*. Colombianos, o peruanos. No sé si es cosa, de drogas o de nenas».

—Soto: ¿tú no tienes un confite que le llaman *el Cuesco*? —Imbécil. Así no se dicen las cosas, ni dentro ni fuera de la Brigada. Nadie airea quiénes son sus confites. Uno tiene amigos, conocidos, y los soplos llegan como llegan, y a nadie le importa su procedencia. Claro que la amistad de un compañero como Soto con un mangante como *el Cuesco* es altamente sospechosa, ya me dirás tú lo que tienen en común, pero eso no le interesa a nadie más que a ellos dos. No hay que ir voceando así las cosas por los pasillos de la Brigada—. ¿Tú no tienes un confite que le llaman *el Cuesco*?

—¿Qué pasa con *el Cuesco*?

—Que lo andan buscando. —Efecto bumerán. La noticia ha vuelto a él, se ha dado por enterado y ahora no le quedaba más remedio que ir al encuentro del *Cuesco* y pasarle el dato. Antes, no

obstante, se ha encargado de ventilar el asunto delante de todos sus compañeros.

—Dice que lo andan buscando unos colombianos. O peruanos. De la droga o de prostitución. ¿Qué sabéis de eso?

Nada. No sabían nada. Claro: se lo había inventado él.

—Que andan buscando al *Cuesco*, ¿sabes quién te digo?

Ahora ya lo sabían.

Ha telefoneado al

ELLA'S

de forma que lo oyera todo dios. *El Cuesco* no había llegado todavía. Ha telefoneado al BONGOSERO. *El Cuesco* no estaba.

—¿Sabes cuándo va a ir?

—No. No sé.

—Gracias. Oye. Dile que le ha llamado Soto. Que es urgente.

—Vale.

—Que se cuide mucho.

—Vale.

Ahora, Lorna tampoco sabe nada.

—¿Colombianos? ¿Sudacas? Por aquí no ha venido nadie preguntando por él, no.

—¿Y te ha parecido que *el Cuesco* sabía que lo andaban buscando? ¿Te ha dicho algo?

—No. No sé. No me ha dicho nada.

—¿Parecía preocupado?

—No, no, qué va. Ya sabes cómo es *el Cuesco*.

Soto finge contrariedad. Se rinde:

—Bueno, esperaré por si vuelve.

—No creo que vuelva.

—Ponme un *whisky* con hielo.

—¡Pero, Soto, un *whisky*! —se extraña Lorna, medio en broma—. ¿Pero qué le ha pasado a este hombre? ¿Te has tirado al vicio o qué? ¿Le digo a una de las nenas que venga a darte palique?

Soto no responde. ¿Pero qué le ha pasado a este hombre?

—Atiende al cliente, anda, que está deseando follar y no sabe cómo decírtelo.

Hará media hora, una hora como máximo, *el Cuesco* se ha acomodado ante el volante y ha cerrado la puerta, ¡pram!, y se ha llenado el coche de sus aromas a colonia y desodorante. Soto

tragaba saliva, no respiraba. El motor ha rugido con brío. En seguida, ha sonado un tema de Mecano, «y los muertos aquí lo pasamos muy bien, entre flores, de colores» y el coche ha empezado a moverse. Ha salido del estacionamiento. Soto ha extraído la pistola polaca, se ha incorporado, se ha sentado en la parte de atrás y ha clavado el cañón bajo la oreja derecha del *Cuesco*.

—Te frío.

—¡Joder! —ha protestado el otro, sobresaltado.

—Te frío, te vuelo la cabeza como hagas el tonto. Te mato. Esto es una pipa, cabrón. —La rabia le deformaba la voz, se la estrangulaba y la volvía aguda y ofensiva. *El Cuesco* no había tenido nunca ocasión de oír a Soto en aquel plan, y ahora no podía volver la cabeza, o sea que no sabía quién lo estaba amenazando. No lo ha reconocido—. Ahora, iremos donde yo te diga. Enchega. Sal a Mitre. Coge el Cinturón. A la Zona Franca.

El Cuesco ha salido a General Mitre, ha enfilado el Cinturón de Ronda en dirección a la Zona Franca. Le temblaba el pie sobre el pedal del cambio como cuando se examinaba para sacarse el carnet y los nervios le traicionaban.

—Oye, ¿quién eres? ¿Quieres pelas? Toma pelas. Traigo una buena morterada, aquí.

—Calla. —La palabra ha sonado como un escupitajo. Dios mío, cuánto odio. Qué ganas de hacer daño.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Te he ofendido en algo?

—Que te calles. —Le ha golpeado con el cañón de la M35 bajo la oreja, ha dolido, le ha golpeado otra vez, para que aprendiera—. Que te calles, cabrón.

—La madre que te parió, te estás buscando un lío. —*El Cuesco* no callaba, *el Cuesco* era valiente. No habría llegado donde estaba si no los tuviera bien puestos. Y había algo en su voz que imponía autoridad, que prevenía de males mayores, que se resistía con energía al pulso que Soto le estaba proponiendo—. No sé quién eres, pero seas quien seas, aunque seas el Papa de Roma, te arrepentirás de esto. Te las vas a cargar, piénsalo bien.

—Hijoputa.

—No me vas a matar mientras conduzco. Nos pegaríamos una leche, nos mataríamos los dos. Mientras yo esté al volante, mando yo. ¿Quién eres?

Soto no ha respondido. Mantenía la pistola pegada al cuello del *Cuesco* mientras, jadeando de cólera, con la izquierda hurgaba en el bolsillo de la cazadora. Ha sacado la navaja de afeitar. Con un golpe de muñeca, ha sacado el filo del mango. Ha pasado la mano izquierda por encima del hombro izquierdo del macarra, como abrazándolo por la espalda, y le ha mostrado la hoja reluciente.

—¿La ves? ¿La ves, cabrito? Me cago en la leche, ahora vas a ver si mandas tú, cabrón. —Su resuello era terrorífico, infernal—. ¿La ves? ¿Has visto esta navaja, mamón?

El Cuesco se ha asustado.

—Espera, espera.

—Te corto una oreja y podrás seguir conduciendo, imbécil. Sin oreja también se conduce, mamón.

—¡Espera, espera!

Con la mano de la pistola, le ha agarrado de la oreja derecha y tiraba de ella. Estaba en mala postura para cumplir su amenaza, pero el otro no lo sabía, berreaba, «¡Espera, espera, coño!», y el coche ha marcado un zigzag violento que los ha zarandeado, y otro coche ha protestado con bocinazo interminable.

—¡Espera, espera, coño, espera! ¡Lo que tú digas, lo que tú digas! ¿Qué quieres?

—Donde yo te diga. Recto. Al paseo de la Zona Franca. —Han llegado al escaléxtric de la plaza Cerdà—. Al paseo de la Zona Franca. Recto.

Recto.

—Vale, vale, como quieras. ¿Pero qué quieres? Lo que quieras, cuenta con ello. Pero di.

—Quiero que veas una cosa.

—Vale, vale, lo que tú digas.

Soto se queda solo en un rincón de la barra. Le asombra su propia sangre fría, su capacidad de mentir, ese cerebro que tan fácilmente se vacía de sentimientos cuando conviene. Se compadece de sí mismo por ello. Se odia. Permite que regresen sus sentimientos, que le invada ese desánimo sin fondo y, al relajar los músculos, se siente muy cansado, como si la serenidad se obtuviera mediante un titánico esfuerzo físico. La tristeza se le instala en la piel del rostro, bajo los pómulos, amenazando nuevamente el llanto. Nunca había llorado tanto, nunca.

Con manos torpes, sobre todo la izquierda tumefacta, saca la cartera del bolsillo. La abre justo cuando Lorna le sirve el *whisky*, y la chica se cree que va a pagar.

—Por favor, Soto. Tu primer *whisky* corre por cuenta de la casa. Faltaría más.

Soto no la mira a los ojos ni a las tetas. Traga saliva y asiente, abre la cartera y mira sus fotos. La vista de Ana le provoca un suspiro tan profundo que casi es sollozo. Ana y los niños. Arturo, de dos años, y Ricardo, de uno. Mira las fotos, las sonrisas, y es incapaz de pensar en nada, solo se deja caer en la desesperación. Cuando no hace el esfuerzo de pensar, los recuerdos le invaden sin permiso. Los recuerdos y los remordimientos. Mejor los recuerdos.

Puso su mano en la espalda de Rita y era consciente de que aquella era la primera vez que tocaba a una de aquellas mujeres, y en seguida supo lo que aquello significaba, y Rita también lo supo. La forma como le miró, aquel reojo, aquella sonrisa complacida, eran una invitación y un desafío. «Ahora, no te puedes echar atrás». No podía echarse atrás. El contacto había sido deliberado, demasiado deliberado, hacía rato que forcejeaba con la tentación y, cuando se dijo «adelante», fue como saltar al vacío. ¿Por qué lo hizo?

—Anoche me llevaron a un *topless* —le había dicho a Ana muchos meses atrás, ¿un año ya?

—Vaya —hizo ella con media sonrisa, sin darle ninguna importancia—. ¿Y qué? ¿Bien?

—¿Qué pasa? —preguntó él, abrazándole la cintura—. ¿No te pones celosa?

Ella cruzó los dedos detrás de la nuca de él. Le respondió muy en serio, mirándole a los ojos:

—Me fío de ti. Sé que no eres un putero, y sé que me quieres. Y que no sientes la necesidad de andar probando tu hombría continuamente. ¿Me equivoco? —Soto parpadeó para indicarle que no se equivocaba, para pedirle que continuara—. No sé si estoy celosa, a lo mejor un poco. ¿Estás tú celoso del mozo que trae la compra del supermercado, del tío que trae el butano, del cartero, del pediatra, del camarero del bar de abajo?

Canturreó Soto, para frivolizar un tema que le ponía nervioso:

—Por el humo se sabe dónde está el fuego… Del fuego del

cariño nacen los celos…

—Los celos no nacen del cariño —afirmó ella sin perder la seriedad—. Nacen de la desconfianza. Y se manifiestan con rabia. Y todo eso no tiene nada que ver con el amor. —Y cambió de tono—: Bueno, ¿y qué tal el *topless*? ¿Cómo fue?

Soto admiraba a su mujer. La veía valiente, sincera, serena y entera. Era la persona que más respeto le merecía de cuantas había conocido en su vida.

—Es el *topless* de un confite. Uno al que llaman *el Cuesco*.

—¿*Cuesco*?

—Quiere decir pedo en argot.

—Vaya nombre.

—Los clientes hablan mucho con las putas. Demasiado. Las consideran tan poca cosa, que no conciben que puedan escuchar, retener, recordar y luego irle con el cuento a nadie. Ellas hablan con *el Cuesco* y *el Cuesco* me cuenta lo que cree que puede interesarme.

—Ya. ¿Y a cambio?

—A cambio, la Policía no se mete en sus negocios.

—Vaya.

Ana y los niños le miran desde la cartera. Confían en él.

¿Por qué lo hizo?

Rita era muy guapa. Muy guapa. ¿Cómo podía ser puta una mujer tan guapa? Podría haber sido cualquier otra cosa. Modelo. Actriz. Bailarina.

Le puso la mano en la espalda y ella le miró de reojo. Y en seguida, cuando nadie los veía, le apretó los dedos de la mano izquierda, en una invitación furtiva que daba a entender que aceptaba el compromiso de secreto. No hacía falta que él pusiera la condición de viva voz, «aquí no», pero lo hizo, para que todo quedara bien claro. Y se alejó de ella. No quería que *el Cuesco* lo supiera. Ni las otras chicas. Sabía, por experiencia, que no sabían guardar un secreto. Esperó a Rita a la salida. Se fueron a un *meublé*.

—No se lo digas a nadie.

—¿Por qué?

—Que no se lo digas a nadie. ¿Estamos?

Le pedía a ella que no lo divulgara, pero en realidad estaba hablando consigo mismo, se estaba diciendo que Ana nunca debía

enterarse de aquella infidelidad. Y que aquello no debía repetirse. Se sentía mal. Se sentía traidor. ¿Por qué lo hizo? ¿Para sentirse más hombre?

—Tú te debes de cepillar a toda la cuadra del *Cuesco*, ¿no? —le preguntó alguien en la Brigada.

—Pues no.

—¿Que no? No me jodas.

—Como lo oyes.

—¿De verdad me dices que no te has pasado por la piedra a todo el harén del *Cuesco*?

—De verdad.

—¿Pero por qué? —se extrañaba el compañero desorbitando los ojos. Tan atónito que le colgaba la lengua fuera de la boca.

—Cuando quieras usar una de mis chicas —le decía *el Cuesco*—, oye, Soto, ni lo dudes. Y gratis, ¿eh? Oye, mercancía de primera calidad.

Las chicas, desde el otro lado de la barra, le miraban con esa codicia con que se mira lo prohibido. Él había dicho que no, y era que no, y eso lo hacía tremendamente atractivo.

—¿Pero tú me quieres hacer creer que no te has tirado ni a una de las tías del *Cuesco*? —insistían en la Brigada, incrédulos.

—Ni a una.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Nada. Qué me va a pasar.

—No te entiendo, tío, no lo entiendo.

—No hay nada que entender.

Le violentaban aquellas conversaciones. Le violentaba el exceso de confianza de Ana, en casa, como si le obligara a cargar él solo con una responsabilidad que pertenecía a los dos. Casi le ofendía. Deseaba tener, provocar, una escena de celos. Se ponía nervioso. Fantaseaba. Tuvo insomnio unas cuantas noches.

—Aquí, no. No se lo digas a nadie.

Rita se desnudó y se le ofreció en la cama anónima de un *meublé*. En aquel momento, Soto ya no la encontraba atractiva. Cumplió como macho. Pero se prometió que nunca más.

—¿Nunca más? ¿Por qué? ¿No te ha gustado?

En el coche, hará media hora, una hora como máximo, el silencio de los dos hombres ha coincidido con una oscuridad

envolvente. Han quedado atrás la circulación densa, las luces, la civilización. A un lado y otro del paseo, en aquel momento, se levantaban edificios vacíos, oscuros y muertos, complejos industriales, fábricas, almacenes, bloques de oficinas, colegios, todo cerrado a esas horas, habitado solo por guardias jurados y perros que dormitaban, ventanas negras como ojos vacíos, tapias, sombras de cementerio. El miedo se había espesado dentro del coche, se solidificaban los presentimientos al ritmo irresponsable de la niña de Mecano, que todo lo convierte en canción infantil. «Cruz de navajas por una mujer, brillos mortales despuntan al alba, sangre que tiñe de malva el amanecer», y un órgano años sesenta haciendo piruetas sobre la oscuridad ominosa del interior del coche.

—Ahí a la derecha, por esa calle, a la derecha.

El coche ha obedecido. La luz de los faros ha rebotado contra la pared blanca desconchada donde unas grandes letras negras anuncian «Pinturas Armendáriz». Hay un portón muy grande por donde antaño, seguramente, entraron y salieron camiones. Y un portillo practicado en él para uso de personas no demasiado altas.

—Para aquí, para.

El coche se ha detenido. Soto ha abierto su puerta, ha bajado moviéndose con dificultad para no separar el cañón de la nuca del *Cuesco* al tiempo que abría la puerta del conductor. Cuando *el Cuesco* se ha apeado, antes de que pudiera reconocerlo, Soto le ha pegado con la M35 en la cara. Con tanta fuerza que la cabeza se ha ido atrás y se ha golpeado con el marco de la portezuela. Soto ha pegado otra vez y eso ha encendido la rebeldía y la desesperación del *Cuesco*, que ha cabeceado y embestido a la desesperada. Era pequeño, pero recio, y no era la primera pelea en que participaba. Sabía sujetar los brazos que le amenazaban, sabía clavar la cabeza bajo la mandíbula del otro haciendo que restallaran sus dientes rabiosos. Pero Soto no ha caído. Ha retrocedido dos pasos, tres, cuatro, ha estado, a punto de caer, pero esperaba la embestida, la deseaba porque la pasividad no le inspiraba violencia, y en seguida ha recuperado el equilibrio, lejos ya de la luz del coche que iluminaba lo que no debía y, enmarañados los dos en las sombras ha enviado un rodillazo al cuerpo que se pegaba a él, que le ataba los brazos. *El Cuesco* ha gemido y ha cedido, ha braceado buscándole el rostro, Soto ha dado un paso atrás, se ha zafado y,

controlando la silueta del enemigo a contraluz, le ha enviado un puntapié de penalti a los huevos. Ha estallado el grito de la derrota y *el Cuesco* ha caído al suelo. Solo un instante, sí, porque no se podía permitir el lujo de revolcarse, solo un instante, pero estaba vencido ya. Su única salvación se encontraba en las sombras y ha tratado de zambullirse y desaparecer en ellas, pero Soto veía en la oscuridad, lo ha agarrado de la chaqueta, lo ha detenido, y *el Cuesco* se ha revuelto, mecagondiós, si quieres pelea, tendrás pelea, pero Soto no había soltado la pistola y ha golpeado usándola con ánimo asesino. La primera vez, ha dado en blando, pero ha dolido. La segunda vez, ha dado en hueso, y ha dolido más, y *el Cuesco* ha soltado un sollozo de pánico. Tercer golpe en alguna parte del rostro, probablemente la mejilla. *El Cuesco* estaba por caer, pero Soto lo ha sujetado de la ropa, le buscaba la cara con la izquierda. *El Cuesco*, tembloroso, se le agarraba a los brazos, le tiraba de las mangas, le ha encontrado un dedo con los dientes y ha mordido, feroz, pero ahí llegaba: la pistola otra vez. Crac. Ahora, Soto tenía la referencia de su propia mano izquierda y podía calcular el golpe. *Crac*. En mitad de la frente. Crac. Pero se ha frenado en el último instante. Que duela, pero que no mate. Que sangre, pero que conserve el conocimiento. Crac. Y otra vez: Crac. Será entonces cuando se ha dado en los dedos. *El Cuesco* quería chillar «¡Por el amor de Dios!», pero le ha salido un balbuceo ridículo, ha caído de rodillas llorando, y Soto crac, crac, crac y crac, perdiendo los estribos, si lo mataba ya le daba igual, hasta que *el Cuesco* se ha ido de bruces, desapareciendo en la negrura del suelo, y la pistola ha fallado su objetivo y Soto se ha encontrado danzando en el aire, perdiendo el equilibrio y el sentido de la orientación. Resollando como un perro, gimoteando.

Silencio. Ha buscado el cuerpo del *Cuesco* escuchando su respiración ansiosa. Estaba muy quieto, invisible en la oscuridad, tratando de ahogar los sollozos para pasar desapercibido. A lo lejos, la niña de Mecano, «… si te reencarnas en cosa, hazlo en lápiz o en pincel, y Gala de piel sedosa, que lo haga en lienzo o papel…», y Soto recuperaba poco a poco la razón, se secaba el sudor con la manga de la cazadora, se guardaba la pistola en el bolsillo y buscaba a tientas, guiándose por los gemidos amordazados.

Ha agarrado el fardo y ha tirado de él con fuerza.

—¡No! —ha gritado *el Cuesco*.

Esta mañana, cuando ha llamado al
ELLA'S
para advertir al *Cuesco*, Soto ha preguntado por Rita.

—Que se ponga Rita.

—¿De parte de quién?

—De un amigo.

—Diga.

—Rita, soy yo. No digas mi nombre. ¿Me conoces?

—Sí.

—Quiero verte. Esta tarde. Di ahí que estás enferma, que no te encuentras bien, que no podrás ir a trabajar. ¿Lo harás?

—Bueno, sí.

—Por favor. Nos encontramos a las seis en la plaza Cataluña. En la salida del aparcamiento del Real Automóvil Club.

—Bueno, sí.

Le sigue maravillando su sangre fría. Hay en él una faceta repugnante. Se ve jugando con los niños, haciéndoles monerías, cantando cancioncillas estúpidas, bañándolos, empujando el cochecito, sacudiendo el sonajero, se ve haciendo manitas con Ana, llamándola «nubecilla», comparándola con las olas del mar, suaves o bravas, y se pregunta qué tiene que ver ese padrazo con el ogro despiadado, pistola en mano.

—¡No! —ha gritado *el Cuesco*.

Soto ha tirado de él hacia la luz del coche que se reflejaba en la pared blanca con desconchones. «Pinturas Armendáriz». Lo ha arrastrado y el otro no tenía fuerzas para resistirse. Cuando llegaban al portón, las piernas del *Cuesco* habían ido cobrando vida, y sus manos buscaban las que le sujetaban y los gemidos se han vuelto inteligibles.

—Oye, no, oye, escucha, no, toma.

Al entrar en el campo de luz, la sangre que le cubría la frente, y una de sus mejillas, y la chaqueta a cuadros y la camisa amarilla, ha brillado con un rojo violento. Soto ha soltado el bulto junto al portón y *el Cuesco* ha caído pesadamente y ha empezado a moverse en seguida para ponerse en pie otra vez. Buscaba algo en los bolsillos de la chaqueta.

—¡Quieto! —ha exclamado Soto.

Le ha clavado la puntera del zapato en el pecho. *El Cuesco* ha caído de espaldas y se ha puesto a llorar a gritos. «No, no, no; por favor, no puedo más, no me mate», berreaba como niño asustado que era. Soto se le ha echado encima, «¡No, no, no; por favor, no, no, no!», Soto ha buscado en los bolsillos de la chaqueta, ha sacado una cartera de piel, llaves, un paquete de *Kleenex*, condones, un bolígrafo, chicles. No había navaja ni pistola. Lo ha despreciado incluso por eso, por su indefensión. Se ha alejado de él. Con un llavín, ha abierto el portillo inscrito en el gran portón. Ha entrado en el recinto oscuro. A un lado, hay un gran conmutador eléctrico que, al ser accionado, hace un ruido seco que rebota en los ecos del almacén vacío y ruinoso.

Se han prendido dos fluorescentes en todo el almacén. Luz más que suficiente para que se viera bien el cuerpo atado a un somier que colgaba de un gancho del techo.

Soto ha salido otra vez. Ha agarrado al *Cuesco* de las solapas. Entonces, *el Cuesco* ha abierto los ojos, expectante, y le ha reconocido.

—¡Soto! ¡Coño, Soto…!

Tantos favores mutuos, coño, Soto, tantos buenos ratos, coño, Soto. Dios mío, qué pasa, se ha vuelto loco, es una equivocación, le han hablado mal de mí, te han engañado, Soto.

Soto, impasible, lo ha arrastrado al interior del almacén, lo ha levantado a pulso y le ha pegado la espalda al gran portón, para que *el Cuesco* pudiera ver bien lo que le tenía preparado.

—Soto —jadeaba el chulo. Y se ha callado. Lo ha visto, ha abierto mucho los ojos y la boca y se ha callado.

—¡Pero, hombre, mira a quién tenemos aquí! —dice una voz jovial e inoportuna, la voz de José, José de apellido, el periodista del morbo.

Soto cierra de golpe la cartera, como si temiese que le sorprendieran contemplando las fotos de su familia en aquel ambiente de luces tenues y tetas al aire, como si él mismo lo considerase una especie de profanación.

—Coño, José.

—¿Qué hace, por aquí el inspector Soto? ¡Y tomándose un *whisky*! ¿Qué fiesta es hoy?

—Nada. Ya ves.

José sale del reservado, era él quien se lo estaba montando con Cindy. Sale eufórico, con ganas de proclamar que acaba de echarse un polvo. A Cindy, que ya está detrás de la barra, ya se le ha olvidado lo que ha hecho y con quién.

—Oye —dice el importuno—. ¿Qué sabes de esas putas?

Soto le mira, entre desconfiado y agresivo. ¿A qué se refiere este ahora?

Esta tarde, a la seis, Rita estaba puntualmente en el lugar de la cita. En la plaza de Cataluña, a la salida del aparcamiento del Real Automóvil Club. Soto la espiaba de lejos. Ha bajado a buscar el coche. Ha salido. La ha recogido.

—Sube.

Ha montado ella en el coche. Se han internado en el tráfico denso de la plaza de Cataluña.

—¿Qué te pasa? —ha preguntado ella. Y luego—: ¿Dónde vamos? —Y, en seguida—: ¿Qué te pasa, me lo puedes decir?

—Luego.

Quien conducía el coche no era el que jugaba con Arturito y Ricardito, ni el que hacía el amor con Ana. No era un padrazo. Era un hijo de puta sin entrañas que solo tenía un objetivo y que cumpliría su misión sin pestañear.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde vamos?

—A un sitio.

—¡Oye, tú! ¿Hoy de qué vas? ¿De amiguete o de policía?

Soto ha tragado saliva.

—Ni de una cosa ni de otra. Tenemos que hablar.

No estaba seguro de que su odio le durara hasta el almacén de la Zona Franca. Pero le ha durado. Se han detenido frente al letrero «Pinturas Armendáriz».

—¿A qué venimos aquí?

—A echar un polvo —ha mentido él, fríamente—. ¿A qué creías? Anda, bájate.

Ella se ha apeado del coche. No las tenía todas consigo.

Soto ha metido la mano en el bolsillo, para asegurarse de que allí seguía la navaja de afeitar.

—Oye —dice José, el periodista—: ¿Qué sabes de esas putas?

—¿Qué putas? —pregunta Soto.

José pone cara de «y tú me lo preguntas».

—Coño, esas que se están cargando. Hay un psicópata asesino suelto por la ciudad, ¿no? Les raja el cuello y luego les cruza las tetas a cuchilladas. Las nenas de la parte alta no hablan de otra cosa. Ya han caído dos.

—Tres —rectifica Soto casi sin querer.

—¿Tres ya?

Mañana quizá se descubra todo. José andará diciendo por ahí que Soto ya sabía que había tres muertas antes de que apareciera el tercer cadáver. Bueno, y qué. Que diga lo que quiera.

—¿Y qué pensáis hacer? —pregunta el periodista.

—Querrás decir qué estamos haciendo —corrige el policía.

—Bueno, ¿qué estáis haciendo? —Levanta un brazo de repente —. ¡Eh, Cindy! ¡Ponme un *gin-tonic*! ¿Tú quieres otro *whisky*?

—No. Ya me iba.

—Espera, coño. ¿Quieres otro *whisky* o no?

—No. Que no.

—Bueno, como quieras. ¿Qué estáis haciendo? Un loco suelto es una plaga.

—La versión oficial no es un loco suelto. Esas chicas se chutaban heroína. Debían pelas a alguien y no pagaban. Esto es cosa del narcotráfico.

—Venga, venga —se resiste el periodista—. Todo hace pensar en un loco, Soto, no me jodas. Eso de que les cruce las tetas a navajazos.

—Es un escarmiento, José, coño. Lo hacen así para que las otras aprendan. Esto son métodos de colombianos, gente así. Narcotráfico, que te lo digo yo.

—Pues no será que se esté aireando mucho la noticia. En los periódicos, no se han mencionado los crímenes para nada. Y no hay ni una nota de vuestro Departamento de Prensa. A mí me han llegado rumores porque me muevo en ese ambiente, si no nada.

—No aireamos el asunto precisamente porque los autores del asesinato quieren que los aireemos. Quieren publicidad. Quieren amedrentar a todas las putas de Barcelona. Y, como comprenderás, no les vamos a hacer el juego.

Cindy trae el *gin-tonic*. Saluda a Soto con un centelleo de sus pupilas verdes y se va.

—Di, Soto, di que no aireáis el tema porque no queréis que se

diga que en la Barcelona Olímpica anda suelto un loco que mata putas y se ensaña con ellas. Que hoy son putas, pero mañana vete tú a saber lo que mata. —Soto cabecea. Le da igual lo que diga el periodista. Solo cabecea y se termina el *whisky*—. Di que es más fácil hablar de narcotráfico porque, así, todas las personas de bien, los burguesitos que de noche se quedan en casa viendo la tele, pensarán que la cosa no va con ellos, dirán que las putas se lo tienen merecido, por putas, y no habrá ningún revuelo. Dirán que el que sale de noche, se la está buscando. Y el que la busca, la encuentra, y así no cunde el pánico. Y vosotros podréis detener a los de siempre: drogotas, marginales y demás. ¿Pero qué pasará cuando empiece a cargarse ciudadanos de a pie?

—Yo solo puedo decirte cuál es la versión oficial. Eso es lo que hay.

—¿Y qué dice la versión oficial del Volkswagen Golf de color rojo? ¿Y del tío del pelo blanco?

—De eso, yo no sé nada.

—Las putas no hablan de otra cosa. Tenéis que haberlo oído en la Brigada, seguro.

—Yo no llevo el caso, José. Yo no sé nada del caso.

—No me jodas, Soto. Estoy seguro de que no habláis de otra cosa. Desde el asesino de Lesseps, aquel que se cargaba viejas y las violaba, no teníamos en Barcelona un *serial killer*. El psicópata asesino de las Olimpíadas. Es un notición.

Rita. Desnuda. Atada con los brazos en cruz a un somier oxidado que colgaba del techo. La sangre del cuello le había cubierto el cuerpo, había llegado hasta sus pies, le goteaba desde los dedos al suelo. Y sus pechos, los hermosos pechos de Rita, estaban cubiertos de tajos y tajos que formaban cruces, tajos de sádico que se había ensañado febrilmente. Tajos de loco. De loco. Dios mío, de loco. ¿Qué le ha pasado a Soto?

En situaciones como esta, la mente más obtusa se vuelve genial. No se ve pasar toda la vida como en una película, eso no es cierto. Solo se comprende todo aquello que uno vio sin comprender. Hace cuatro o cinco meses, la mano de Soto sobre la espalda de Rita, los dos cuchicheando en el rincón del

ELLA'S,

aquellas sonrisas, aquellos disimulos. Alguien comentó «Esos dos se

van a enrollar» y *el Cuesco* «¿Ese? Imposible. Es un incorruptible». No vio que Rita y Soto se fueran juntos. Pero se fueron. Bueno, ¿y qué? *El Cuesco* se lo había ofrecido más de una vez, «cuando quieras usar una de mis chicas, ni lo dudes, mercancía de primera calidad».

Soto le estaba mirando como si quisiera clavarlo al portón con el poder de la mente. Sus ojos estaban perdidos bajo las sombras de las cejas, los lagrimones resbalaban por su rostro alargado, demacrado y mal afeitado, sus dientes brillaban como los de un lobo en una mueca de sollozo mal contenido, mueca de hombre que nunca aprendió a llorar bien. Su mano ha desaparecido en el bolsillo de la cazadora, ha reaparecido empuñando la pistola Radom M35 polaca.

—Mercancía de primera calidad, hijoputa —ha dicho—. Te iba a colgar de los huevos junto a tu puta, cabrón, pero no merece la pena tomarse tantas molestias. —*El Cuesco* ha movido los labios, pero no arrancaba ningún sonido a su garganta. No comprendía. Todavía no comprendía. Soto tragaba saliva porque estaba al borde del llanto—. He ido a hacerme unos análisis. El *Elisa* y el *Western blott*, o algo por el estilo, porque tenía fiebre y no me dolía nada. Me los he hecho un par de veces, para estar más seguros —jadeaba, jadeaba, jadeaba—. Y ha dado seropositivo, cabrón. Seropositivo.

Ha disparado. Las detonaciones han desencadenado una tempestad de truenos metálicos en el almacén vacío, ecos que rebotaban de pared en pared y ensordecían y enloquecían. Las balas han reventado el cráneo del *Cuesco*. Eran muchas balas para tan poco cráneo. Soto ha continuado disparando, y cada vez que tiraba del gatillo repetía «Seropositivo, cabrón, seropositivo, cabrón».

Ha metido el cuerpo del *Cuesco* en el maletero del coche, procurando no mancharse de sangre, y luego ha descolgado el cuerpo de Rita del somier, estúpida puesta en escena de película, sádica recreación de un crimen motivada por la rabia. Ahora, todo le parecía absurdo e inútil, y eso le ha arrancado el llanto, y ha tenido que permanecer con la frente apoyada en el volante, soltando el grito, permitiendo que el terror y la compasión le sacudieran el cuerpo.

—El psicópata asesino de las Olimpíadas —dice José, el periodista—. Es un notición.

Soto ronronea, harto ya y, dispuesto a quitarse de encima al

impertinente, le dice:

—Solo son putas, José —muy cansado, con todo el desprecio del mundo, como quien escupe, como quien vomita—. Solo son putas, coño. Que se jodan, que para eso están.

LA CUARTA

Por tu bien

Papá nunca comprendió el motivo de mis excursiones nocturnas, y supongo que ese era un incentivo más para que yo reincidiera en ellas noche tras noche. Pero no siempre era yo quien insistía en hablar del tema a la mañana siguiente. Si no iba a verle a su despacho con cualquier excusa (una póliza extraviada, una firma imprescindible, un visto bueno por duplicado), antes de mediodía era él quien me visitaba. Con las pupilas y las comisuras de los labios contraídas por el más severo reproche.

—Luces unas alarmantes ojeras —decía, por ejemplo.

Y yo como sin darle importancia:

—Es que anoche salí.

—¿Otra noche lúbrica? —dijo un día. No podía entender que uno visitara los bajos fondos si no era para ir de putas.

—Solo voy a mirar, papá —le recordé por enésima vez, fingiéndome concentrado en los documentos que barajaba sobre la mesa.

Entonces, él se entregaba al arte de la oratoria con todo su entusiasmo:

—Debes cuidarte de la compañía de ciertas señoritas, hijo. Pueden contagiarte, como sin duda no desconoces, enfermedades venéreas de difícil curación… —El santo varón, gimiente y plúmbeo, mirándome fijamente con aquella cara de gastroenteritis aguda, de retortijones soportados con abnegación cristiana—. Hijo mío: no quiero poner trabas a tu solaz, pero opino que no has elegido el mejor de los caminos. Hay otras formas, más sanas, de esparcimiento. Ya sé que debes descubrirlas por ti mismo, mediante

un proceso de ensayo y error, pero permíteme aconsejarte. Al fin y al cabo, soy tu progenitor y tú eres mi único descendiente. Desde que murió tu madre, no tengo a nadie más en el mundo y no quisiera ver desmoronarse el castillo de mis esperanzas.

¿Cómo explicarle que el principal placer radica en la contemplación de ese espectáculo único, irrepetible, distinto cada noche? ¿Cómo transmitirle el estremecimiento que produce el estudio de esos seres animalescos, toscos, encallecidos, huraños, peligrosos como fieras sueltas por la selva? Ahora que las fuerzas vivas y biempensantes de esta ciudad van apoderándose de su barrio ruinoso y pestilente, ahora que la Policía los rodea y que las excavadoras los invaden, demoliendo bloques decrépitos para convertir las estrechas callejas del laberinto protector en plazas abiertas que faciliten redadas y cacheos, ahora más que nunca esa gente parece manada de animales acosados, prontos a sacar zarpas y afilar los dientes para defender su territorio hasta la muerte. Cada vez hay menos putas en el barrio, papá, que no te enteras, porque les cierran los *meublés*, porque trincan a sus chulos y a sus camellos, y porque les ponen fáciles las cosas en otro sitio, lejos del centro de la ciudad, donde la papelina y la jeringa y el tetamen y la provocación no nos pongan en evidencia ante las visitas. Y, si me permites la licencia de mal gusto, cada vez hay menos putas porque anda por ahí un cachondo que las mata, ¿no te has enterado?, la Prensa no habla de otra cosa, hasta el editorial de *El País* ha tratado el tema, las degüella y luego les cruza el pecho con infinidad de navajazos. Le llaman el Hombre de la Navaja.

—Qué horror.

—Precisamente anteanoche encontraron a la cuarta víctima. —Me gusta comentar estas cosas con sonrisa bien luminosa, como si fueran buenas noticias o anécdotas infantiles, solo con el fin de escandalizar.

—¿Y a esa jungla poblada por fieras despiadadas sales tú cada noche, hijo mío? Permíteme que te diga: creo que sería muy conveniente para ti que te dieran un susto. No digo que debieras tropezarte con ese maníaco asesino al que aludías, pero sí creo que no te sentaría nada mal descubrir en tus propias carnes que estás jugando con fuego. Por tu bien te lo digo.

Llegaba tarde. Para cuando papá tuvo esta nefasta ocurrencia, ya

me habían pegado el susto.

En la plaza donde Robadors desemboca en San Pablo, esa plaza decorada por el diseñador neoyorquino Keith Haring, pocos meses antes de morir del sida. Tres chavales con navajas, tres andobas con sirlas, apenas chinorris con baldeos de campeonato.

Les dije:

—Tranquis, que soy colega.

Se creyeron que quería escaquearme.

—Ni colega ni hostias, que te rajo —ladró *el Moreno*, que es el más lanzado—. Suéltalo todo.

—Que sí, titis; que sí —entregándoles el reloj, o sea el peluco, y la saña, o sea, la cartera—. Que ya sabía yo que, tarde o temprano, me iba a pasar esto. Lo considero tan justo como pagar un peaje de autopista. Este es vuestro barrio y vosotros decidís que hay que aforar para visitarlo. Es justo, las birras hay que pagarlas.

Se miraban un poco asustados por mi serenidad. Se dieron el piro sin disimular su alarma. Los tíos raros, que no se comportan como el sirlero espera, son mal asunto, siempre acaban trayendo complicaciones. Seguro que, a la vuelta de la esquina, se refugiaron en un bar para comentar qué clase de tío raro era yo.

Pensar en ello me reconfortó. Al día siguiente, mientras mi padre me advertía de la conveniencia de que me dieran un susto por mi bien, me entretuve jugueteando alegremente con el recuerdo del asalto, la sonrisa bailando disimulada por la sombra del bigote.

Volví a verlos aquella misma noche. En realidad, fui en su busca aunque sin confesármelo abiertamente. Merodeé al azar por el más profundo subterráneo de la ciudad subterránea, distraído, escuchando en el *walkman* «Las noches en blanco» de Margarita Castell, en el dos cero tres del dial. Este había sido un programa de voz sensual, terciopelo y susurros, con llamadas de oyentes calentorros, de los que se pusieron de moda años atrás, cuando éramos más jóvenes y más golfos. Ahora, el país se ha vuelto formal y reprimido y la Marga desmelenada se convirtió en una Margarita Castell muy seria que, cada noche, hablaba de temas de rabiosa actualidad con unos cuantos personajes cualificados. «Hoy quiero que hablemos de la cuarta víctima del Hombre de la Navaja y tenemos con nosotros a…». La cuarta víctima (que, por sus características especiales; terminó conocida solamente por este

apelativo emblemático, La Cuarta Víctima) era una chavalilla de dieciséis años (primero se le calcularon catorce, más adelante se descubrió que tenía dieciséis), maquillada como puta antigua con mucho rímel, pestañas postizas y varias capas de lápiz de labios, vestida como puta con medias caladas; falda corta, zapatos de, tacón y jersey escotado, pero virgen, según demostraría la autopsia. Esa era la noticia del día, que apareció con letras de palmo en la primera página de *El Caso*: «La puta era virgen». Yo me reía con los comentarios de los contertulios. «Una riña». «¿Una niña?». «No, no, una riña, una disputa». «Ah, entonces ya no es tan niña».

Encontré a mis choricillos, como quien no quiere la cosa, en un bar de *camarutas*, casi a la hora de cerrar. Ellos no me vieron. Yo apenas me asomé, los localicé y me eché para atrás en seguida. Los esperé en la calle. Los vi salir, borrachos y torpes, enternecedoramente vulnerables ellos tan feroces, riendo sin ganas por cualquier cosa.

Los seguí.

En, «Las Noches en Blanco» de Margarita Castell, en el dos cero tres del dial, alguien llegaba a la brillante conclusión de que, o sea, si era virgen, eso significaba que la Cuarta Víctima no se prostituía, un representante del Departamento de Prensa de la Policía, haciendo gala de un tacto exquisito, replicó que hay muchas maneras de ejercer la prostitución conservando la virginidad.

Uno de los chorizos se quedó en una pensión de la calle San Ramón. Los otros dos se fueron en una moto a las afueras de la ciudad. Yo tenía el coche aparcado en un lugar estratégico y pude pegarme a ellos sin ser visto (lo que no me resultó difícil porque iban ciegos), Ramblas arriba. Gran Vía, Meridiana, hasta una deprimente ciudad dormitorio donde se tomaron un par de birras más antes de guarecerse en sus queos.

Los vigilé durante toda la semana siguiente, oculto en las sombras de las esquinas, confundido entre la clientela de un bar repleto, en la penumbra de un *cabaret* de baja estofa, siempre con los *walkman* en las orejas, disfrutando de «Las Noches en Blanco» de Margarita Gastell, en el dos cero tres del dial donde, tarde o temprano, siempre terminaban hablando de la Cuarta Víctima y, de rebote, de las tres anteriores.

El escándalo había saltado incluso a las primeras páginas de las

revistas del corazón cuando unos padres desconsolados, cuya hija había desaparecido del domicilio familiar, acudieron a la Policía y reconocieron a su pequeña Silvia en las fotos *post mortem* de la ya famosa Cuarta Víctima. Para entonces, algunas declaraciones de la Policía, basadas en el principio de que todo es lo que parece ser, habían rebasado los límites de la más elemental prudencia. Obsesionados por impedir que cundiera el pánico y por tranquilizar; sobre todo, a la opinión pública, proclamaron desde el primer momento que «estas cosas solo ocurren a quien se las busca». Apoyándose en la prueba de que el chulo de la tercera víctima había sido asesinado la misma noche que su pupila, esgrimieron la teoría de la venganza de un clan de narcotraficantes o de tratantes de blancas, en un intento de convertir al Hombre de la Navaja en una plaga, como el sida, exclusivamente reservada a prostitutas, drogadictos y demás gente que, con su mal vivir, se lo buscaba. Las señoras de costumbres fijas, esposas y madres ejemplares, no tenían nada que temer. Y, para hacer convincente el discurso, no habían dudado en echar todo el barro posible sobre las víctimas, llegando al insulto personal y la palabra soez e incluyendo en el mismo saco a la desconocida Cuarta Víctima, la puta virgen, de unos catorce años. Y se quedaron helados los policías del Departamento de Prensa, los del Grupo de Homicidios, los de Estupefacientes, y portavoces y otros peces gordos del Ministerio del Interior cuando la Cuarta Víctima resultó ser Silvia, Silvita, de dieciséis años, hija única de don Jacinto Pedreiro, presidente del Banco Nacional de Financiación e Inversiones, presidente del Comité para el Estudio y Control de las Oscilaciones del Producto Nacional Bruto, nieto del famoso filántropo Mariano Pedreiro, creador de las Escuelas Pedreiro, del Museo Pedreiro y de la Fundación Mariano Pedreiro, protectora de patrimonios artísticos y de reservas naturales. Todavía hubo algún pazguato de organismo oficial que, armado de prepotencia, siguió afirmando que las hijas de banqueros y mecenas también se drogan y prostituyen, pero su exceso de celo le costó el cargo y prevaleció, como única e indiscutible, la versión de que alguien había secuestrado a la inocente Silvita, la había disfrazado de puta y, a continuación, la había degollado y le había destrozado los pechitos a navajazos. El matrimonio Pedreiro protestó la irresponsabilidad de alguna Prensa y puso denuncias y se

anunciaron juicios, y la sociedad tuvo que aceptar que los asesinatos del Hombre de la Navaja no eran simples barrabasadas de narcotraficantes que arreglaban sus asuntos a su manera, sino los abominables crímenes de un loco que elegía a sus víctimas de modo indiscriminado. Y, ahora sí, la opinión pública se levantó en una protesta indignada, «no hay derecho, no hay justicia, no hay seguridad ciudadana, cualquiera puede salir por ahí con una navaja de afeitar rebanando el cuello de los ciudadanos decentes que pagan sus impuestos y exhiben el DNI entre los dientes». Se especulaba con la posibilidad, probabilidad, de que, el mismo asesino fuera un ciudadano decente que pagaba sus impuestos y eso puso nerviosa a muchísima gente.

En los bares que frecuentaban mis tres atracadores, las fulanas opinaban que las víctimas se lo tenían merecido por imbéciles, «son unas muertas de hambre que, por dos duros, se dejan hacer cualquier cosa, sin rechistar», a quién se le ocurre dejarse llevar a un callejón, a un descampado, a las callejas oscuras de la Zona Franca, a la playa de la Barceloneta, a las cuatro de la madrugada. A ellas nunca les pasaría nada semejante porque, mira, yo del piso a la barra y de la barra al piso, a mí no me pillan. Y, además, su Pepe no lo permitiría nunca. Claro, van por libres y pasa lo que pasa. «Y me siento muy protegida por mi Pepe, suerte tenemos de él, suerte tenemos de los chulos que nos protegen», los chulos nunca estaban presentes en estas conversaciones.

Por alusiones pescadas al azar, me enteré de que mis tres canallas se llamaban *el Moreno, el Pintas* y *el Ruby* y de que los tres coqueteaban con la heroína convencidos de que no se iban a enganchar. Yo les llamaba el Trío Calaveras y les tomé afecto. *El Moreno* vivía en la pensión de la calle San Ramón con su anciana madre, una mujer obesa y exuberante que solía decir groserías, a gritos, desde lo alto de su balcón. *El Ruby* y *el Pintas* vivían con sus padres, gente humilde que iba tirando con el paro y alguna que otra chapuza que saliera por ahí.

Mientras llevaba formularios de un lado para otro del despacho de papá, o (mejor aún) mientras comíamos en casa de tía Mercedes, celebrando su santo con cubertería de plata,
Moet & Chandon
, sonrisas empalagosas y meñiques en alto, me gustaba evocar

aquellos rostros patibularios, aquellas vidas sórdidas, las borracheras, las risas desdentadas, los jeringazos furtivos, los coitos precipitados en el callejón de los meados. Pensaba que a mi Trío Calaveras (como yo les llamaba) le gustaría entrar a robar en casa de tía Mercedes, y llevarse la plata, y mearse en el búcaro de los gladiolos artificiales, y cagarse sobre el edredón comprado en Oslo.

Ahora que ya se acepta plenamente la tesis de que el Hombre de la Navaja es un enfermo mental —decía Margarita Castell en el dos cero tres del dial—, ¿alguno de ustedes podría decirme qué tipo de enfermedad mental se le supone? ¿Se puede diagnosticar, conociendo sus crímenes, aun sin conocerlo, si es un paranoico, un esquizofrénico…?

—Evidentemente, se trata de un psicópata —decía, muy pizpireta, la psicóloga Díez.

—… Un psicópata… —corroboraba una voz recia, viril, con sonsonete argentino, dando a entender que, entre otras muchas cosas, el Hombre de la Navaja también podía tratarse de un psicópata.

—Yo no creo que sea un psicópata —terció una voz ronca y gargajosa con fuerte acento catalán. Siguió un carraspeo tremendo, que provocó turbulencias entre pecho y espalda y un intento de continuar—. Ese sujeto está demasiado deteriorado para…

—Perdóneme un momento, doctor Borrás —le cortó Margarita Castell—. Vayamos por partes, para aclarar conceptos. ¿Por qué diría usted que es un psicópata, doctora Díez? ¿Qué es un psicópata?

Un día, *el Moreno, el Pintas* y *el Ruby* se trasladaron al Ensanche para dar unos cuantos palos en cajeros automáticos. Yo me reía a solas, escondido dentro del coche y emboscado bajo los auriculares del *walkman*, contemplando cómo daban el primer susto, siempre *el Moreno* por delante, la sirla tiesa, mostrando los dientes como perro furioso. El cliente tembloroso, las manos que no pueden sostener la cartera, el contenido se desparrama por los suelos, billetes, papeles, carnets de identidad y de clubs privados, tarjetas de visita, de crédito y de autobús. Risas y un puntapié en el culo y cuidadito, eh, cuidadito con chivarte a la poli, que sabemos quién eres y dónde vives.

El segundo susto me dio la oportunidad que yo esperaba. Me

encontraba apostado en un chaflán y desde allí controlaba las dos calles perpendiculares. En una de ellas andaban los chicos acogotando a un julai que se rilaba en los pantalones. Por la otra, sin que ellos pudieran verlo, se aproximaba un coche de Policía con los pirulís azules apagados. Esperé el momento oportuno. Justo cuando los agentes saltaban de su coche y gritaban «¡Eh, vosotros!», mientras corrían hacia los chavales. Metí la primera y catapulté el coche hacia lo alto de la acera. Toqué el claxon, como si me hubiera vuelto loco mientras embestía a los policías, en un amago de aplastarlos contra las cristaleras de la entidad bancaria. Pero frené a tiempo, y ellos saltaron a tiempo, gritando y echando mano a sus pistolas, torcí el volante y me alejé a toda velocidad, después de haber dispersado a los actores del drama como quien da un manotazo al tablero de ajedrez dos movimientos antes del mate.

Hui, dejando a mi espalda tiros y gritos y frenazos. Me perdí en la noche, me volatilicé y, ahogado en adrenalina y placer, me materialicé de nuevo en sus calles, en el laberinto donde les gustaba perderse. Taquicárdico y ávido de respuesta afirmativa, me preguntaba si mi Trío Calaveras habría podido escapar de la pasma, y me emborraché de alegría cuando comprobé que sí, que ahí estaban, pateándose el botín y, probablemente, comentando qué tío más raro el del coche, ojalá qué tío más raro era yo, si me habían reconocido, ojalá. Me fui *pa* ellos y me presenté.

—Hola. —Me miraron, «¿y este?»—. Soy el julai de la otra noche, ¿os acordáis? El que pagó peaje. Os he salvado de la pasma, hace un rato.

Se acordaban y eran gente agradecida. Palmadas en los hombros, sonrisas rotas, dientes salvajes poniéndose a mi servicio.

—Hostias, el tío raro.

—¿Qué te tomas, tío raro?

—Tómate algo —y amigos para toda la vida. Lo que se dice colegas, troncos da buti.

—… La palabra psicópata —decía la doctora Díez, muy enteradilla— suele ser mal utilizada por abogados defensores y asusta a los fiscales y jueces, y eso da lugar a que se divulguen muchos disparates. En efecto, cuando los psiquiatras forenses dictaminan que un delincuente es un psicópata, el abogado defensor se aferra a esa palabra en su acepción errónea, diciendo que,

literalmente, en griego psicópata es el enfermo de la psique, el enfermo mental, el loco, y asimilando el concepto de loco al de persona que no sabe lo que hace. En definitiva, «mi defendido es un irresponsable, no sabía lo que hacía». Esto no es verdad. Pero, entonces, fiscales y jueces protestan que el sujeto en cuestión, cuando delinquía, sabía perfectamente lo que estaba haciendo y, por tanto, es una persona mentalmente sanísima, y eso tampoco es verdad. Los doctores William y Joan McCord definen así la psicopatía, y esta es la definición más generalmente aceptada: «Un psicópata es una persona asocial, agresiva e impulsiva, que carece de sentimientos de culpa y que es incapaz de crear lazos duraderos de afecto con otros seres humanos».

El Trío Calaveras, desde aquel momento, se compuso de cuatro miembros, igual que los Tres Mosqueteros. Les acompañé a dar algunos palos. Me enseñaron muchas cosas, y yo les descubrí nuevos territorios de caza, en la parte alta de la ciudad, donde no se habían aventurado hasta entonces. Ellos daban el palo y yo esperaba en el coche, a la vuelta de la esquina, garantizando una huida rápida y limpia, en un buga por encima de toda sospecha. Compartimos noches de putas supervivientes, de birra caliente, de jeringa y esnifada. Me llamaban *el Raro*, y a mí me gustaba.

Y llegaba tarde al curro, o no iba, y papá me dirigía miradas y muecas cargadas de conmiseración y asco.

—Qué pena, Dios mío, qué pena. Qué bien te vendrían unos buenos azotes. Se te ve tan desmejorado…

«Pues anda que tú», pensaba yo, y agachaba la cabeza, mirando papelorios que para mí carecían de significado. Póliza era una palabra esdrújula que se parecía a paliza. Y la palabra seguro solo servía para describir cómo te sentías cuando te refugiabas en el queli.

A las mañanas siguientes, un papá amargado y desilusionado, jeremías llorón y baboso, tiraba todo un expediente a la papelera, todo inútil, revoloteando folios de ignominia alrededor de mis pies, «tienes que aceptar que tu noctambulismo te perjudica, hijo mío, nuestra mente tiene limitaciones», avergonzándome con su hegemonía de padre y patrón, «todo mal, todo hay que repetirlo», mientras yo me refugiaba en pensamientos vengativos: «Cuando te pille el Trío Calaveras, tú sí que te vas a enterar. Como te pillen

terminarás lamiéndome las suelas de los zapatos». Lo veía confuso entre los tres baldeos, enarbolando una dignidad de pacotilla que se hacía añicos al menor contacto con la realidad, lo veía degradado, despedido, apeado del pedestal y condenado a fregar letrinas. Y me reía, me reía a solas y sin ruido, en el prólogo o el epílogo del sueño, o me reía con rostro circunspecto cuando él me aturdía con sus filípicas.

—… Sabes que haría cualquier cosa por ti, hijo mío. Siempre lo he hecho. Pero ahórrame el sacrificio de tu autodestrucción. Eres todo lo que tengo y, si bien yo me veo capaz de cuidar de mí mismo, me siento impotente cuando me enfrento con tus devaneos. Quiera Dios que no tengas que arrepentirte toda la vida.

—… Un psicópata —intervino el tertuliano argentino, que no estaba de acuerdo con la marisabidilla—, un psicópata, según definición del doctor Leo Kanner, es simplemente, «una persona que a usted no le gusta», querida.

—No, perdone… —quería resistirse la doctora Díez.

—No, perdóneme usted a mí, querida —se imponía el argentino, con acento pegajoso y con esa intransigencia que convierte cualquier «querida» en el peor de los insultos—: La definición que ha dado usted de psicópata es eminentemente moral y moralista. Un psicópata, para usted, perdóneme, es un señor desagradable que infringe la ley. O sea que, para usted, todos los que infringen las leyes son psicópatas, enfermos mentales, ya sean sus motivaciones políticas o sociales, ya sean sus actos producto de la miseria, de la provocación…

—… Créeme, hijo mío, que ruego a Dios, y si hago mal que Él me perdone, créeme que le suplico cada noche en mis oraciones, que te envíe un pequeño castigo, un mínimo escarmiento, una puntita de iceberg que te permita adivinar el terrible peligro que te amenaza bajo las aguas procelosas…

Hasta que no pude más. Y esperé a que saliera de mi despacho y rugí entre dientes, para mis adentros, que aquello ya pasaba de la raya, que yo ya no tenía edad para soportar infamias semejantes, que no estaba dispuesto a soportarlo ni un segundo más. Y estuve a punto de pegarle fuego, con mi Dupont de oro, al importantísimo contrato de los señores Requena, pero lo pensé mejor y, para no dejar rastro de cenizas ni olores, abrí la ventana, convertí el

contrato en un superreactor de papel y lo tiré a la calle mientras preparaba mi expresión más convincente para replicar que aquel contrato nunca había entrado en mi despacho, «estarás confundido, papá. Ya sabes que nunca pierdo nada, en todo caso pregúntale a la secretaria». Y, por la noche, hice mi genial propuesta al Trío Calaveras. Se trataba de sacarle a papá el pastón que quisieran. La oportunidad de sus (nuestras) vidas.

—¿Por qué no me secuestráis?

—¿Qué?

—¿A ti?

—¿Secuestrarte?

—¡Claro! ¡Yo me dejaría secuestrar con mucho gusto! Y mi padre soltará la pasta del rescate. Ya lo creo que sí.

Papá el Gimiente se tragaría la bola, seguro, porque sabía que yo frecuentaba malas calles y malas gentes, y pagaría lo que fuera por su primogénito bien amado en quien tiene depositadas todas sus esperanzas; cómo no iba a pagar.

«Querido papá —con letra temblorosa pero identificable—. Me temo que me han secuestrado. El escarmiento que tanto vaticinaste ha caído sobre mí…». Adjuntamos mi carnet de identidad como prueba de que realmente me tenían en su poder y lo remitimos por correo, con el sello boca abajo, que es como dice que envía su correspondencia ETA.

—No, perdone pero no es así. Detrás de una psicopatía siempre se esconde una grave psicosis…

—Según usted, querida, un cazador ballenero, hoy día, sería un psicópata porque transgrede las leyes que prohíben cazar una especie animal en extinción. En cambio, el capitán Achab de Melville no sería un psicópata porque en aquella época no estaba prohibido, no solo no estaba prohibido sino que los cazadores balleneros eran héroes admirados por todo el mundo…

—Perdone, señor Pisani, pero ahí es donde se equivoca —se impuso al fin la marisabidilla convertida en leona—, porque usted está hablando de transgresiones y delitos y leyes y prohibiciones, no yo. Limitar el concepto de psicopatía al ámbito de la delincuencia es un error injustificable…

—¡Pero si lo dijo usted, querida…! —protestaba el argentino con voz de pito.

Me llevaron a los restos de un chalet, cerca de la deprimente ciudad dormitorio donde vivían *el Ruby* y *el Pintas*, en un terreno baldío donde, hasta hacía poco, se hacinaban las últimas barracas de la ciudad. Barracas de adobe, uralita, madera y cartón. El Ayuntamiento había arrasado la zona, a razón de un millón por barraca, pero sus apisonadoras no habían podido con las ruinas de la villa de recreo de antiquísimas clases pudientes.

En la carta, le decía a papá que mis secuestradores establecerían con él contacto telefónico para fijar las condiciones y forma de pago. Y no quería hablar con papá, por miedo a que descubriera algo por mi tono de voz, o que se me escapara la risa a media conversación, así que *el Moreno* fue solo.

Me quedé charlando de esto y de aquello con *el Pintas* y *el Ruby*. Qué nos compraríamos cuando fuéramos millonarios, dónde viajaríamos. Cincuenta millones pedíamos a papá. Cincuenta kilos, ni un duro menos. Para entretener la espera, les invité a escuchar «Las Noches en Blanco» de Margarita Castell, en el dos cero tres del dial, «hoy continuaremos hablando del tema que ya monopoliza nuestras noches en blanco, ese Hombre de la Navaja que nos quita el sueño, y contamos con las autorizadas opiniones del doctor psiquiatra Pau Borrás, del Instituto Catalán de Prevención de Enfermedades Mentales del Vallés, a la psicóloga clínica Alicia Díez y al doctor Guillermo Pisani, psicólogo terapeuta…».

—¿Y esto de qué va? —preguntaba *el Pintas*.

—De si el asesino de las putas está loco o no está loco.

—Pues claro que está loco, ¿no?

—Bueno, están mirando qué clase de loco es.

—Pues
loco-loco,
¿no? ¿Qué más clases de loco hay?

—Sí, hombre —intervenía *el Ruby*, con su pizca de guasa—, está el majara, el liló, el sonao, el dandiló, el chalao, el zombi, el locatis… Hay el que está mal del coco, el que está como un cencerro y el que le patina el embrague.

—En mi definición, señor Pisani, cabe perfectamente el capitán Achab, aunque el pobre hombre, más que un psicópata fuera un paranoico, pero caben también perfectamente los militares más condecorados, los banqueros más famosos, los políticos que más

triunfan…

—¿Dice usted que todos ellos son psicópatas? —la desafiaba el argentino, preparando terreno para el disparate.

—Digo que pueden serlo. Que muchos de ellos probablemente lo son porque una de las características del psicópata, lo que más fácilmente se desprende de su definición, es que no se detiene ante nada ni ante nadie con tal de conseguir lo que se propone. Su incapacidad para el compromiso personal, su carencia de sentimiento de culpa, su gran poder de seducción basado normalmente en la mentira y el fingimiento, hacen de él el perfecto ejecutivo agresivo, término precisamente acuñado en América, la patria de los psicópatas…

—¿Está diciendo que todos los americanos somos psicópatas, señora…?

—Solo lo estoy insinuando, querido —remataba su faena la aguerrida psicóloga.

—Oye —me preguntaba *el Ruby*, con sincero interés—. ¿Y nosotros somos sicópatas de esos, o no?

Yo me reía y le corregía:

—Psicópata, *Ruby*. PSIcópata, con pe —recalcando la psi—. Sicópata querría decir enfermo del higo y eso solo pueden serlo las señoras.

Nos reíamos, nerviosos, excitados, mirábamos el reloj, y *el Moreno* no llegaba. Yo me lo imaginaba encajando uno de los rollos macabeos de papá. Me lo imaginaba farfullando: «¿Mande?».

Intervenía Margarita Castell:

—Y usted, doctor Borrás, que está tan callado, ¿por qué decía antes que no consideraba que nuestro Hombre de la Navaja fuera un psicópata?

—Porque nuestro Hombre de la Navaja, como usted dice —reaparecía la voz irregular, ronca y afónica, cargada de turbulencias—, da muestras de estar muy deteriorado. Una de las cosas que caracteriza al psicópata de libro es que actúa en beneficio propio, extrae un rendimiento de sus fechorías, generalmente económico. Puede matar para robar, o porque le pagan por ello. Podría ser el sicario, el asesino a sueldo, el torturador por cuenta de otro, podía ser ese narcotraficante que la Policía presuponía días atrás…

—Perdone —se defendía la doctora Díez—, pero el Hombre de la

Navaja puede estar obteniendo beneficios que ni siquiera nos imaginamos. Los crímenes le pueden servir de exorcismo, de catalizador, de desahogo…

—Sí, pero… —rezongaba el doctor Borrás con retintín perdonavidas.

—Ya he dicho que, detrás de una psicopatía, se esconde siempre una psicosis, como usted sin duda sabe…

—Entonces —saltaba el argentino que, por lo visto, se encendía de ira cada vez que la psicóloga tomaba la palabra—, entonces, ¿por qué llamarlo psicopatía? ¡Si es una psicosis, llamémosle psicosis, no le llamemos de otra forma! ¡Ese hombre es un psicótico…! —gritaba con voz aguda como si en aquellos momentos estuviera viendo al Hombre de la Navaja en funciones, degollando prostitutas a cien metros de donde estaba él—. ¡Ese hombre es un psicótico y como a tal hay que tratarlo, tratarlo y denominarlo…!

—Sí, mire… Sí, mire… —metía baza, socarrón, el doctor Borrás, con fuerte acento catalán—. Lo que pasa es que es muy difícil diagnosticar sin tener al paciente delante, sin hablar con él ni pasarle unos test…

—Señor Pisani —moderaba la moderadora—: ¿Cómo nos definiría usted a un psicópata?

—¿A un psicópata? Este… Pues verá… En un caso como este, yo preferiría acuñar una nueva denominación. Podríamos hablar del síndrome de Orestes, puesto que está generalmente aceptado que este tipo de criminales suelen matar a su madre en cada víctima, para vengar a su padre, ¿no es cierto? Pero, bien, para atenerme a su pregunta, digamos que un psicópata es…

En ese momento, llegó *el Moreno* y apagamos la radio. Nos pareció que había tardado siglos. Y, cuando compareció en la puerta de la ruina, mirándonos fijo, como alelado, supimos que traía malas noticias.

—¿Qué pasa? ¿No quiere pagar?

—Sí. Sí quiere pagar.

—¿Ha avisado a la poli?

—No. No ha avisado a la poli.

—Entonces, ¿qué pasa?

El Moreno me miraba a mí, sobre todo a mí. Con ojos de pánico. Como si le pareciera que yo me había vuelto muy peligroso de

repente.

—Que no se cree que te hayamos secuestrado.

—¿Que no se lo cree? ¡Habrase visto imbécil…! Pero ¿y el carnet que le enviamos?

—Dice que podemos habértelo robado de la cartera, que con eso no probamos nada. Y que la letra de la carta no es tuya.

—¿Cómo que no es la mía? Si la escribí yo, yo mismo, delante de vosotros, con mi letra… ¡Será cabrón! —Me imaginaba a papá, desconfiado y avaro, pensando «Que se joda, el cabrón, para que aprenda, le está bien empleado»—. ¡Me cago en la madre que lo parió! Tendré que hablar con él…

—No —me salió al paso *el Moreno*, que todavía no lo había soltado todo—. No hace falta. Ha dicho que pagaría…

Aquello me desconcertó.

—¿Cómo que pagaría?

Me daba la impresión de que yo era el único que se estaba moviendo. Y me movía demasiado, incluso, mientras los demás permanecían quietos, mirándose, mirándome y callando. Tuve un presentimiento fatal.

—¿Cómo que pagaría? ¿Pero no dices que no se ha tragado la bola?

—… Bueno… Ha dicho, exactamente: «Para que yo les pague» —cita textual que exime de responsabilidades, qué terribles son las citas textuales—. «Para que yo les pague, tendrían que enviarme el dedo índice de mi hijo, y así yo lo compararía con la huella dactilar de su carnet…».

Eso no podía haberlo dicho papá. Yo no lo reconocía en sus palabras textuales como él no me había reconocido (decía que no me había reconocido) en mi carta de secuestrado.

—¡No lo ha dicho en serio! —grité.

El Trío Calaveras me miraba, me miraba, me miraba.

—¡No lo ha dicho en serio! ¡Era una forma de hablar! ¡Ha dicho eso porque no se lo ha creído, porque estaba seguro de que era imposible que lo hicierais…!

Mi estómago se había reducido al tamaño de una nuez, mi orificio anal se había contraído hasta cicatrizar. Traté de recordar la última sonrisa que me había dedicado papá, «lo que tú necesitas es un buen escarmiento», su último gesto cariñoso, «qué falta te hacen

unos buenos azotes», su última muestra de amor paternal. Fue inútil.

El Pintas y *el Ruby* me agarraron de los brazos. *El Moreno* empalmó la sirla.

—Pero yo creo que, si le enviamos tu dedo, pagará, ¿no te parece? Yo creo que pagará. No puede ser tan cafre.

Papá debía de estar contento, muy contento, más que contento, debía de estarse riendo a carcajadas, papá, psicópata de mierda.

LA QUINTA

Navaja en mano

Dicen que, de noche, por la ciudad, corre un loco con una navaja de afeitar. Dicen que ya se ha cargado a tres, no: cuatro, no sé cuánta gente se ha cargado, se da tanta prisa que una ya pierde la cuenta. Los periódicos lo han elevado a la categoría de titulares, la Policía puede prometer y promete, los psicólogos se inventan teorías atrevidas. No hay testigos. Las secretarias hablan de él, espantadas, por la mañana, mientras toman el café y el cruasán, arreglándose discretamente el elástico de las bragas, que les aprieta las ingles. Hablan de él las clientas de la carnicería, mientras observan las manos de Hilario que, sucias de sangre aguada, cortan carne sin manías, como un forense en autopsia. Miran la sangre, embobadas, y en la cotidiana y mecánica conversación incluyen comentarios morbosos de la crónica negra.

—Hilario, ponme tres filetes de la culata, que sean bien melosos, ¿y las viola o no las viola?, pero si no tiene tiempo de violarlas, dice que les clava la navaja, córtemelo del medio, por favor, una navaja de afeitar, normal y corriente, de esas que puede comprar cualquiera, dice que primero las degüella así, de oreja a oreja, qué horror, y después las desnuda de medio cuerpo para arriba y, en las tetas, chas, chas, chas, córtemelo finito, por favor, sí, finito que es para hacer escalope, chas, chas, chas, les da todo de tajos así, en las tetas, ay, qué grima, solo de pensado, cuarto kilo de carne picada, y se va corriendo, ¿cómo quiere decir que se va corriendo?, que se va, corriendo, ¿se va corriendo?, que huye, quiero decir que huye, ah, que huye, que se escapa, le había entendido que se iba corriendo, ¿comprende?, corriendo, pues eso digo, corriendo, ay qué mujer

esta, qué poca picardía, se va corriendo, y si te he visto no me acuerdo, un kilo de solomillo, dice que todos los cadáveres han aparecido con las mismas señales, es como una marca de fábrica, ¿qué tal hoy las costillitas de cordero?, no tiene tiempo de violarlas, no, un hueso para el caldo, además, también mata hombres, ¿no?, sí, sí, mata hombres, que yo lo he oído por la radio, pues a mí me parece que no, que sí, que sí, seguro, que ha matado hombres, ¿pero cómo va a rajar las tetas a los hombres, qué tetas les va a rajar?, les raja las nalgas, que lo dice el periódico, como las nalgas de los hombres se parecen tanto a los pechos de señora, ¿a ti te parece que se parecen?, unos despojos que estén bien, para el perro, pues les baja los pantalones y les cruza el culo, chas, chas, chas, que no, que no, que sí, que sí, ha matado a tres mujeres y a dos hombres, o sea que, de violar, nada, yo quiero hígado, que sea grande, si te parece poca violación que la maten a una, no, no, de violar, nada, o sea, que no llega a la penetración, hígado y riñones, ¿y cómo estáis de criadillas?, a ver, eso no significa nada, o qué se cree, ¿que a los hombres no se les puede violar? A mí me parece que nadie podría violar a mi marido, ni siquiera aquella pájara de las nueve semanas y media, ni que le dieran un año de tiempo podría violar a mi marido, ja, ja, ja, qué cosas tienes, Adelaida, ¿pero por dónde iban a violar a un hombre?, por detrás, mujer, por detrás, que a los hombres se les viola por detrás, mujer, que no te enteras, qué poca picardía, ¿por detrás?, ¡por el culo!, ¿qué me dices?, pero ¿a quién se le ocurre? ¿Y qué le parecería a usted, Hilario, si se encontrase al Hombre de la Navaja y le violara por la retaguardia?

—A mí no da miedo el Hombre de la Navaja —ha dicho Hilario esta mañana, como si tuviera un presentimiento—. Yo salgo cada noche, a tomar mi cafetito, mi copita, a mi partidita, y no pienso dejar de hacerla porque haya un chalao haciendo animaladas por la calle. —Ha dicho—: Si él hace animaladas, yo más.

Después, la conversación deriva hacia otros temas, «¿y su mujer le deja que salga, cada noche, cada noche, cada noche?, ¿quién es la última?, mi mujer no tiene que dejarme nada, gracias tiene que darme mi mujer de que no la deje yo a ella, ay, pobrecito, mira qué dice, qué harías tú sin la Patro, desgraciao, perdone, señora, pero yo estaba antes, que a mí me ha dado la tanda la Engracia, sí que es verdad, no, perdone», hacia otros temas, pero el más importante, el

que comentarán también en la pescadería, y en la frutería, y en la caja a la salida del súper, y en la calle, agarradas al carrito de la compra, el más importante es el Hombre de la Navaja.

El hombre que camina de noche, esta misma noche, por los alrededores del mercado de San Antonio. Pisadas que despiertan ecos indiscretos en los balcones y portales ciegos de la izquierda del Ensanche. Noche vacía. Viento gélido que alborota las desnudas ramas de los árboles y la basura diseminada por la acera, y atraviesa la ropa y te hace temblar y te oprime el estómago como si, en lugar de viento de marzo, frío agudo de finales del invierno, fuera miedo, miedo de encontrar al Hombre de la Navaja.

—Cagondié, como encuentre al tío de la navaja, no veas la que le meto —reflexiona, habla solo, el Hilario, después de perder una pasta a la butifarra, después de incontables cafés y copas, de regreso a casita—. ¡Que venga, que venga, que ya verá! —Hace tanto frío que le castañetean los dientes y se le crispan los puños cerrados en los bolsillos. Se le habrá pasado el efecto de los coñacs y los cafés. «¿Quieres que te acompañe a casa, Hilario? No, no, si vivo aquí al lado. ¿Pero no tienes miedo del loco? Bueno, bueno, qué coño miedo ni miedo ni loco ni loco. No veas lo que le hago yo al loco, como lo encuentre. Anteayer yo también me compré una navaja»—. Ese hombre está loco y los locos se les ve venir de lejos.

Hilario está convencido de que le verá venir de lejos. Como ve a ese pobre hombre, ahora, por su misma acera, calle Borrell entre Floridablanca y Tamarit. A los locos les delata su mirada alucinada y perdida (como la de ese tipo que se acerca), y los zapatos estropeados, y el exceso de ropa en verano y la manga corta en invierno. Igual igual que ese tipo que se aproxima haciendo eses de borracho, las manos en los bolsillos, pobre loco desgraciado (pobre, desgraciado y loco), que de un momento a otro se abalanzará sobre Hilario y le clavará la navaja. ¿Pero también mata hombres? También. ¿Y los viola? Por detrás. Y luego, les raja el culo, chas, chas. Hijoputa, míralo cómo disimula, fingiéndose borracho, fingiendo que ni te ve, fingiendo que va pensando en sus cosas, y de pronto, cuando os crucéis, se convertirá en una fiera. Hilario decide que debe reaccionar antes de que sea demasiado tarde. La mejor defensa es un buen ataque. Y ya extrae su navaja recién comprada, y saca el filo con sacudión de muñeca, y relampaguea la hoja

apuntando a la cara del loco, del pobre, del desgraciado, que da un brinco, y desorbita los ojos y desencaja la boca. «La madre que te parió, ¿quién es este cabrón? ¿Qué quiere?». Y es evidente, diáfano como la luz del día, que este hombre no es el asesino, que ninguno de los dos hombres es asesino todavía, porque el loco quiere exclamar «¿Qué quiere?, si no tengo un chavo, si me acaban de echar del Metro donde pensaba quedarme a dormir, si no he hecho daño a nadie, socorro», está a punto de exclamarlo y no lo exclama porque el aprendiz de Hombre de la Navaja ya se mueve, enseña los dientes y ruge, y el loco prefiere dar media vuelta y echar a correr, «¡me cago en diez!», y al Hilario se le escapa la risa y sale tras él, gritando también «¡me cago en la mar!» entre dientes, con un poco de guasa, qué susto ha pasado, ahora se desahoga persiguiéndolo y soltando una risa aguda y burlona, el otro ha desaparecido tras la esquina, perdiendo el culo, y dobla Hilario la esquina, navaja en mano, navaja en mano, y casi tropieza con doña Engracia, reluciente vestido de seda, collar de perlas falsas, abrigo de piel de gato, zapatos de lentejuelas, que viene de darse un garbeo en el «Marabú», de coquetear con hombres maduros, educados, pero un poco desvergonzadillos, viene de tocar y dejarse tocar discretamente, porque es lo que doña Engracia dice siempre, que ella se quedó viuda pero nada más, que se murió su marido, pero ella no, y aquí no es como en la India donde queman a la mujer con el difunto, y un día es un día y una tiene que distraerse y qué hay de malo en bailarse cuatro boleros, y ahí está doña Engracia, un poco nerviosa, pensando en el Hombre de la Navaja, llaves en mano, abriendo el portal, y en estas alguien se le viene encima, se vuelve, y ve al Hilario, navaja en mano, risa de dientes feroces, navaja en mano, y lo reconoce, navaja en mano, «¡Hilario, pero Hilario!», y cómo le cuento yo ahora a esta imbécil que no pienso, que no quería, se abre la boca de doña Engracia anunciando el chillido de víctima, ese chillido que prenderá luces en todas las ventanas, que conectará sirenas en coches de la Policía, que cerrará esposas en torno a muñecas, los chorizos entran por una puerta de la Comisaría y salen por la otra, pero cárgate tú a un chorizo, mata a un chorizo y verás la que te cae, y cómo le cuento yo ahora, cómo le digo, doña Engracia ya ha visto a Hilario con la navaja en la mano, y mañana acudirá a la Policía, y jurará haber visto al

Hombre de la Navaja, jurará que conoce su cara, y señalará a Hilario, el carnicero de la esquina, y dirá «Ese es», que yo lo vi corriendo como loco, navaja en mano, por la noche del Ensanche, lo dirá a los clientes y el rumor llegará a la familia, «pero, Hilario, ¿tú…?», las degüella y les saja las tetas, a los hombres los viola por detrás, «¡pero, Hilario, ¿tú…?!», será un desastre, porque Hilario nunca ha matado a nadie, Dios mío, Virgen Santa, pero ahora no le queda más remedio, no sé si me entiendes, ahora ya es demasiado tarde para dar explicaciones, «ja, ja, doña Engracia, ya me imagino lo que estará usted pensando, hombre, mira, el loco de la navaja, pues no, oiga, se equivoca, no haga caso de las apariencias…». Y la buena de doña Engracia, vestida de gala para coquetear en el «Marabú», la buena de doña Engracia, que ha tropezado con el auténtico Hombre de la Navaja (para ella será el auténtico, claro, a ver, qué te parece), ya está abriendo la boca para gritar y no grita porque el Hombre de la Navaja ya le envía un tajo al cuello, la agarra del peinado de peluquería y completa el corte de oreja a oreja, alumno aventajado, esquivando por milímetros el chorro de sangre, y la empuja dentro del portal, para que nadie les vea, y le abre el abrigo de gato, le rasga el vestido de seda, procurando no mirarla a la cara, avergonzadísimo de su comportamiento, le corta el sostén liberando las tetas grandes y temblonas, y chas, chas, chas, como dicen que hace el otro, el profesional, y esta muerta que se la carguen en su cuenta, que una más no importa, es como si el loco de la navaja le hiciera un favor a Hilario, pobre Hilario, que no sabe cómo se ha podido meter en este fregado, ha sido el miedo, el pánico, compréndanlo, esto es culpa de las autoridades, que no hacen nada, que no velan por la seguridad ciudadana, compréndanlo, pobre hombre, y no se volverá a repetir, palabra de honor que no, como hay Dios que no se volverá a repetir.

*

Confesiones y penitencias

La parroquia se encuentra en la confluencia de tres mundos grises.

A un lado, la gran avenida que fue famoso centro de diversión, monumentales terrazas de café donde siempre pululaban muchedumbres con sombrero y las manos en los bolsillos, teatros de todos los tamaños y para todos los gustos, receptivos de los mejores espectáculos directamente llegados de París, fastuosas revistas con docenas de mujeres hermosas levantando la pierna al unísono, clamor de público arrebatado por el arte, el fenómeno, la riqueza, las plumas multicolores, pechos y muslos sublimes, chistes de mal gusto, clamor que se apagó hace años, clamor que se ha vuelto catástrofe porque no hay ruinas más tristes que las ruinas de los templos del placer y el jolgorio. Hoy, del antiguo fausto solo queda una larga calle sin personalidad, con los adoquines a la vista, fachadas descoloridas y la mirada nostálgica del hombre cansado, que ve allí lo que nadie más puede ver. Al otro lado, la calle que sube hacia el mercado, hacia el centro, calle de vecinos como Dios manda, de fríos madrugones de invierno para ir a trabajar, de pastelito dominical y eterna sonrisa de compromiso, calle de vecinos que nacieron ancianos y no han sentido el paso de los años, balneario triste e inofensivo donde yacen moribundos los juerguistas que debían ser y no fueron. El tercer mundo que flanquea la parroquia, por fin, ostenta ropa tendida en los balcones y de él se desprende un vocerío de mujeres que siempre tienen algo que protestar a la vecina, o a los golfillos que huyen de una travesura, o al marido que bebe y vitorea a su equipo de fútbol en

el bar, mundo este de miradas que buscan afanosamente vida donde no la hay, y de vidas que buscan miradas que les solucionen la cena, alegría de risas desdentadas, de dientes rotos, de dientes de oro, rincones de humedades sospechosas, y un cuartel donde la Guardia Civil se protege de la miseria del exterior. El mundo gris tristeza de lo que fue y ya no es, el mundo gris mediocre de lo que nunca ha sido y el mundo gris sucio de la miseria.

El hombre cansado celebra sin entusiasmo que no le haya tocado envejecer en ninguno de los tres mundos, ni mirándose en el espejo deslucido de los saraos nostálgicos, ni arrastrando zapatillas afelpadas, ni emborrachándose en bares de humo, putas y tele. Y suspira disimuladamente porque hace siglos que aprendió a disimular sus sentimientos y sus cansancios, y traspone la verja que le lleva al pequeño patio, arenoso y soleado como un desierto. Se aproxima a lo que fue cenobio benedictino en el siglo XII, convento del que solo restan una iglesia y un claustro románicos, modestos y soberbios a la vez, como el monje humilde que oculta con silencio la convicción de ser el mejor de los hombres, el que se ha ganado una localidad mejor en el cielo.

El hombre cansado accede a la iglesia por el claustro porque le gusta la sombra y el recogimiento que le ofrece, le gustan los arcos lobulados y las columnas geminadas y la fuente musgosa del centro, se siente importante al pasar junto a los sarcófagos de piedra, que contienen los restos de benefactores medievales, se siente sabio por conocer aquel rincón remoto e ignoto de la ciudad, como si solo él pudiera disfrutarlo. Además, entrar por el claustro es como entrar por la puerta de atrás, por sorpresa y furtivamente, y eso conviene a su estado de ánimo y a sus intenciones.

La iglesia tiene planta de cruz griega y conserva la elegancia recatada de los lugares pobres pero sagrados, un aire como de catacumbas paleocristianas. El sacerdote que oficia la misa, de morado, parece el más sincero de todos cuantos ha visto el hombre cansado en su vida de católico practicante, parece el apóstol más luchador, más convencido y convincente, y su público responde «ruega por nosotros» con una monótona menos monótona que en otras iglesias, su convicción es contundente, de militante rayano en el fanatismo.

Una mujer de vestido estampado, colorido, veraniego, está

arrodillada a un costado del confesionario, muy quieta, y el confesor la escucha cabizbajo y con los ojos cerrados, muy concentrado en los pecados y culpas ajenos. Nadie más espera para confesar. El hombre cansado se santigua, se arrodilla en el banco más próximo al confesionario y se sumerge en su conciencia para examinarla a fondo. Hoy piensa en lo que va a decir porque no va a decir lo de siempre. O, al menos, no va a decir solo lo de siempre. Se pregunta si tendrá las agallas suficientes para decir lo que debe. El hombre está cansado porque de niño aprendió que las cosas son blancas o negras, y a lo largo de toda su vida no ha visto más que tonos distintos de gris, toda su sabiduría se basaba en distinguir lo bueno de lo malo y nunca ha sido capaz de acusar ni disculpar a nadie con seguridad. Está demasiado cansado para hacer un acto de aborrecimiento y dolor de los pecados, pero sabe que eso no importa demasiado. Una vez se dolió y aborreció intensamente y los efectos del sacramento fueron muy parecidos a los de otros días. Está cansado de repetir siempre lo mismo. Está tan cansado que le falta poco para creer que esta pantomima no sirve de nada. Tal vez hoy, al introducir nuevas variantes, descubra nuevas posibilidades al sacramento.

Termina la mujer del vestido estampado, el sacerdote la despide con bendición medida y sin prisas, le da a besar la estola mirándola de hito en hito, como si no pudiera creer que aquella persona fuera capaz de cometer semejantes pecados, como asegurándose de que el beso depositado en el ornamento sagrado carece de malas intenciones, y la mujer se va cabizbaja, seria, serena, aliviada, tal vez un poco apabullada también, y el hombre cansado se pone en pie y mira los ojos del sacerdote.

El sacerdote no tiene la edad del hombre cansado, pero también ha vivido mucho. Posee unos ojos azules, mansos, acuosos de haber llorado mucho, y parece tan cansado como él. Asiente, dándole permiso para que se acerque, y el penitente se arrodilla ante él. Le incomoda la excesiva proximidad del rostro del otro hombre, su olor a loción para después del afeitado, el olor de sus ropas recién planchadas, ese aliento limpio que invade su intimidad. Le violenta la sensación de que cualquier movimiento en falso puede hacer que se rocen las mejillas rasuradas, que se escuche el crujido de los pelillos rebeldes al rozarse unos con otros.

—Ave María Purísima —murmura, con ecos infantiles en su recuerdo.

—Sin pecado concebida.

—Hace dos semanas que no me he confesado —es ruidosa la respiración de fuelle del hombre cansado, es inaudible, inexistente, la del sacerdote— y he vuelto a pecar. Otra vez.

—¿Sueles confesarte con frecuencia? —pregunta el cura, y el hombre cansado se sorprende. No le gustaría que fuera uno de esos confesores que están interrumpiendo continuamente.

—Sí —dice.

—¿Y comulgas, luego?

—Sí.

—Eso está bien. Pecas, te confiesas y vuelves a pecar, pero puedes reconocer que has pecado, puedes decirlo en voz alta y arrepentirte por ello. Eso está bien. Habla mucho en tu favor. Te hace mejor a muchos. Dime. ¿En qué has pecado?

El hombre cansado guarda unos instantes de silencio, algo asustado. Si el confesor no le habla como los otros confesores, él tampoco podrá soltar el rollo de siempre. Le asusta un poco verse obligado a decir las mismas cosas de otro modo porque le parece que del esfuerzo ha de surgir algún tipo de sinceridad incontrolable y por tanto, peligrosa.

—Bueno… Hay muchos pecados veniales, ya sabe, mentirijillas, descuidos, un poco de soberbia, malos modos a veces…

—Ya.

—Los errores de cada día, esos que tenemos tan asimilados que no podemos dejar de cometerlos, aunque sabemos que deberíamos enmendarnos. Son errores…

—¿Errores o pecados?

—Pecados. Son pecados veniales que terminan por dar sentido a nuestra vida.

—Pero que suelen dar pie a los pecados mortales.

—Sí —reconoce el hombre cansado, con un golpe de voz contundente que quiere demostrar lo sincero de su arrepentimiento —. La práctica de los unos favorece la práctica de los otros.

—¿Y cuáles son los otros?

Suspiro. El hombre cansado tiene la vista fija en las manos blancas y largas del sacerdote. Las tiene cruzadas, en oración,

alternados los dedos, encajados sólidamente, nadie podría soltar ese nudo. Uñas bien recortadas, limpísimas, casi de manicura, sin un pellejo levantado, sin una zona enrojecida, sin el menor defecto. El hombre cansado levanta su mano derecha y se sujeta con ella la frente, acodándose en el reclinatorio, en un acto defensivo que pone distancia entre su rostro y el del otro hombre.

—Lujuria —suelta.

—¿Sí…? —El sacerdote le invita a proseguir.

—Lujuria. Soy muy lujurioso.

—¿Con tu propia mujer?

La pregunta desconcierta al hombre cansado. Le vienen ganas de replicar qué tontería es aquella, pero calla. No, desde luego que no peca de lujuria con su propia mujer. Desde luego que no.

—No. Con… con fulanas. —De lujuria, que él sepa, solo se peca con fulanas. Con prostitutas. A veces. Con frecuencia.

—¿Con alguna en especial? ¿Tienes, digamos, una amante fija?

—No. Fija, fija, no.

—¿Y de qué más te arrepientes?

¿Ya está? ¿Ya hemos pasado el episodio de la lujuria sin más preguntas? ¿No le interesa saber cuántas veces, cómo, dónde, por qué? ¿De qué más? A ver, repasar la lista de siempre, dejar lo nuevo para el final. «Primero, lujuria; segundo…».

—Bueno…, soy una persona violenta. Creo que mi principal pecado es la ira. Tengo arrebatos. Soy impaciente, iracundo, cuando no se hacen las cosas como yo quiero. —Calla, y el padre escucha—. A veces, de vez en cuando, se me va la mano. Quiero decir que suelto guantazos, cachetadas. Me dejo llevar por la ira y no me sé contener.

Las manos del sacerdote deshacen la alternancia de los dedos, posa la mano izquierda sobre la derecha, como protegiéndola, como si el nuevo pecado exigiera una nueva actitud por parte del oyente.

La pausa señala lo grave que para ambos interlocutores resulta el pecado confesado. Pero, cuando prosigue el diálogo nada parece irremediable. Ya está confesado, ya pasó.

—¿A quién le sueltas las cachetadas?

—A mis hijos… Bueno, eso es natural… Son jóvenes, respondones, un poco rebeldes, hay que enseñarles lo que es la disciplina. Necesitan mano dura. —La pausa, ahora, es una duda.

Abre un paréntesis—. Soy policía. Comisario de Policía. Me muevo en un mundo violento, usted no sabe lo que es eso y, bueno, en mi trabajo, a veces, muchas veces hay que ser duro. A veces, los detenidos te toman el pelo, y se te va la mano.

—¿Solo sueltas cachetadas?

Es el momento de la humillación, cuando se te encoge el escroto y una nube negra y densa te envuelve la cabeza.

—No, bueno, algún tirón de pelo, algún puntapié…

—¿Te ensañas?

—¿Cómo?

—¿Dirías que caes en el ensañamiento, golpeas cuando ya te ha pasado el arrebato de ira, dirías que lo que haces es torturar?

—No, no. Creo que no. —El hombre cansado se ruboriza intensamente.

—¿Golpeas a hombres atados?

«¡Bueno, basta ya!».

—Sí, bueno, sí, suelen estar esposados, sí.

—Pero a ti no te preocupa solo eso. ¿Verdad? ¿A quién más sueltas cachetadas?

—A mi mujer. —Carraspea para aclarar la voz—. A mi mujer. Me sabe muy mal, pero… A veces, me saca de quicio… —Se contiene, estaba a punto de soltar la ira, de encaramarse al pedestal de siempre y gritar que está harto de llegar a casa y encontrarse con… Pero no es el momento ni el lugar—. A veces… —¿Cómo se dicen con sosiego las cosas que siempre se han dicho a voces y gesticulando? ¿Cómo las ha dicho a otros confesores? «Padre, me confieso de que pego a mi mujer», y nada más. Que pregunten, si quieren morbo. ¿Por qué hoy tiene que ser de otro modo? ¿Por qué más explicaciones? Porque hoy trae algo nuevo que confesar—. Hablamos idiomas distintos, ¿sabe usted? A ella le importa un rábano mi profesión, yo creo que hasta le da asco, yo creo que se lava las manos después de tocarme, que se lava los morros después de besarme, cuando no le queda más remedio que hacerlo. Me mira con asco, cuando se cree que yo no la miro. Y no… Y se cree que no tiene ninguna obligación para conmigo. Se cree que puede hacer lo que le dé la gana. Yo currando como un cabrón, perdone.

—Sigue.

—Yo me mato trabajando, y ella no hace nada en todo el día, y

llego a casa y solo me encuentro malas caras… —Se interrumpe, basta ya, no quiere contar su vida, ni dar lástima. El pecado ya está confesado, pues acabemos de una vez—. Bueno, pues eso, que a veces he tenido un mal día y, según cómo, se me va la mano. Sé que no está bien, pero no puedo evitarlo.

—Bien. ¿De qué más te acusas?

¿De qué más? ¿No piensa preguntar más? Ha llegado inesperadamente, a traición, el momento de la verdad, el momento de la única verdad que hoy realmente importaba.

—De nada más. Creo que de nada más. —Esto es una cobardía —. Bueno, sí.

—Di.

—Mire, padre… —Se acaricia la frente con la mano en que la apoya, y se le frunce la boca un poco, como anunciando el llanto, un recuerdo lejano de los tiempos en que aún lloraba—. Mire, padre, yo tengo una misión que cumplir. Bien que mal, más agradable o más desagradable, es mi misión y tengo que cumplirla, ¿comprende? —Ahora teme que el sacerdote le pregunte qué misión es esa, pero la pregunta no llega y eso hace que se sienta muy solo —. Pero a veces, muchas veces, no cumplo bien con mi deber… A veces, soy descuidado en mi trabajo. Me molestan los problemas de conciencia, me estorban. Por ejemplo… —Ahora—: Por ejemplo… —No se atreve, no es capaz de hablar claro, y eso le convierte en un ser despreciable—: Por ejemplo, a veces, suelto a algunos delincuentes, aunque sé que son culpables, o no persigo a algunos delincuentes, aunque sé, que son culpables, o no persigo a alguno que conozco y… y sé seguirán dando el tirón, o vendiendo drogas, pero… —Se está poniendo muy nervioso por todo lo que conscientemente calla. Se frota la cara con la mano, borrando muecas y tics—. No sé si es pecado o no, padre, pero a veces me estorba mi conciencia. Bueno, y eso es todo.

Espera que el cura le digo «No, no es todo», que adivine lo que oculta como él descubre los disimulos de sus detenidos, y les agarra de la oreja y se la retuerce, «¡Cántalo todo, cabrón, cántalo todo, que te estás callando lo mejor!». El confesor toma aliento, vuelve a cruzar las manos como para rezar, carraspea débilmente y dice, con voz muy suave, muy cálida:

—Tú eres una persona de conciencia. Eso quiere decir que pecas,

todos pecamos, pero tú tienes conciencia de que pecas, sabes que haces mal y quieres enmendarte —el hombre cansado piensa que lleva cincuenta años deseando enmendarse y nunca lo ha conseguido—, y no todos tenemos conciencia de que pecamos ni tenemos el propósito de enmendarnos. Eso hace de ti una persona especial. Una persona buena: Pegas a los detenidos, y a tus hijos, y eso es pecado, pero hay un ambiente violento que lo propicia, o la intención, equivocada o no, de educar correctamente, de hacer el bien. Y pegas a tu mujer, sí, y eso también es pecado, y pecado superior a los anteriores porque lo haces injustamente, con ira y soberbia. Pero sabes que es pecado, y te quieres enmendar, y eso hace de ti una persona buena. No digo una buena persona, fíjate bien, sino una persona buena, no sé si captas el matiz. Una persona que aquí, en este momento, se está limpiando. Quizá mañana reincidas, y sé que te desespera pensarlo, pero quiero que sepas que otros, en tu lugar, cuando sienten esa desesperación ante la inevitable reincidencia, huyen como cobardes, se desprenden de esa culpa que tú tan valientemente reconoces, se la quitan de encima como quien se extirpa un apéndice y, alegando que su pecado no tiene solución, diciendo que la cabra siempre tira al monte y bobadas por el estilo, abandonan cobardemente la iglesia, y la confesión y los demás sacramentos, se narcotizan con el descreimiento y continúan pecando sin remordimiento ninguno. Tú no desesperas, tú sigues luchando, pidiendo perdón humildemente después de cada pecado, y eso te hace más valiente y más limpio. Y no debes desesperar porque, luchando incansable, tarde o temprano conseguirás ser el hombre bueno que deseas ser. Cometes pecado de adulterio con otras mujeres, pero me ha parecido comprender que, a tu manera, permaneces fiel a tu esposa. No la abandonas, no te olvidas de ella, vives la culpabilidad al traicionarla. Ella es la única, las demás son ocasionales. Me imagino que, en tu trabajo de policía, te verás obligado a tratar frecuentemente con prostitutas…

El hombre cansado se siente obligado a decir algo.

—Sí… —Le suena a poco, pero no se le ocurre nada más.

—Prostitutas que se te insinúan, que te inducen al pecado… En este barrio abundan las prostitutas, las veo cada día, algunas de ellas incluso vienen a esta iglesia, sé cómo son, sé cómo provocan, son el pecado viviente, no pueden evitar ser como son. Se te

insinúan, ¿verdad?

—Sí. —Es cierto. Se insinúan; y dejan tatuadas en el recuerdo imágenes brillantes que ahora interfieren.

—Y me has dicho que tu mujer no te comprende, que no sabe nada de tu mundo profesional, ni quiere saberlo. Vive encastillada en su casa y te recibe con malos modos, con cara de asco. Y en tu mundo profesional te encuentras con la tentación de mujeres que sí conocen ese mundo, porque lo viven, que sí lo comprenden y sí te comprenden, porque forman parte de ese mundo. Y tú caes en la tentación, y eso es pecado, quiero que tengas muy claro que es pecado y debes arrepentirte por ello y hacer acto de contrición, pero tal vez no sea un pecado tan grande como tú imaginas porque, para usar tu propio lenguaje, tienes muchos atenuantes a tu favor. Quiero que retengas esto que te digo: eres un hombre de conciencia, de conciencia limpia. Quiero que entiendas que el hombre limpio no es el que un día se lavó la camisa y desde entonces la guarda, intacta, creyendo que, si no se la pone, no se ensucia. Eso nunca es cierto. Las camisas también se ensucian en el armario, y se las comen las polillas. El hombre limpio de alma es el que la limpia con frecuencia porque sabe que, aunque no quiera, el blanco se ensucia con el uso. Tú obras así, limpiándote con frecuencia en el confesionario, y eso te convierte en uno de los mejores hombres de tu edad que han pasado por aquí. Por eso, porque eres un hombre de conciencia, te digo que no te preocupes por esa supuesta desatención de tus obligaciones. Estoy seguro de que, obrando conforme a tu conciencia, obras bien. Porque tienes la conciencia limpia, porque sabes que tienes una misión que cumplir, y sabes cuál es, y de una forma u otra la cumplirás. Yo sé que la cumplirás y te enorgullecerás de ello. Y ahora arrepiéntete, arrepiéntete de tus pecados, y reza dos padrenuestros y dos avemarías, y ve a comulgar. Y no te preocupes más, porque tu conciencia siempre te guiará por el recto camino. Reza ahora el Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre Verdadero, Creador, Padre, Redentor mío…

El hombre cansado se ha incorporado, distanciándose del aliento pulcro del sacerdote, y mientras reza, mira con insistencia y fe los ojos acuosos de tanto llorar, y se siente crispado, muy lejos del alivio que buscaba. Reza a medias lo que recuerda de la oración limpiadora, y recibe sin parpadear la bendición cuidadosa, arriba,

abajo, izquierda y derecha, que le brinda el sacerdote. Se levanta y, muy a su pesar, con la sensación de dejar las cosas a medias, le da la espalda.

Quiere pensar en todo lo que termina de oír, pero no puede porque los padrenuestros y las avemarías le llenan la mente con su automatismo ciego. Luego, descubre que el oficiante está repartiendo la comunión y se pone detrás de los escasos fieles que aguardan turno en el pasillo central y, cruzado de brazos y lentamente, avanza en dirección al altar. Debe obrar conforme a su conciencia, eso es lo que le han dicho. Cumplirá con su misión. El hombre cansado está cansado porque fue educado en la obediencia debida, en la fidelidad como virtud magnífica y la traición y la deserción como lacras execrables, y en toda su vida todavía no ha encontrado un solo valor eterno, una promesa cumplida, ni un mando intachable. Iba a deshacer un nudo y le parece que todavía se lo han hecho más prieto. Quizá debería haber hablado claro, quizá debería haberle dicho todo sin ambages, porque su ocultación invalida la confesión, y quién sabe si no comete sacrilegio al abrir la boca y recibir en la lengua la oblea que deposita el cura con una jaculatoria.

El confesor ha atendido a una anciana de negro y a una niña que no tenía nada que decir. Les ha hablado de su conciencia limpia, de la necesidad de asear el alma con frecuencia y al fin se han ido, y él puede salir de la vieja cabina de madera donde ya empezaba a sentirse oprimido por la claustrofobia. Cuelga la estola de una alcayata que hay en el interior y se frota las manos como quien ha terminado su jornada laboral. Y entonces sale al claustro solitario y húmedo, y se encuentra a una sombra, que es el hombre cansado, más cansado y más pobre que nunca.

—Padre… —le dice.

—¿Sí?

Por tercera vez se miran intensamente a los ojos, y ahora, al fin, esa mirada tiene un significado preciso. Ahora, al fin, descubren los dos que se andaban buscando desde hacía tiempo y que el encuentro tiene una dimensión mucho más dramática de lo que podían suponer.

El hombre cansado tiene una navaja en la mano, una navaja de afeitar. El cura la ve y arquea las cejas.

—Padre… —Al hombre cansado le cuesta respirar. Está demasiado cansado. Ya no está para estos trotes—. Tome, padre, máteme.

—¿Pero qué dice usted?

—Yo no sé por qué lo hace usted, no puedo entenderlo, pero creo que su conciencia también está limpia y que obra con rectitud. Máteme. Estoy en gracia de Dios, nadie sabe que he venido aquí, nadie está al corriente de mis investigaciones…

El cura mira la navaja con aprensión.

—¿Pero qué está diciendo? ¿A qué viene esto?

—Es que, si no me mata, me veré obligado a detenerle.

Se endurecen las facciones del sacerdote en esa expresión compacta que toda la vida ha sido sinónimo de culpabilidad. No está dispuesto a tomar la navaja y, si la situación se alarga un poco más, resultará patética, así que el hombre cansado se resigna, guarda el utensilio de barbero en el bolsillo.

—A detenerme por qué —ha dicho el cura, sin preguntar.

—Usted es propietario de un Volkswagen de color rojo, ¿verdad?, y la matrícula es… —Muy profesional, extrae el cuaderno, lee.

El sacerdote parpadea.

—Sí, sí, bueno, y qué.

—Quiero que sepa que he dudado mucho antes de dar este paso. He estado tentado de no darlo. Pero usted, antes, me ha dicho que actúe según mi conciencia, y estoy actuando conforme dicta mi conciencia.

—Estoy convencido de que se trata de una equivocación.

—Tengo una orden judicial de detención contra usted por el presunto asesinato de cinco mujeres…

—Perdone, no puedo creerlo… ¿Está usted hablando conmigo?

—… Tiene usted derecho a guardar silencio no declarando si no quiere, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o a manifestar que solo declarará ante el juez.

Se enfurece el capellán.

—¿Qué está diciendo? —Enérgico, tratando de poner en su sitio al patán.

—… Tiene derecho a no declarar contra sí mismo y a no declararse culpable…

—No diga tonterías. Yo le acompaño donde quiera, ya verá cómo está usted equivocado.

—… Tiene derecho a designar abogado y a solicitar su presencia para que asista a las diligencias policiales y judiciales de declaración e intervenga en todo reconocimiento de identidad de que sea objeto. Si no designa usted un abogado, se procederá a la designación de oficio…

LA SEXTA

El asesino inminente

Se imagina su propio grito, como un ladrido estremecedor, y los golpes secos de la mano armada, uno, dos, tres, hasta treinta y cinco o cuarenta, que es el número de cuchilladas que suele propinar el psicópata, el asesino alemán Kürten alcanzaba el orgasmo entre la trigésima y cuadragésima puñalada, dicen que ese es el límite de la resistencia del brazo humano, y eso es lo que hace un buen psicópata, golpear, golpear, golpear hasta que se le duerme el brazo, hasta quedarse sin fuerzas, se necesitan muchos golpes, muchos muchos, porque el cuchillo, al salir de la herida por primera vez, no parece haber causado ningún daño, no se distingue el breve ojal, no brota la sangre, ni siquiera cae la víctima fulminada, al contrario, reacciona con furia, se muestra más viva que nunca, se defiende, contraataca, y eso justifica el segundo golpe, y el tercero y el cuarto y el quinto, y luego el estertor del moribundo, que es insoportable, que no cesa, que no hay forma de hacerla callar, y de pronto la ropa ya está hecha jirones y la sangre lo empapa todo, lo salpica todo, y dale y dale y dale, y golpe y golpe y golpe, ya por inercia, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, hasta que todos los músculos dicen basta, ya hemos trabajado bastante por hoy, y con un poco de suerte hasta habrás experimentado un bienhechor orgasmo y todo, que buena falta te hacía.

Uf, qué bien, qué alivio.

Primero: elegir la víctima.

No: primero, comprar el arma. Una navaja automática, de hoja bien larga y afilada. Qué difícil. Entrar en la tienda y ahora cómo se

dice, «buenas tardes», con esas pintas en seguida descubrirán que es un psicópata asesino. «Que me dé una navaja», «¿y usted para qué quiere una navaja?, ¿a quién piensa matar?», «¿tanto se me nota que soy un psicópata asesino?».

Para ir a comprar la navaja, hay que vestir los mejores pantalones, esos que guarda entre el colchón y el somier para conservar la raya, la corbata no porque no tiene, pero el cuello de la camisa abrochado y limpio y tal, y la chaqueta a cuadros, para que vean que no va de mala fe.

—Una navaja, si me hace el favor. No es para mí, es para un regalo.

—¿Una navaja de afeitar?

¿Y qué vas a decir? No, no, la quiero de matar. No se puede. Además, vas mal afeitado, hace dos días que no te afeitas, es lógico que quieras una navaja de afeitar.

—Sí, claro.

—¿Le parece bien esta?

Muchos asesinos han utilizado la navaja de afeitar. Corta mucho una navaja de afeitar. Ese que les corta las tetas a las putas, sin ir más lejos, que dicen que ya se ha cargado cinco.

—Sí, claro, esta es estupenda. —Si no le llega a parecer estupenda, podrían haber sospechado de él.

Le venden la navaja sin más preguntas, sin mirarle a los ojos para reconocerlo en posteriores ruedas de sospechosos, sin oír sus explicaciones embarulladas, sin pedirle licencia de armas ni nada. Llevaba preparada una respuesta por si le pedían el permiso de armas, «¿pero hace falta permiso para comprar una navaja como esta?, pues me lo he dejado en casa», ¿qué les vas a decir?

—¿Se la envuelvo para regalo?

—Sí, gracias.

Segundo paso: ahora sí, elegir la víctima.

Una prostituta, claro. Los psicópatas siempre matan prostitutas y las eligen al azar. Van al barrio de las prostitutas, le echan el ojo a una, «esa misma, tú, ¿cuánto cobras?», «tanto», «pues vamos», y por el camino, zas, tajo a la garganta, haces como que la abrazas, «ay, amor mío, cómo te deseo» y zas, la yugular. Así lo hace el Hombre de la Navaja y él no tiene por qué ser menos. Se entrena mentalmente el psicópata, mientras el Metro lo traslada al barrio de

las putas, se contempla a sí mismo en el momento del asesinato. Hace como que va a darle un beso a la fulana y, entonces… la mano de la navaja queda a la espalda de ella, o en todo caso por debajo de la cintura, y así no hay forma de seccionar la yugular. Claro que podría empezar clavándole la navaja en la espalda, pero le parece una postura muy poco airosa, muy poco de psicópata, o podría clavársela por debajo de la línea de la concepción, chas, pero entonces no verá cómo se hunde el filo en las carnes de la mujeruca, no verá la sangre y todo eso que tanto gusta a los psicópatas. A ver cómo puede hacerlo. (Tiene que andarse con mucho cuidado para no gesticular sus lucubraciones, porque la gente del Metro no tiene otra cosa que hacer que mirarse mutuamente y se fija mucho en estas cosas). A ver: abrazará a la prostituta por la espalda. «Ponte de espaldas», «¿para qué?», a lo mejor es una de esas prostitutas que nunca dan la espalda, gente desconfiada, resabiada, mezquina. Las mujeres no tienen espalda, pero ¿y las prostitutas? Las prostitutas sí deben de tenerla, porque casi no son mujeres.

Para el psicópata, las prostitutas casi no son mujeres. Son alimañas a las que hay que exterminar. Lo leyó una vez en un libro. Los psicópatas no obedecen las órdenes de Dios, ni de los extraterrestres, ni abren vientres para ver si dentro se encuentran al Anticristo, ni zarandajas por el estilo. Eso es cosa de locos. Los psicópatas matan por placer. Por el placer de la venganza, o por placeres sexuales difíciles de describir. En este caso, se trata del placer de la venganza. Cinco años se ha pasado el psicópata encerrado por culpa de una prostituta que dijo que la atacó. Dijo que quería violarla con la lámpara de la mesilla de noche, metiéndole la bombilla encendida, y qué suerte que estaba allí el chulo para impedírselo y baldarlo a hostias y llevarlo de la oreja a una comisaría donde tenía influencia y estaba muy bien considerado como soplón. Desde entonces, el psicópata juró odio eterno a todas las prostitutas, cinco años jurándose odio eterno día y noche, que se dice pronto, y prometió solemnemente que mataría a todas las prostitutas que pudiera en cuanto saliera de su encierro. Cinco años después, allí estaba, contemplando la muchedumbre de putas que pululaban por la calle, por la noche, tantas que uno no sabía con cuál quedarse.

Ni cómo hacerlo.

Si se acerca, «cuánto», «tanto», «vamos» y mañana aparece la interfecta con los intestinos como diadema, todas sus compañeras dirán «se fue con un tío así y asá, bajito, mal afeitado, muy feo, con cara de mono». Una enfermera del sanatorio le llamaba cara de mono, y eso duele mucho, y le pegaba con una porra pequeñita y antirreglamentaria (en caso de que haya porras reglamentarias) que llevaba escondida en la bata, y eso aún duele más. La madre que la parió, puta disfrazada de enfermera. Las putas están infiltradas por todas partes. El mundo está lleno de prostitutas, y esta calle más. En las películas, estas mujerzuelas pasean por calles solitarias, donde no hay intrusos mirones, pues vaya un negocio, las putas de las películas pueden pasarse días, semanas, hasta que pase alguien por allí. Y como acierte a pasar otra puta, o la procesión de Corpus Christi, ya me explicarás, van apañadas.

Decide esperar a que una se despiste de la manada, la ovejita confiada que deja el redil, la que se cansa y se va a casita, hasta mañana, me duelen los pies, hoy no hay movida, buenas noches a todas. La seguirá con gran disimulo y, en un callejón oscuro, zas, la abrazará por la espalda, ñaca, la yugular partida en dos, muere, perra, surtidor de sangre. Y a por otra. «Un asesino de prostitutas aterroriza a la ciudad (bueno, otro). Diez mujeres de la calle muertas en dos días».

Una de ellas discute con su chulo, o tal vez sea un cliente, discuten con violencia: «¡Que me dejes, que te vayas, que te vayas a la mierda, mamón!», le dice ella, y él la agarra de la muñeca, y ella se suelta de un tirón, y todas las otras se van contra el hombre diciéndole: «chei, chei, chei, tú, las manos quietas», «tú no te metas», «tengamos la fiesta en paz», el típico follón.

Y la puta se va. Sola. «Esta es la mía». No es la que está más buena de todas, es culona y patosa, se tambalea más que anda sobre unos zapatos de tacón descomunal a los que no está acostumbrada, pero qué le vamos a hacer. Se pierde calle allá, y va llorando. La calle y la noche se oscurecen, camino del Metro. Ha llegado el momento de la verdad, el momento de entrar a matar, pero el psicópata no puede alcanzar a la víctima, que va demasiado aprisa, y además pasan coches por esta calle, demasiados coches con su barrido de luces indiscretas, y vienen peatones en sentido contrario,

unos borrachos le sueltan una grosería a la puta, y al pasar junto al psicópata le dicen «corre, corre, que no la pillas», y eso le pone furioso, le frena, a ver si se le están notando demasiado sus ansias asesinas. Y para entonces ella ya está bajando las escaleras del Metro, y en el Metro no podrá matarla, y menos a estas horas con la de gente que entra y sale, y menos con la presencia del chulo, que le adelanta saltando los escalones de tres en tres, que alcanza a la fulana al otro lado de la taquilla.

El asesino inminente se pregunta si será propio de psicópatas usar billetes múltiples de Metro. Salen más económicos y él no anda muy sobrado de dinero. Le preocupa que ese detalle pueda ser considerado como una frivolidad, una estupidez nada acorde con la trascendencia de sus actos.

—Esperanza, por favor, una palabra —suplica el chulo, apeado de la soberbia de momentos antes—. ¡No puedes dejarme así! —Pues vaya un chulo de mierda. Cuando no le pueden oír las otras putas, suplica. De un momento a otro caerá postrado de rodillas, el mamón—. Por favor…

—Por favor, por favor… —protesta la puta llamada Esperanza.

—Por favor —insiste el chulo.

—Por favor —se defiende la puta.

El psicópata se convierte en mirón. No se ve con fuerzas de acabar con los dos de una sentada, el tipo parece de órdago, una montaña. «A ver qué hago ahora». Es tarde para cambiar de víctima: cuando a un psicópata se le mete una idea entre ceja y ceja, se obceca y no hay fuerza humana ni divina que pueda hacerle desistir de su objetivo.

El chulo ha abrazado a la prostituta. Ella se deja y llora sobre su pecho. Están dando el espectáculo. El psicópata siente vergüenza ajena. Se besan en la boca, como preparando un *the end* de película en blanco y negro. Llega el Metro y, contra todo pronóstico, la pareja no se separa. Suben los tres en el mismo vagón, el psicópata mirando para cualquier parte, como si la cosa no fuera con él. Puta y chulo cuchichean y, poco a poco, a medida que aumenta la velocidad del ferrocarril, se aceleran sus parloteos, se intensifican las eses hasta convertirse en chistidos estridentes, recuperan la penosa discusión de antes. Son feos y pobres, van vestidos con elegancia chillona y patética de los miserables vergonzantes, y

empeñan en la riña una energía excesiva, como si fuera la última de que dispondrán en toda su vida. Los dos quieren imponer su autoridad desesperadamente y en el fondo de su rabia laten un desamparo y una necesidad angustiosa. Han empezado bien el viaje y acaban mal. Ella le da a él un empujón y se apea del Metro. «Ven», le exige él. «¡No!». Pobre chulo prisionero del vagón que ha de conducirle a la estación cercana a su casa. Si fuera un chulo de verdad, poseería coche con que deslumbrar a sus pupilas, y esta sería una despedida más digna. «Sube al coche», «no», y él podría dejarlo en la acera, de cualquier manera, incluso mal aparcado, para agarrarla a ella del brazo y obligarla a meterse de nuevo en el vehículo. Pero el Metro no espera a los chulos pobres, el transporte público es inflexible con los humanos, abre y cierra las puertas indiferente a quien queda atrapado en su interior, se pone en marcha y atropella suicidas o separa a los amantes sin dar a unos y a otros una segunda oportunidad.

El chulo se pierde en la infinidad espaciotemporal berreando: «¡Vete al peo, guarra, zorra, marimacho, focaemierda!».

El psicópata, invisible en su modestia, se ha bajado tras la puta, y siente alivio cuando se aleja el convoy. De nuevo está a solas con su víctima. O lo estará en cuanto salgan de allí, cuando se destaquen del gentío que los rodea y se apiña en la escalera mecánica, camino de la superficie.

Recorren una calle demasiado concurrida, agobiado el asesino por la superpoblación, planteándose repentinamente el problema del control de la natalidad, debería ser obligatorio el uso de preservativos, qué absurdo el anatema del Papa contra los anticonceptivos, fueron más felices los psicópatas de la antigüedad, cuando se podía hablar de soledad en serio.

Llega la prostituta a un portal normal y corriente, donde nadie diría que habita una prostituta, y lo abre con la llave que ya llevaba a punto, y desaparece en el interior con determinación de para siempre. El psicópata frustrado reprime un sollozo, un grito, «espera, no te vayas», contiene el impulso de usurpar el papel del chulo, «solo una palabra, por favor», pues vaya mierda de chulo, y vaya mierda de psicópata asesino, y vaya mierda de mundo.

Una breve carrera, un salto, y logra meter el pie. La puerta se cerraba sola, empujada por un muelle perezoso, y él la ha detenido

justo a tiempo, entornada, mientras dentro abre la prostituta la puerta del ascensor, y se mete en el camarín sin atender a amenazas exteriores. Sigue llorando, la chica ahora no está para psicópatas.

Sube el ascensor, y se precipita el asesino inminente en la oscuridad del vestíbulo, corre a las escaleras, sube el primer tramo, atisba por el hueco para ver dónde se detiene el ascensor. *Cras*, ya se detuvo, en el segundo piso. Vamos, vamos, vamos, jadeando sube de tres en tres y sin hacer ruido, y busca la navaja en el bolsillo del pantalón, a ver si vas a llegar a la víctima con las manos vacías, «y usted qué desea», «huy, huy, espere que no vengo preparado». Qué difícil es sacar nada del bolsillo del pantalón mientras uno sube corriendo una escalera. No lo consigue. No la encuentra. ¿Dónde coño está la navaja? Sobre todo, acuérdate de esto: abraza a la víctima por detrás para rebanarle el cuello con mayor comodidad. *Cranc*, se cierra la puerta del piso, prácticamente en sus narices, la hostia, qué putada, y ahora qué hago.

Llamar al timbre. Sin pensar. Enviar ahí la mano, y pulsar, y sobresaltarse con el campanilleo repentino e involuntario, y espera, solísimo en la oscuridad, agarrotado, soportando a duras penas los golpetazos de su corazón, que pone en peligro el equilibrio de sus piernas temblorosas. «Dios mío, qué he hecho —se dice, horrorizado por su propio crimen antes de cometerlo—. La madre de Dios. ¿Y la navaja? Coño, dónde has metido la navaja, pues menudo asesino estás tú hecho». Se abre la puerta y ni siquiera tiene la navaja en la mano, y le dice ella, mirándole con ojos de asombro: «¿Quién es?, ¿qué desea?», así no se comporta una puta con sus clientes, la puta debe estar siempre dispuesta a cualquier cosa, si le dice que viene a visitarla, ella le preguntará cómo pudo abrir el portal, así que balbucea:

—Soy vecino. He oído cómo llegaba y —y punto. «He visto cómo llegaba y». Y nada más. ¿Qué más puede decir?

Ella hace «Ah» y deja un interrogante en su boca abierta, en el desconcierto de sus ojos de batracio.

—¿Puedo pasar? —pregunta él. Ah, sí, y mete la mano en el bolsillo del pantalón, ¿dónde coño tiene la navaja?, ah, estaba en la chaqueta, aquí está.

Ella se hace a un, lado maquinalmente, franqueándole el paso.

—Sí —dice, esperando que el intempestivo se explique en un

recibidor sin muebles ni alegría.

¿Cómo consigue uno que la víctima le dé la espalda? Señalando al fondo del pasillo, tal vez: «Mire eso», ella se vuelve y zas. No. «Póngase de espaldas, hágame el favor». No. «Se me ha caído una pieza de ropa en el tendedero del patio de atrás», ¿y si no hay tendederos ni patios de atrás?

—Bueno, ¿qué quiere? —Qué pregunta. Qué puede querer un hombre de una puta.

—¿Usted no recibe aquí? —balbucea al fin el psicópata, manteniéndose en un inestable punto medio entre el llanto y la risa histérica. Ahora ya tiene la navaja en las manos, y debería abrirla y enviar el tajo mortal, ñaca, toma, a tomar por culo, pero la navaja todavía está envuelta en el papel de regalo, me cago en la mar, cómo puede ser tan torpe.

—No —dice ella, respondiendo quién sabe a qué—. Y menos a un vecino de la finca. —Abre la puerta de nuevo. Le despide implacable—. Adiós —le dice—. Lo siento —muy educada.

El psicópata boquea, confuso, aturdido, siempre que le plantean problemas y le exigen respuesta inmediata le sucede lo mismo. Se le nubla el cerebro, se le anuda la lengua, me cago en la mar, y eso que en el sanatorio me aseguraron que estaba curado.

—Nada —improvisa, sin aliento—. No importa. Solo le traía un regalo. —Y pone con despecho el paquete entre las manos de Esperanza, que está tan confusa y aturdida como él—. Un detalle sin importancia.

—Oh —reacciona ella—. Por qué se ha molestado.

—Por favor —dice él—. Acéptemelo. Se lo ruego.

Se sonroja y mira al suelo para no seguir mirando la cara depravada y estúpida de la puta. Porque, como siga contemplando esa expresión aberrante, la mata, es que no puede contenerse y la mata, y está a punto de echarse a llorar, me cago en la mar, mierda de mundo, da media vuelta y sale corriendo escaleras abajo, «oiga, espere», le dice la puta conmovida, y él piensa «vete a la mierda, asquerosa», y sale a la calle hecho una furia, dispuesto a cargarse al primero que se le ponga por delante, al lucero del alba si es preciso. Y el primero que se le pone por delante es el chulo patético, que tiene llave del portal, que entra cuando él sale. «Buenas noches», «buenas noches», se murmuran un saludo rutinario, ausente. Y el

psicópata sale a la calle dispuesto a hacer algo muy gordo, pero que muy gordo, mientras su imaginación le dibuja la escena ideal de la puta que recibe a su chulo, que lo abraza por la espalda, que se venga de todas las humillaciones sufridas, se imagina el grito de la puta, «¡A mí no me llamas tú guarra y zorra…!», como un ladrido estremecedor, y los golpes secos de la mano armada, uno, «¡ni marimacho!», dos, «¡ni focaemierda!», tres, «¡a mí no me envía al peo ni mi padre!», hasta treinta y cinco o cuarenta, que es el número de cuchilladas que se suelen propinar.

Y se aleja el psicópata del lugar de los hechos, casi tan ufano como si hubiera perpetrado el destino con sus propias manos. «Una nueva víctima del Hombre de la Navaja».

«La sexta víctima».

«Un nuevo crimen exculpa al sacerdote detenido».

«Cuando todavía no se han apagado los ecos de escándalo levantados por la detención de un sacerdote como sospechoso de ser el tristemente famoso Hombre de la Navaja, un nuevo crimen idéntico a los cinco anteriores conmociona a la ciudad. Una nota del obispado considera que este hecho luctuoso demuestra, a la vez, la inocencia del sacerdote detenido y la ineficacia de la Policía, y anuncia la intención de llevar a los Tribunales a los funcionarios que, con su precipitación e irresponsabilidad, han ofendido gravemente a un miembro de la Iglesia católica y, con él, a todo estamento que representa».

«Ahora, el Hombre de la Navaja sube a las casas».

«Ha matado a prostitutas, a una colegiala inocente y a una respetable ama de casa. Ahora sube a buscar a las víctimas a los pisos. ¿Cuál será su próxima “originalidad”?».

«Esperanza P. G. abrió la puerta a un desconocido».

«Fue hallada en medio de un charco de sangre…».

«… Indicios de lucha…».

«Un comunicado del Departamento de Prensa de la Policía insinúa la existencia de varios Hombres de la Navaja, uno de los cuales podría ser el sacerdote detenido, que ha confesado tres de los asesinatos. Esta afirmación aviva nuevamente la polémica entre los médicos forenses que han realizado las autopsias de las distintas víctimas. Recordaremos que, mientras el doctor

H. F. V.

defiende que todas las víctimas han sido acuchilladas por la misma mano, la doctora
D. C. M.
advierte notables diferencias entre los cortes efectuados a las dos primeras prostitutas y a la joven Silvia Pedreiro, y los que se aprecian en los otros tres cadáveres».

«El sacerdote no es el asesino».

«El sacerdote sospechoso en libertad. Declara: “Todos podemos equivocarnos. Sé que el comisario que me detuvo está en paz con su conciencia”».

«“No hay más que un asesino y está al caer”, asegura el comisario encargado del caso».

«Después de las manifestaciones de protesta de diversas asociaciones de vecinos, y de los brotes de pánico que se han dado en los últimos días, la Policía manifiesta que existe la total seguridad de que solo existe un Hombre de la Navaja y que está muy próxima su detención».

LA SÉPTIMA

Mi Garbi

Entré en la habitación precipitadamente, ofuscado, en plan ariete, con una sola idea fija. Entré dando traspiés, completamente aturdido, como borracho, porque tenía la sospecha de encontrarme con algo parecido a lo que vi. Solo pensaba en mi Garbi, y solo busqué a la Garbi, y solo encontré a la Garbi. No vi nada más. Ese es el punto importante. No me fijé en nada más. Entré así, mirando al suelo, descubrí la baldosa rota con su estrella de grietas en el centro de la habitación, a los pies de la cama y ya me imaginé lo que había sucedido. Mi Garbi cayendo, golpeando aquel punto con violencia, rebotando en cámara lenta convertida ya en dos piezas, los cañones y la culata, el percutor aplastado, trazando un pequeño salto mortal, cada pieza por su lado, para caer la culata en aquel rincón donde reposaba dolorida, y el cañón apuntando a la pared, mirando fijamente la pared como un niño castigado sin razón.

Y no tuve ojos para nada más, no, señor. Me abalancé sobre ella con ansiedad, y reconozco que me temblaban las manos y que estaba a punto de echarme a llorar. Así me encontraron, tratando de recomponer mi Garbi rota, claro que sí. Y ustedes no comprenden nada, ya lo sé, ya estoy acostumbrado, porque he vivido diez largos años con una persona que no comprendía tampoco y, en fin, da igual, estoy acostumbrado. Mi mujer nunca entendió mi atracción por las armas de fuego.

A las mujeres les cuesta mucho entender eso, y sé por qué lo digo. ¿Han conocido ustedes alguna vez a una mujer que supiera empuñar (no digo ya disparar), solo sujetar un arma de fuego? Pocas. Yo solo he conocido a una. Sí, la chica esa, ¿cómo se

llamaba?

Era una excepción. Luego hablaré de ella. Ahora, permítanme que acabe de explicar esto.

Supongo que los hombres no tenemos tanto problema con las armas de fuego porque de pequeños ya jugamos con pistolas, y porque hacemos la mili y allí seguimos jugando a tirar tiros. Siempre recordaré el día que un teniente me enseñó el funcionamiento de un fusil de asalto:

Un percutor que hace explotar un pequeño e inofensivo fulminante quien, a su vez, inflama la pólvora oculta en el cartucho. Estalla la pólvora encerrada y, como un tapón de cava, sale disparado el proyectil, impulsado por la fuerza expansiva, de la explosión, y los gases y qué sé yo. Y unas estrías en espiral dentro del cañón del arma le imprimen a la bala un movimiento de rotación que aumentará su poder de penetración… Pero no acaba ahí la cosa. Esa misma explosión, esos gases, accionan hacia atrás todo el mecanismo del arma, que al mismo tiempo y en el mismo movimiento expulsa la vaina gastada, pone en su lugar una nueva bala y automáticamente la dispara. Y todo este proceso se repite cuatrocientas, seiscientas, ¡hasta mil doscientas (1200) veces por minuto! Dios mío, un aparato capaz de disparar veinte (20) balas cada segundo, de repetir el proceso descrito veinte veces en un segundo, solo de pensarlo me dan mareos.

Eso no significa que, en la mili, yo fuera el mejor tirador, no. Ni, lo que decía mi mujer, que yo tenga que ser un asesino en potencia. Qué va. Eso era lo único que sabía decir mi mujer cuando me veía hojeando mis revistas sobre armas de fuego, o cuando babeaba ante películas donde el protagonismo recaía sobre mis admiradas herramientas.

(¿No vieron la mítica *Harry el Sucio*? ¿No sintieron veneración por aquel tremendo Magnum? ¿Y *Arma Letal*? ¿Y aquel westem de Martin Ritt, protagonizado por Paul Newman, que se llamaba *Hombre* y que nos mostraba la perfección y eficacia de un Winchester de repetición?).

Esa es otra. Yo siempre quería ver películas de tiros. Y mi parienta: «¡Ya estamos! ¡A ver cómo matan gente!». Y se emperraba en repetir: «Dios me libre de que un día tuvieras una pistola en las manos. Me matabas a mí, y a los vecinos, y a todo el que se pusiera

por delante, con ese gusto tuyo por la sangre y por los muertos…». Todo lo contrario. Pregúntenle a quien quieran. Soy una persona tranquila, nunca pierdo mis nervios, la gente dice que tengo más paciencia que un santo, me gusta dialogar las cosas y nunca he impuesto mi razón por la fuerza, ni siquiera a gritos. Si alguna vez he dado alguna hostia, ha sido porque me han atacado primero, porque me han faltado o me han querido atropellar, pero eso supongo que lo hace todo el mundo y es perfectamente lícito. Defensa propia le llaman. El gusto por las armas es una cosa y el ansia de matar es otra. Yo le decía: «En la mili tuve armas en la mano, y cargadas con veinte balas, y no maté a nadie, ¿te enteras?». Claro que podría haber añadido que en la mili nadie me daba la matraca con la misma canción todo el santo día, pero eso no se me ocurrió decirlo. O simplemente me lo callé. Ni siquiera me gusta cazar. Siendo pequeño, no maté nunca pájaros ni torturé a lagartijas ni ninguna de esas crueldades que suelen hacer los críos. Y de mayor, bien, sí, he llegado a tener una escopeta recortada, pero nunca la he disparado contra nadie, ni animal ni persona, se lo juro. Tenía la Garbi solo para mirarla, para tocarla, para acariciarla. Ni siquiera para tirar al blanco. Solo por jugar.

Es que las mujeres no pueden entender que para nosotros esto es solo un juego. Que desde pequeños hacemos «Pum, pum» y que nadie mata ni se muere por eso; jugamos a caernos, imitando las películas, pero luego nos levantamos, como hacen los actores de las películas, y aquí no ha pasado nada, el juego continúa inofensivo y divertido.

Estoy de acuerdo en que no siempre es así. Hay gente que no usa las armas para jugar. Los periódicos hablan de gente muerta de un disparo, accidental o no, y de matanzas a base de armas de fuego en países muy lejanos. Los periódicos dicen eso, sí, pero también hablan de un tipo que se va cargando gente con una navaja de afeitar, ese cabrón que las degüella y luego les raja los pechos. ¡Y ya se ha cargado a siete! Sí, siete, que en la radio han dicho que esta madrugada han encontrado a la séptima. Otra prostituta. Siete. Estoy seguro de que ese Hombre de la Navaja no tiene en su poder ninguna arma de fuego. Incluso apostaría cualquier cosa a que nunca jugó, ni de pequeño ni de mayor, con navajas de afeitar. No hace falta haber jugado a nada de pequeño para que afloren los

instintos asesinos. Y, cuando estos afloran, cualquier cosa es buena. Una navaja de afeitar, un cuchillo de cocina, una plancha, el jarrón que nos regaló tía Florencia, un hueso de jamón o las propias manos, sin ir más lejos, si hace falta, las propias manos.

Por el amor de Dios, ¿alguno de ustedes ha visto alguna vez a alguien muerto por una bala? ¿O algún pariente, algún conocido de ustedes ha muerto de un balazo? ¿O ustedes mismos han matado alguna vez a alguien de un tiro, así, pum? Estoy convencido de que ni siquiera un uno por ciento de todas las armas de fuego que se fabrican en el mundo llega jamás a matar a nadie. Miles de millones de fusiles, pistolas, revólveres, subfusiles, ametralladoras y escopetas de caza envejecen en cuarteles, cajones, armeros o panoplias sin apuntar ni dañar jamás a un ser humano. Tienen la posibilidad de hacerlo, sí. Han sido ideadas para matar, y las balas son mortíferas, no son juguetes, y ahí tenemos ese cadáver para demostrarlo, ya sé. Eso es precisamente lo que da auténtica dimensión al arma de fuego, el saber que tiene esa capacidad de matar, ese poder, esa energía destructora. Y su gran nobleza radica en que puede, pero no lo hace.

Jugar con mi querida Garbi era para mí tan excitante como para otros imaginar toda la fuerza que se oculta en un Jumbo o, no sé, acariciar a una mujer desnuda.

El primer día que la vi, Dios mío, desenvolví el paquete de papel basto y allí estaba, oscura, brillante, preciosa, amenazante y mansa a la vez, como una fiera a medio domesticar, y se me pusieron los pelos de punta, se me hizo un nudo en la garganta, se me empañaron los ojos. Aderezado todo con esa sensación de clandestinidad, en la sórdida habitación de aquel parador de carretera, «sobre todo que no se entere mi mujer».

Me la había ofrecido un camarero de ese mismo parador. Yo solía pernoctar allí en mis viajes (yo soy representante de comercio, ya saben) y nos habíamos hecho amigos. Él también era aficionado a las armas. Colecciona reproducciones. Me dijo:

—¿A ti te gustaría tener un arma, pero un arma de fuego de verdad?

—Toma, pues claro —dije yo.

—Yo sé de uno que las vende —me dijo.

Me lo pensé mucho antes de acceder. ¿Dónde iba yo a meter un

arma? Si me la veía mi mujer tendríamos un disgusto de los gordos. Era capaz de denunciarme a la Policía y todo. Y si me la encontraba la Policía… Casi nada. Traté de justificarme diciendo que tenía que protegerme en mis viajes, porque llevo un muestrario de valor y últimamente se ha hablado mucho de esos robos que comete una banda de peruanos en la carretera, pero la excusa no me resultaba nada convincente. La verdad era que ansiaba tener un arma de fuego de mi propiedad y que sucumbí irremediablemente a la tentación.

—De acuerdo —le dije a mi amigo el camarero.

Me dijo:

—¿Qué clase de arma quieres?

—¿Puedo escoger?

—Claro que puedes escoger.

—Pues una recortada.

Nunca había visto ninguna. Ni siquiera en fotos. Me preguntaba cómo podía ser. La recortada tiene el misterio de las armas manipuladas por el usuario experto para hacerlas más eficaces. Hace pensar en los arreglos que los pistoleros del Oeste hacían en sus revólveres, limándoles el punto de mira y engrasando las fundas para empuñarlos con mayor facilidad, o rompiendo el mecanismo del gatillo para poder disparar las seis balas, golpeando el percutor, a ritmo de ametralladora.

—Pues una recortada. Tal día a tal hora en la habitación diecinueve.

Dios mío, qué hermosa era. La desmonté y monté un par de veces. Contemplé ensimismado su mecanismo untado de grasa. Se desató mi imaginación al ver el pestillo, gastado, un rasguño disimulado, restos de una reparación que demostraba que alguien había poseído la Garbi antes que yo. ¿Quién? ¿Un terrorista, un delincuente común…?

¿Habían matado a alguien con mi Garbi? ¿Quién cortó los cañones? Cada nueva pregunta me producía estremecimientos. Y el vendedor abundaba en la mitología:

—Es evidente que viene de buenas manos. El que le recortó los cañones y la restauró sabía lo que tenía. Fíjate que hizo un *full-choke* a los cañones cortos. Y esta arma no tenía *choke* ni cuando era nueva.

El *choke* es un estrechamiento del cañón que hace que los perdigones salgan con más fuerza y menos dispersos.

Me costó cara. Muy cara. Apoquiné los billetes en efectivo, uno encima de otro. Pero, y perdonen, valió la pena. No cambiaría por nada el placer que me ha proporcionado. Cuidado: ningún día la disparé, ni contra animales, ni contra objetos, ni mucho menos contra personas. Y eso que tenía cartuchos, claro que los tenía. Una caja de cartuchos del 3 (que significa que los perdigones son del tamaño de un garbanzo, imaginen el poder de destrucción). Una escopeta sin balas da pena, es como un animal castrado… Una escopeta cargada, en cambio, es… En fin, no quiero repetirme. Dios, una escopeta cargada es como una varita mágica que te transmite poder. No sé… Cojan un día un fusil, o un revólver, y empúñenlo con fuerza, sopésenlo, hagan que sus dedos se amolden a esas formas minuciosamente estudiadas para resultar cómodas, como una prótesis, como una parte más del cuerpo. Observen sus líneas, su diseño esbelto, elegante y seductor, o pesado, recio y funcional, no importa, y piensen en la sabiduría que se resume en esa herramienta, y piensen que es un auténtico generador de energía, de poder. Dios mío, mírenla desde ese punto de vista y me comprenderán.

Como lo comprendía la chica que acompañaba al vendedor. No recuerdo cómo se llamaba. Bueno, ella era la excepción. Tampoco recuerdo cuál era la relación que la unía al vendedor, quizá fuera su hija, no lo sé. Había oído hablar de la Garbi que él me había conseguido y se empeñó en acudir con él a la cita para poder admirada. Y tocarla.

—¿Puedo tocarla? —me preguntó.

Yo la miré y vi el brillo de ansiedad en sus ojos. Ojos brillantes de enamorada, podríamos decir.

—¡Claro! —respondí, generoso. Me entusiasmó ver cómo la sujetaba, Dios mío, una mujer que sabía empuñar una recortada, no podía creerlo.

—¿Puedo desmontarla?

Y yo:

—Claro. Si sabes hacerlo, desmóntala.

El vendedor nos dejó solos, no sé con qué excusa.

—¿Te vienes?

—No —dijo ella—. Me quedaré un rato. ¿Me acompañarás tú luego a casa?

Y yo:

—Naturalmente.

No te encuentras cada día a una mujer que manipule con sabiduría una recortada. Empezamos jugando con el arma y acabamos haciendo el amor.

Cuando decidimos irnos, se me planteó el problema. Yo no podía llevarme la Garbi a casa. Vivo en un piso pequeñísimo y mi mujer, tarde o temprano, acabaría descubriéndola. Si la encontraba, la utilizaría contra mí. Sí, imaginé que mi esposa me mataría si encontraba la Garbi. Estas personas insensibles no saben de juegos, no entienden que una escopeta sirva para otra cosa que no sea matar. Su falta de sutileza les impide descubrir toda la poesía y la ciencia que hay tras un arma, y cuando la empuñan no se les ocurre nada más que dispararla. Pum, hala, y luego la tiran a un lado con desprecio, como si les manchara las manos de muerte o algo así. No podía, pues, llevar la Garbi a casa. Y tampoco podía llevarla en el coche. Si algún día me paraba algún control policial y me la pescaban encima, me buscarían la ruina. Analizarían el arma, le seguirían el rastro, quizá descubrieran su pasado turbulento y me hicieran responsable de él.

Así que discutimos la jugada con aquella chica y decidimos que la Garbi se quedara en el parador. Buscamos afanosamente (jugando, siempre jugando, lo nuestro solo era un juego inofensivo) un lugar donde esconderla. Elegimos, por fin, aquella hornacina, un hueco en la pared donde había un par de adornos sin valor. Cambiamos los muebles de sitio y el armario sirvió para tapar el escondite. Hablamos luego con el camarero amigo y le dijimos que conservara la situación de los muebles y que, cuando le avisáramos, reservara siempre aquella habitación para nosotros. De esta forma, la habitación sórdida que un día eligiéramos para una cita ocasional y clandestina se convirtió en el refugio de dos personas que compartíamos puedo decir que apasionadamente una misma afición. Yo soy viajante de comercio, ya lo he dicho, y me resultaba muy fácil reunirme con la chica y con mi Garbi a escondidas de mi mujer.

Fueron encuentros, días felices.

Solo una nube oscurecía esta felicidad. Y he de reconocer que era consecuencia de la posesión de la recortada. Es otro fenómeno que habría que analizar detenidamente. El miedo, el peligro, la amenaza externa de toda la sociedad contra quien se supone que está contraviniendo una de sus normas. A partir de aquel día, me empecé a sentir controlado, perseguido. Imaginaciones mías, sin duda, sentimiento de culpabilidad, lo que sea, pero la presencia de la Policía de tráfico en la carretera me provocaba intensas descargas de adrenalina. Continuamente me parecía ver rostros repetidos («¿Ese hombre de la mesa de al lado no es el que ayer leía el periódico en el aparcamiento?») y sospeché que la Policía me estaba vigilando. Quizás estuvieran siguiendo la pista de la recortada. Quién sabe si mi amigo el camarero del parador había descubierto el escondite de la Garbi y la utilizaba para cometer atracos. Imaginaciones mías, ya lo sé, nuevas claves que alimentaban la emoción del juego y que hacían mucho más maravillosas y mágicas mis citas con la chica esa y con mi Garbi.

Traté de sonsacar a la chica, traté de sonsacar al camarero, pero en ninguna parte hallé una confirmación de mi paranoia. Pensé que la próxima vez que viera a un supuesto perseguidor, me dirigiría a él resueltamente, de frente, y aclararía las cosas. Estaba decidido a hacerlo cuando, el día de autos, llegué al parador en mi coche y tuve un mal presentimiento.

Como el de la madre que incluso a distancia intuye la desgracia ocurrida a su hijo, ¿entienden? Bueno, ya sé que es difícil, pero el caso es que lo sentí, y salté del coche, salí disparado como una flecha, y aún no había recorrido la mitad del camino que me separaba del parador cuando oí el feroz rugido de mi Garbi.

Como loco, penetré en el edificio. Subí las escaleras de dos en dos. No, no vi al recepcionista, ni a la dueña, ni a mi amigo el camarero. La escalera que lleva a las habitaciones es exterior, ya saben, las puertas dan al largo balcón corrido que se abre al patio interior. Cuando llegué a ese balcón, vi a una figura que corría hacia el fondo, hacia la escalera del otro extremo, y me imaginé de inmediato lo que había sucedido.

Entré en la habitación dando traspiés, en plan ariete, y no tuve ojos más que para la baldosa rota, y para mi Garbi convertida en dos piezas, la culata en el rincón, los dos cañones mirando a la

pared como un niño castigado sin razón.

Y me abalancé sobre ella, sí, claro, con ansiedad, y así me encontró la Policía, llorando y tratando de repararla, tratando inútilmente de repararla. Dios mío, si solo con ver mi Garbi ya tendrían ustedes que saber que yo no pude matar a la chica. A la chica tuvo que matarla una de esas personas insensibles que no entienden que una escopeta sirva para otra cosa que no sea matar. Pum, hala, y luego la tiran a un lado con desprecio, como si les manchara las manos de muerte o algo así.

No sé cómo pudo encontrarnos. Seguramente sospechó algo raro y me hizo seguir por un detective. Sí, ahora que lo pienso, quizás esa sensación de que me vigilaban no fuera tan imaginaria. Yo qué sé. No sé nada ni me importa.

No sé si me fijé en el cuerpo ensangrentado que había sobre la cama. A lo mejor sí, lo vi de refilón, pero ya no se podía hacer nada. Estaba muerta, ¿no? Yo qué sé.

Solo sé que me destrozó a mi Garbi, a mi querida Garbi, insustituible Garbi.

¿Y ahora dicen que yo estoy loco? ¡Más loca está mi mujer, que tenía celos de una escopeta, ¿no?!

LA OCTAVA

El triquitracatrac de la Olivetti del piso de arriba

Es una casa de dos pisos y jardín que lleva la edad grabada en la fachada, 1899, una excentricidad modernista de nuevo rico recién llegado de Cuba, desde cuya terraza, hasta hace unos treinta años, podía verse el mar. Más allá del pequeño muro que delimita el árido patio de cemento que antaño fuera césped y sombra de plátanos, al otro lado del camino polvoriento por donde llegaba cada tarde, triunfal, Papa Ogro en su coche negro y reluciente, había un denso bosque de pinos y, entre sus troncos jóvenes, de buena mañana se podía ver el sol centelleando en el mar. Eso se terminó en los años sesenta, cuando un marqués desconocido le vendió el bosque al Ayuntamiento, y el Ayuntamiento recalificó los terrenos con la intención, se dijo, de edificar bloques de viviendas; para militares. En aquella época, Avelino y Montserrat ya no vivían en la torre. Se habían instalado por su cuenta un par de años antes, en el 59, y bien descansada se quedó Montserrat alejándose definitivamente (eso creía ella) de semejante familia de locos, el Papa Ogro y sus calaveradas, la tiránica Mama de los Gatos (les llamaban papa y mama, así, con el acento en la primera sílaba, el Papa como el Papa de Roma y la Mama como si la mamase) y las encorvadas Cuñadas Brujas. Se fueron Avelino, Montserrat y los niños al piso del Ensanche donde él instaló su consulta, y Montserrat, siempre ingenua, será cosa de la incultura, pensó que alejándose de la torre, se liberaba definitivamente de la locura. Ni siquiera se le ocurrió pensar que, yendo con Avelino, viajaba al lado de la locura familiar,

para qué engañarse, ni siquiera sospechaba que ella misma estaba infectada de esa locura y que tarde o temprano le saldría, o saldrá, o ha salido ya, para convertirla en una mujeruca patética, una de esas ancianas amargadas, petrificadas ante el televisor, que no dan más que lástima.

El tema de hoy, en televisión, son los «asesinos múltiples» y acaban de pasar la película de Richard Fleischer *El estrangulador de Boston*, protagonizada por Tony Curtis y Henry Fonda. En la película se han narrado los crímenes de Albert di Salvo, un apacible padre de familia que, en 1964, asesinó a trece mujeres. «No quiero que la Prensa se entere de lo de la escoba», decía Henry Fonda ante uno de los cadáveres. Y Montserrat se mordía las uñas, «¡Por el amor de Dios, ¿qué sería lo de la escoba?!».

—Buenas noches —dice el moderador—. Todos ustedes habrán comprendido ya por qué nos pareció que era oportuno programar hoy el tema de los asesinos múltiples, los asesinos de masas, a quienes en países anglosajones denominan *serial killers* o *mass murders*. Últimamente, este fenómeno parece amenazar por diversos frentes a nuestra sociedad. Podríamos situar el inicio de este fenómeno en 1974, fecha de la realización de la película *La matanza de Texas*, remotamente inspirada en el caso de Edward Gein, un asesino que se hizo famoso en el Estado de Wisconsin, Estados Unidos, en el año 1957. Después de aquella película, aparecieron otras que hablaban igualmente de locos asesinos, que elegían sus víctimas al azar. *Halloween, Viernes 13, Pesadilla en Elm Street*, y todas ellas han generado secuelas aplaudidas por miles y miles de espectadores en todo el mundo. En la última temporada, el libro más vendido en España ha sido *American Psycho*, de Brett Easton Ellis, que describe las andanzas de un *yuppy* que asesina indiscriminada y sádicamente en la ciudad de Nueva York. Otro libro muy vendido ha sido *El silencio de los corderos*, de Thomas Harris, que ha dado lugar a la película del mismo título, galardonada con cinco Oscars y que trata de un asesino que despelleja a sus víctimas y que es desenmascarado por otro asesino, que mata a mordiscos, el mítico Aníbal Lecter. Este Aníbal Lecter, Aníbal Caníbal, es el protagonista de otro libro del mismo autor en que persigue a otro asesino múltiple, *El Dragón Rojo*, que mata a familias enteras para bailar delante de sus cadáveres. Otra película,

si no de gran éxito sí de gran calidad e impacto, esta temporada, ha sido *Henry, portrait of a serial killer*. También esta temporada se ha proyectado en televisión un serial de dos episodios sobre el caso de Ted Bundy, un joven abogado de Seattle, Estados Unidos, que asesinó al menos a quince mujeres desde enero de 1974 a febrero del 78. Por último, pero no menos importante, es de actualidad la existencia en la Ciudad Condal, desde hace siete meses, de uno de estos peligrosos dementes, al que ya todo el mundo denomina el Hombre de la Navaja.

—… Que es una mujer —apostilla Montserrat entre dientes, muy emocionada, poseedora de un secreto que solo comparte con el asesino.

—Cuando escribimos el guión de este programa —continúa el moderador—, cuando lo estábamos preparando, hablamos siempre de siete víctimas y nos preguntábamos cuál sería la octava. Hace unos instantes, se han comunicado con nosotros de la redacción de Barcelona para notificarnos que hay que modificar esa parte del guión. Porque ya se puede hablar de ocho víctimas. Ha aparecido la octava en la habitación de una pensión de la Ciutat Vella. —El presentador consulta un papel—. Se trata de un travestido de treinta y dos años, llamado Antonio, o Amparo Cuyás Sansebastián, que practicaba la prostitución, igual que cinco de las siete víctimas anteriores. Su cuerpo presentaba esas heridas en el cuello y en el tórax que ya son como la firma del asesino. En el programa de hoy queremos desvelar un poco a qué se debe la existencia de estos asesinos, qué tipo de enfermedad sufren, y sobre todo a qué se debe que el tema del asesino múltiple se haya puesto de moda. ¿Es posible que estos locos actúen estimulados por la publicidad que del tema hacen los medios de comunicación? Para ello, tenemos con nosotros…

Hace ya rato que Avelino rebulle en su sillón, impaciente, más pendiente del taconeo que recorre el piso de arriba que del programa de la tele. De pronto, Montserrat le oye dar un respingo y ponerse en pie, en tensión, al acecho de la puerta. Los pasos, como cada noche, bajan la escalera, recorren el vestíbulo, abren la puerta de la calle. La Vecina Puta sale a dejar la basura en el contenedor.

Montserrat también vibra de excitación. Le gustaría precipitarse fuera, adelantarse a Avelino, como intenta hacer cada noche,

disputarle el acceso a la basura de los inquilinos. Teme que su marido eche a perder lo que a ella tanto le interesa, triquitracatrac, aunque ya debería de haber quedado claro que los dos asaltan el contenedor en busca de botines distintos. A ella le interesan los papeles que el escritor desecha, esas bolas arrugadas llenas de tachaduras, o esos pedazos que hay que recomponer como rompecabezas, para poder leer los intentos fallidos del artista. Le interesa también todo lo que contribuya a demostrar que la Vecina Puta es, en realidad, el Hombre de la Navaja. Que el asesino de putas es una puta, como ya tendrían que haber deducido las cabezas pensantes de la Policía, en caso de que la Policía tenga cabezas pensantes. Claro que la Policía no ha visto, ni podrá ver nunca, lo que Montserrat encontró en el contenedor de enfrente de casa, la navaja de afeitar y las ropas ensangrentadas, dentro de la bolsa de basuras que tiraron los vecinos de arriba después de la quinta víctima del Hombre de la Navaja, aquella pobre ama de casa degollada en pleno Ensanche, un ama de casa regordeta asesinada por una mujer hermosa que se prostituye.

A veces piensa que los vecinos de arriba, los Graña, eran buenas personas antes de instalarse en la Torre. Ella era una hacendosa ama de casa, él un escritor aplicado. Pero la Torre está maldita, todo el que vive en ella se vuelve loco. Y a esos pobres desgraciados les ha caído la maldición encima sin comerlo ni beberlo. Ella se prostituye y asesina mujeres y él escribe, todo el santo día escribe, triquitracatrac, con su Olivetti, historias sadomasoquistas, «*violentamente deleitándome con el arrullo de sus gritos agónicos. Pero ya no me apetece. Estoy harto de sus chillidos frenéticos, de su cuerpo convulso, de sus manoteos y pataleos. Estoy harto de hundir mi incansable…*», «*… azotes, bofetadas, ataduras, si era preciso, para vencer los mordiscos que pretendían ocultar gimoteos de gozo. Grita, perra, grita, guarra de mierda, demuestra que estás disfrutando, solo a cambio de unos billetes. Aburrimiento de emociones conocidas*». Un día, los Graña se preguntarán «¿Cómo hemos podido caer tan bajo?» y no sabrán responder. Solo ella, Montserrat, conoce el secreto de su locura. La culpa es de la Torre, de la maldita Torre de los Argelaga, ay, cómo odiaba la Torre, esta Torre donde ahora vive, cómo se alegró cuando el ejército de leñadores y excavadoras irrumpió en el bosque de pinos y lo arrasó sin piedad. Hasta entonces, aquella

barrera natural hacía pensar a los privilegiados habitantes del edificio modernista que se encontraban a cientos de kilómetros de la ciudad y, de pronto, la tala del pinar les descubrió azoteas, al alcance de la mano, ropa tendida, calles asfaltadas por donde corrían ruidosos camiones, ruidosas motos. Y, por la loma de la derecha, donde estaba la fuente, donde habían dado tantos paseos con los niños y alguna vez incluso habían visto algún conejo silvestre, asomó la amenaza de las chabolas de adobe, cartón y uralita, «Ahí están los nuevos vecinos», comentaba Montserrat con sorna, cruel, riéndose de las Cuñadas Brujas, que se santiguaban y cavaban debajo, de las baldosas para esconder sus tesoros de porquería. Montserrat se preguntaba si los escondían para que no los robaran los gitanos o el Papa Ogro, que menudo pinta era.

Salía cada mañana con su coche, grandote que era, con sus bigotazos, la barriga enorme, los ojos chispeantes, la sonrisa cínica, depravada. Levantaba la mano y decía «¡Me voy a trabajar!», con una carcajada satisfecha que desmentía semejante disparate. «A trabajar», rezongaba la Mama de los Gatos, rencorosa, mientras daba de comer a sus fieras malcriadas, o los acariciaba como una loca de película, «tú no has trabajado en tu vida, de putas te vas tú, desgraciado».

Sí que había trabajado el Papa Ogro. Trabajó, o algo parecido, mientras vivió su padre, el Argelagot, el indiano que se trajo tantos millones de Cuba, que fundó los «Talleres Argelaga» del Pueblo Nuevo, donde se producía el rayadillo, la tela con que precisamente se confeccionaban los uniformes de los soldados que se iban a morir a Cuba. La fábrica triplicó la fortuna del viejo Argelagot, a quien se le llamaba por el apellido incluso en familia. Luego, al terminar la guerra de Cuba, la fábrica tuvo que dedicarse a otras cosas y entró en una momentánea crisis de fin de siglo que el viejo Argelagot superó con su imaginación y energía. Se entregó a la fabricación de lonas y se las compuso para mantener sus contactos con el Ejército y venderles grandes partidas de tela para sus acampadas, no importaba que fuera el ejército de Alfonso XIII, de Primo de Rivera, de la República, el Frente Popular o los facciosos levantiscos. Y de eso vivió la familia Argelaga hasta los años cincuenta. Y, hasta entonces, vivieron en aquel principal tan lujoso, cerca del Arco del Triunfo, con escalinata que subía directamente del inmenso zaguán,

donde se guardaba el coche. En Barcelona, a los pisos más bajos de las casas se les llamaba principales porque, como entonces no había tráfico ruidoso ni ascensores, la baja era sin duda la mejor de las plantas. Allí era donde vivían los vecinos más importantes, y disponían de los miradores más grandes y ostentosos y, con un poco de suerte, hasta gozaban de una buena terraza en la parte de atrás, en el patio interior. Ahora todo el mundo huye del ruido hacia los pisos más altos, los áticos, que se han adueñado del prestigio que antes tenía el principal. Todo cambia, tarde o temprano. Hasta la Torre cambió, y parecía imposible. La Torre no era más que un lugar de veraneo, cuidada por un jardinero que prácticamente vivía allí. Cuando Avelino y Montserrat se casaron, en el 53, se quedaron a vivir en el principal, con el Papa Ogro, la Mama de los Gatos y las Cuñadas Brujas. En realidad, los dos estaban viviendo allí incluso desde mucho antes del noviazgo, él porque era el único hijo varón de Papa y Mama, y Montserrat porque era la criada.

Montserrat continúa pensando que todos estaban locos en aquella casa, y se recrimina no haber caído en ello a tiempo y haber huido antes de quedar atrapada como la mosca en la telaraña. Pero no lo hizo. Porque tenían dinero y ella había conocido la miseria, porque bebían champán constantemente y Montserrat, en el pueblo, en ocasiones había tenido que pasar con una lechuga para todo un día.

La mujer hermosa que se prostituye, la Vecina Puta, cierra de nuevo la puerta de la calle, marca su itinerario con taconeo a través del vestíbulo, escaleras arriba, hasta el piso del hombre sin piernas que se pasa todo el día dale que te dale, triquitracatrac, con su antigua Olivetti. En cuanto se cierra la puerta de arriba, Avelino sale procurando no hacer ruido y Montserrat, atrapada por su programa y su tema preferidos, renuncia por una vez a disputarle el botín.

—… Yo no diría que esto sea una moda —dice un hombre gordito, calvo, con gafas y bigote, que tiene una voz muy agradable y parece tan seguro de lo que dice que lo suelta como sin querer—, sino algo mucho más profundo. Yo creo que es la manifestación de un temor, un miedo, que está en la conciencia colectiva de una sociedad que ve tambalearse todos sus principios éticos. Al margen de disquisiciones sobre ocasos de teorías filosóficas, marxistas o no,

lo cierto es que hasta hace poco la buena y la mala conciencia del mundo estaban contrapesadas, cada una en un platillo de la balanza, y se conservaba un cierto equilibrio. La conciencia occidental capitalista podía permitirse una dureza y una intransigencia absolutas, por ejemplo, en cuestiones laborales, en la realización individual a costa del bien colectivo, porque había otra conciencia más, digamos, altruista, una conciencia que venía del Este y que limpiaba todos los remordimientos. Gracias a ideologías que hoy se consideran aberrantes, hubo una lucha obrera, unas organizaciones sindicales, se obtuvieron ventajas para los obreros, una limitación de horas de trabajo, unos seguros sociales, unas jubilaciones, que de otra forma no se habrían conseguido. Y, aunque el capitalismo se resistía a sangre y fuego antes de conceder cualquier privilegio, lo cierto es que podía mantenerse duro y puro porque, ante cualquier acusación de inhumanidad, se lavaba las manos mostrando lo bien que trataba a los obreros. Y el ejemplo que pongo referente al mundo laboral es válido para otros muchos campos. El capitalismo siempre ha sido defensor de un cinismo basado en «Yo a lo mío, maricón el último y es tu problema» y las izquierdas preconizaban el altruismo, la generosidad, el trabajo en equipo y el reparto de beneficios, y los dos bandos podían irse a los dos extremos, a los dos platillos de la balanza, porque el uno contrapesaba al otro. De la misma forma que el capitalismo enaltecía una cierta moral oficial y burocrática que pretendía controlar el concepto de normalidad, hablo de familia, comportamiento social, etcétera, y eso permitía a las izquierdas predicar el amor libre más desaforado, el comportamiento social más anárquico. En realidad, estos conceptos éticos se apoyaban los unos en los otros y formaban un bloque compensado. Hoy, con el supuesto hundimiento de la ideología marxista (y digo supuesto porque lo que se ha hundido no es más que una determinada forma de aplicar una determinada interpretación de una ideología), da la impresión de que, en la catástrofe, se han venido abajo también los valores éticos que, nos guste o no, provenían directamente de esa ideología. Y, entonces, nace el miedo. El miedo que Dostoyevski reflejaba en su frase famosa, de *Los hermanos Karamazov*: «Si Dios no existe, todo está permitido». Si Dios no existiera, la gente se iría asesinando por las calles en medio de un caos aterrador. Como si el

hundimiento del Muro de Berlín hubiera significado también el hundimiento de una forma de conciencia social y el mundo se preguntara: ¿qué pasará ahora si nadie le para los pies al que dice que esto es una jungla donde gana y debe ganar el mejor armado? En una época regida por la ética capitalista occidental o japonesa, y la ética moralista vaticana, que no dudaría en calificar de éticas sin escrúpulos, es perfectamente lícito que el pequeño burgués asustadizo se pregunte dónde vamos a ir a parar, cuál será el siguiente paso a dar. ¿Deberemos comprarnos un revólver cada uno para llevarlo en la guantera del coche, como aconsejan los telefilmes norteamericanos? ¿Saldrá la gente a la calle, a matarse porque sí? Lo de «porque sí» es muy importante y nos remite directamente a nuestro loco asesino de masas, que mata «porque sí», lo que significa que a cualquiera puede caerle la china «aunque no se lo haya buscado». ¿Ya no hay leyes éticas que respetar? El arte suele ser la manifestación de un inconsciente colectivo y, en este caso, la moda de novela y cine sobre los «asesinos en serie» es la reflexión, es decir, la imagen que el mundo ve de sí mismo en un espejo. Y es una imagen aterradora, de crueldad, de locura y de muerte.

Montserrat no ha comprendido nada del discurso del hombre gordito. Estaba distraída, escuchando sin escuchar. Se encuentra en esa edad que nos distancia del mundo real, que nos impulsa con más frecuencia a mirar hacia adentro que hacia fuera, al recuerdo más que al conocimiento.

A los padres de Montserrat los fusilaron cuando la guerra, y ella nunca había comprendido por qué, porque no eran ricos ni habían hecho nunca mal a nadie, y porque ella contaba entonces seis años de edad. Los arrancaron de la cama a puntapiés. Montserrat dormía en la buhardilla, se hizo pipí encima y se descolgó por una ventana a la era. Desde las sombras, vio cómo ponían a su padre y a su madre contra la pared, junto al cura, y cómo les disparaban con escopetas de caza. Huyó del pueblo, se perdió en el bosque, pasó hambre y frío, y miedo, sobre todo muchísimo miedo, y el miedo la volvió como ha sido siempre, tímida, silenciosa, pusilánime. A veces le parece que, si dijera algo, si hiciera un ruido, si mirase demasiado directamente algo preciso, todo se resquebrajaría y desmoronaría a su alrededor. Pasó años temiendo que el viejo

Argelagot le insultara y le pegara, de noche temblaba y la obsesionaban las rendijas luminosas que perfilaban la puerta, pensaba que de pronto se abriría y el viejo Argelagot, o su hijo, el Papa Ogro, se echaría sobre ella y la violaría. A veces, Carmencita, la cocinera, que dormía con ella en la parte de atrás, la había despertado muy preocupada, le había dicho «Estabas gritando» o «Estabas llorando», y en numerosas ocasiones Montserrat lloraba y nadie la oía.

Un día la encontró por el bosque, perdida, una del pueblo, la de Can Carapell, que estaba con las cabras, y la cogió de la mano y le dio su merienda, y se la llevó a su casa y allí la ocultó y le ofreció cobijo. Montserrat, niña de seis años, la oyó discutir con su marido. «¡Qué culpa tiene, la pobre, de lo que hicieron sus padres!». Nunca se atrevió a preguntar qué era lo que habían hecho sus padres. Conforme pasó el tiempo, la chica se fue ocupando del ganado, de dar de comer a las gallinas, de lavar la ropa. Cuando se atrevió a salir de casa, nadie la miraba a los ojos, nadie le dirigía la palabra. En ausencia de su mujer, el dueño de la casa, el Carapell, la maltrataba. Y una vez quiso meterle mano bajo las faldas y la amenazó con un hacha, «como le digas algo de esto a mi mujer, te corto la cabeza». Aquella noche, llorando, Montserrat dijo a la Carapella que se quería ir del pueblo, que allí no la apreciaba nadie y que, a lo mejor, en Barcelona podía encontrar un trabajo como criada o algo por el estilo. Entonces, ya tenía la chica doce años. La Carapella lo entendió todo y la puso en un tren con un fardo de ropa, una fiambrera y una carta para unos del pueblo, que se llamaban Mauri y tenían una portería. A Montserrat le habría gustado recordar aquellos años en casa de los Carapell con gratitud. Pero no podía. En su memoria el olor a estiércol, la suciedad de la era y los corrales, el chapoteo en el barro los días de lluvia, la oscuridad de la buhardilla eran signos de injusticia y desolación. Eran el olor de aquel corral desde donde presenció el fusilamiento, era la suciedad de la muerte, era el chapoteo de dos cuerpos en sangre, era la oscuridad de un pequeño infierno hecho a la medida de una niña demasiado pequeña para comprender nada.

Cuando Avelino hurga en la basura de los vecinos, lo hace buscando revistas pornográficas que compran en abundancia para estimularse y entregarse a ruidosos actos lascivos y que luego tiran,

empaquetadas con una cuerda, con los diarios y otras publicaciones, a la vista de todo el mundo, sin la menor vergüenza. Sonríe Montserrat al recordar a su marido, aquel día, cuando lo sorprendió masturbándose al ritmo de los jadeos, los gritos, los susurros y el rechinar del somier del piso de arriba. Se ríe Montserrat, aprovechando que Avelino ha salido, se ríe con indulgencia, perdonándole que no le haga ya el amor, preguntándose si le hizo alguna vez el amor, porque Montserrat está en esa edad en que una puede creer impunemente que está curada de espantos, que ya nada puede afectarla. Es la suya, empero, una sonrisa que en seguida se apaga bajo el peso de todos los espantos de que la han curado, de todas las frustraciones, humillaciones, golpes, insultos y escupitajos que han encallecido su alma. Qué envidia le dan los vecinos que disfrutan a gritos del sexo, que experimentan un placer que ella nunca saboreó. Qué envidia. Qué amargura.

Los Mauri del pueblo, que tenían una portería en el Barrio Gótico, eran buena gente y colocaron a Montserrat en una casa de la misma escalera, a cuidar a una anciana muy gorda y desvalida. Montserrat dormía en un jergón echado en el suelo, en la portería, con los Mauri, y de buena mañana subía al piso de doña Teresita y allí se quedaba todo el día, haciéndole la comida, fregando platos y suelos, sacando el polvo de los muebles, abrillantando joyas, lavando a la pobre mujer, que no podía moverse de la cama, cambiándole las vendas de unas heridas purulentas que tenía en las espinillas, vistiéndola y enjoyándola y ayudándola a maquillarse cuando iba a recibir visitas, atendiendo a todos sus caprichos y, sobre todo, escuchándola atentamente cuando contaba la historia de su vida, cuando deliraba sobre lo ocurrido y sobre lo que a ella le gustaría que hubiese ocurrido. Esta pobre mujer, sola, desolada y olvidada, era la hermana del viejo Argelaga, al que todo el mundo llamaba por el apellido. Incluso doña Teresita lo llamaba Argelagot, con gran desprecio, y para Montserrat el viejo creador de la fortuna familiar siempre fue el Argelagot. Teresita le contó que su hermano se había ido a Cuba, de joven, se dice que huyendo de algo, un pleito de paternidad, una deuda de juego, incluso se rumoreaba que un delito de sangre. Teresita era muy niña cuando él se fue y nadie le aclaró demasiado las cosas cuando preguntaba. El Argelagot regresó en 1866, cargado de millones, y fundó los «Talleres

Argelaga» en el entonces novísimo Pueblo Nuevo, al que más tarde llamarían el Manchester barcelonés por todas las industrias que se instalaron allí. Se casó con la primera que encontró, una mujer de la que al parecer nadie se acordaba, y tuvo su primer hijo al año siguiente, en el 67. Era Papa Ogro, el padre de Avelino, el que había de arruinar a toda la familia.

Cuando la guerra (contaba la anciana Teresita), en el 36, el viejo Argelagot, que ya tenía sesenta y nueve años, y Papa Ogro movilizaron a unos cuantos amigos y operarios fieles de la fábrica, los vistieron con monos azules, les dieron unos fusiles y los instalaron en la fábrica para que dijeran que ya había sido ocupada. Durante el tiempo que duró la guerra, la familia Argelaga se las compuso para hacer creer a todo el mundo que no había anarquista primero, y comunista después, más convencido que ellos. De alguna forma, consiguieron hacer olvidar que ellos habían estado vistiendo a los soldados, que iban a morir a Cuba, lo que había motivado tantas protestas, manifestaciones y huelgas contra ellos por parte de los anarquistas de entonces. Y, en cuanto terminó la guerra, surgieron de la nada como los más fanáticos partidarios del nuevo orden. Tenían dinero y podían agasajar, sobornar, financiar y subvencionar cualquier necesidad de un régimen que había nacido y que perduraba y perduraría gracias al dinero, como lo demostró grabando en él, en el dinero, en las monedas, la frase «por la gracia de Dios», con la esperanza de que, estampada en el metal sagrado, la divisa no quedara nunca obsoleta.

A Montserrat le habría gustado recordar con afecto aquellas largas conversaciones con doña Teresita, todas las confidencias que ella le hizo, las historias apasionantes, reales o ficticias, que le transmitió. Le habría gustado conservar todo el amor que aquella mujer le había dado, por primera vez en su vida la niña se había sentido querida. Y, en cambio, solo recuerda el odio mascullado, aquel odio que la mujer enferma escupía cada vez que hablaba de su hermano, el Argelagot, aquel hermano aventurero, ricachón, prepotente, que cuidaba de que a ella no le faltara de nada, pero no aparecía para hacerle ninguna visita, no había vuelto a mirarla a la cara. El piso de doña Teresita, en las pesadillas de Montserrat, es enorme como un mundo, oscuro de bombillas de cuarenta vatios, poblado por todos los seres aborrecedores y odiosos que había

creado la inquina de aquella mujer gorda, malherida y sola. La niña corría de la cocina al dormitorio de la enferma, corría sintiéndose acechada por mil ojos ominosos, perseguida por manos ávidas de las que siempre se zafaba por fracciones de segundo.

Cuando murió la anciana Teresita, en el 47, Montserrat tenía diecisiete años y la llevaron a trabajar a casa de los Argelaga, al imponente principal de Arco del Triunfo. Tuvo todavía la oportunidad de conocer al Argelagot, el creador de la fortuna familiar, de ochenta años, llevándose a su hijo de cincuenta a la fábrica, a trabajar, cada mañana. Tuvo la oportunidad de sentir, a flor de piel, aquella energía vibrante y desbordante que había hecho de la familia lo que era, y notó la resistencia perezosa del vivalavirgen que había de sucederle. Papa Ogro nunca replicó al viejo Argelagot, claro está, porque había que ser muy hombre para tal cosa, pero sí se demoró en saltar de la cama, o rezongó al salir de casa o al regresar de una jornada que le había parecido especialmente fatigadora, y eso era indicio de lo que iba a suceder en cuanto el viejo faltase.

A Montserrat le habría gustado recordar la comodidad, el bienestar material, las comilonas hasta saciarse de su vida de criada con los Argelaga, pero en su memoria se impone la desconsideración con que la trataba la Mama de los Gatos, aquella aparente sumisión de la matrona ante el viejo Argelagot, diciéndole siempre que sí a todo y las órdenes contradictorias que luego improvisaba para la pobre Montserrat, que no sabía a quién obedecer. Y la pasividad de las Cuñadas Brujas, como las llama ahora, las hermanas de Avelino, dos chicas feas y hoscas, quisquillosas y desdeñosas, preparándose con ahínco y mala cara a su inevitable futuro de vestir santos. Todavía hoy se despierta el odio de Montserrat ante la intransigencia, la arbitrariedad de unas mujeres de rosario y misa diaria que disfrutaban ofendiéndola sin perder jamás aquellas sonrisitas tan humildes como perversas. Y está vivo todavía el desprecio que despertaba en ella el hijo menor de la familia, Avelino el inútil, el casi inexistente, el chico de veintitrés años, siempre escurriendo el bulto, empedernido estudiante de Medicina, coleccionista de suspensos, repetidor incansable, siempre encerrado en casa, entregado a la absorbente tarea de meter barquitos en botellas, acoquinado, acoquinados

todos, por la terrible personalidad del viejo Argelagot. Si hubiera atendido debidamente a las señales que se le ofrecían, Montserrat habría corrido a buscar otra casa donde colocarse. Eso piensa ahora. Ojalá lo hubiera hecho, piensa ahora, sin demasiada convicción.

Vuelve Montserrat a la realidad cuando escucha lo que dice una de las mujeres que participan en la tertulia de la tele, una de amplias melenas, muy aguerrida ella. Papel en mano, está afirmando:

—… Todos los asesinos de masas que registra la historia son hombres. Incluso a Jack *el Destripador*, que nunca fue descubierto, se le consideró siempre del sexo masculino. Solo un autor, William Steward, en 1939, aventuró que *el Destripador*, Jack *the Ripper*, podía ser en realidad Jill *the Ripper*, pero su teoría jamás ha tenido ninguna resonancia. ¿Por qué no ha tenido ninguna resonancia?

—Perdona que te interrumpa, pero sí se han dado casos de mujeres *serial killers* —trata de interrumpirla un joven periodista barbudo que sonríe a la cámara como reclamando la indulgencia de los espectadores para con sus compañeros de tertulia—. Históricamente, es famosa Elizabeth Báthory, una condesa del siglo XVI que, según se dice, asesinó a seiscientas jóvenes porque creía que bebiendo su sangre y bañándose en ella conseguiría la eterna juventud. Y, más cerca de nosotros en el tiempo, en 1990, una mujer llamada Aileen Wuornos, en el Estado de Florida, mató al menos a siete hombres que la recogieron cuando hacía autostop.

—Dos casos en toda la historia de la Humanidad. No está mal —responde la melenuda aguerrida, impertérrita—. Digamos que se trata de las excepciones que confirman la regla. ¿Por qué no han tenido ninguna resonancia? Para responder, dejadme que recurra a la estadística. Considerando *serial killer* a todo aquel que ha matado a más de cinco personas sin ánimo de lucro, o ha matado a menos, pero hay pruebas de que habría continuado asesinando si no le hubieran detenido, he recopilado un total de veintitrés casos, que abarcan desde 1914 hasta 1988, que incluyen a gente tan famosa como Albert di Salvo, *el Estrangulador de Boston*, o *el Hijo de Sam*, el doctor Petiot o Landrú, o aquel español llamado *Arropiero* y aquel otro, el cántabro que han juzgado hace poco por el asesinato y la violación de quince ancianas. Por cierto, que del *Arropiero* solo he contado catorce asesinatos, que fueron los que se pudieron

demostrar, pero él confesó cuarenta y ocho. Bueno, pues estos veintitrés asesinos son todos hombres. Y estos veintitrés asesinos han causado doscientas cincuenta y una víctimas, de las cuales el 67% son mujeres, que es un porcentaje muy elevado. Eso ateniéndonos únicamente al sexo de las víctimas. Pero si consideramos, por ejemplo, que un norteamericano de Chicago, John Wayne Gacy, asesinó a treinta y tres jovencitos con quienes había mantenido relaciones homosexuales, o sea, jovencitos que vendrían a ser la parte débil, vulnerable, femenina, de la pareja, digo: si prescindimos de este ejemplo por confuso, el porcentaje se nos eleva a un 77,5% de víctimas mujeres. Y, si nos permitimos sumar esas treinta y tres víctimas «débiles» en el grupo de las mujeres, que no sé si es lícito, pero yo lo he hecho, si lo hiciéramos, prescindiendo del sexo real y basándonos en el rol que ejercían en las relaciones que sostenían con el asesino, nos iríamos a un 80% de víctimas del, diríamos, sexo débil. Creo que eso demuestra sobradamente el componente sexual-machista-dominante en este tipo de crímenes, y es uno de los ejemplos más descarnados y brutales de a qué extremos puede conducir una educación basada en que el hombre es el conquistador y la mujer la conquistada, el hombre representa la actividad creativa y la mujer la pasividad, etcétera…

En aquel principal de Arco del Triunfo vivió Montserrat la riqueza de los triunfadores. En la posguerra barcelonesa, cuando en la ciudad de la prosperidad se pasaba hambre, Montserrat servía día sí día también bandejas repletas de copas de champán y fuentes de caviar que luego vería comer con cuchara sopera.

Debería haber sospechado que la historia no podía terminar bien cuando asistió al cataclismo que supuso la muerte del Argelagot, en el 50, tres años después de que Montserrat entrara a servir en la casa. Ni la Mama de los Gatos, ni el Papa Ogro, ni Avelino, ni sus hermanas, nadie lloraba de dolor, sino de miedo. Nadie confiaba en nadie. Se respiraba en el ambiente que Papa Ogro no podría sostener a pulso lo que hasta entonces había cargado el Argelagot. Nadie habló de ello, claro está, ni soñarlo, pero se respiraban agüeros adversos en el tremendo funeral, abundante en representaciones oficiales, políticos uniformados, hombres de empresa, artistas favorecidos por el mecenazgo del indiano. Hasta

obreros compungidos, boina en mano y arrastrando las alpargatas acudieron al funeral. Y todos, todos, todos, con sus pésames parecían despedir no solo al viejo admirado Argelagot sino también a la prosperidad de la familia, a los pactos hechos con el difunto, pactos que de pronto resultaban personales e intransferibles. Muchas miradas se fijaron con pesar en el Papa Ogro, que bostezaba de aburrimiento en la iglesia, y muchos negaron con la cabeza, como quien lamenta por anticipado una catástrofe inevitable. Y, luego, una vez el muerto en el hoyo, el Papa Ogro se lanzó a la calle, a sus cincuenta y tres años, el desgraciado, para demostrar y demostrarse que ahora mandaba él, para disfrutar con libertad y de cara al público lo que hasta entonces había disfrutado en vergonzante clandestinidad. Durante cerca de un mes, fue como si ya no viviera en el piso de Arco del Triunfo, como si hubiese abandonado a la Mama de los Gatos y a sus hijos. Y la Mama de los Gatos se volvió más feroz y venenosa, y contagió la infección a sus hijas, y se convirtieron en abominables madrastra y hermanastras de la Cenicienta, que era Montserrat. Era el momento de huir, pero Montserrat se quedó. Seguía siendo la niña perdida en el bosque, encogida y temblorosa, callada, sumisa, siempre confiando en la próxima aparición de una pastora generosa que le ofrecería su mano, su merienda y su casa y le salvaría la vida. Y no fue una pastora, sino el hijo de la casa, el incapaz, el eterno estudiante de Medicina, constructor de barcos en botellas, quien, en lugar de echarle una mano, le pidió la suya. Le declaró por sorpresa su amor reprimido e iniciaron tres años de estúpido noviazgo, durante los cuales Montserrat seguía ejerciendo de criada para todo, maltratada de palabra y casi de obra por las mujeres de la casa, salvo un ratito, por la tarde, en que se convertía en futura nuera y cuñada y salía con el nene de la casa a tomar chocolate con bizcochos en la calle Petritxol, o a hacer castas manitas en el cine, viendo películas de Amparo Rivelles y Jorge Mistral, Luis Mariano y Carmen Sevilla. Entonces, Montserrat debería haber salido corriendo. Pero no lo hizo, porque los Argelaga eran ricos y vivían en una fortaleza inexpugnable, mientras que fuera había un bosque donde acechaban peligros mil veces peores que la despótica Mama de los Gatos o las Cuñadas Brujas.

A Montserrat le gustaría recordar su boda y su ingreso en la

familia Argelaga con júbilo, como la consecución de unos derechos tanto tiempo anhelados y merecidos. Pero todavía hoy se desasosiega al recordar el tacto de las manos de aquel Avelino indeciso e inexperto, que no supo despertar su afecto ni siquiera con las palabras más vulgares. Aquel eterno estudiante de mirada huidiza, enredado en las faldas de su Mama de los Gatos, incapaz de defender a Montserrat de las pullas de las Cuñadas Brujas. En lugar de proporcionarle la protección que ella necesitaba, aumentaba su inquietud dándole a entender que el resto de su vida se tendría que preocupar por él y que jamás podría confiar en que nadie la cuidase. Será por eso que, a pesar de los pesares, Montserrat nunca tuvo prisa por abandonar el principal de Arco del Triunfo. Tenía la fantasía de que, una vez a solas con Avelino, las cosas solo podían empeorar.

Avelino ya ha regresado, y corre a su estudio para esconder las revistas pornográficas que ha conseguido en la basura. Y, aunque a Montserrat le interesa muchísimo lo que están diciendo en la tele; aunque no lo entienda, no puede sujetarse más a la butaca y se levanta, aprovechando la ausencia de Avelino, como si Avelino no hubiera de volver inmediatamente, y sale al vestíbulo; y del vestíbulo a la calle y cruza el jardín de cemento en dirección a los contenedores que la esperan boquiabiertos y repletos. La ilumina la luz del piso de arriba, procedente del gran ventanal de la terraza, y eso significa que los vecinos pueden sorprenderla en su ignominiosa tarea de revolver basuras, pero no le importa. La mueve una necesidad, una avidez, mucho más poderosa que la vergüenza. Han quedado muy atrás los días en que se preparaba réplicas por si la sorprendían. «Es que creo que se me ha caído algo sin querer», o «¿No lo ha tirado usted a la basura? ¡Pues a usted qué más le da si lo recojo yo o lo recoge otro!».

Hasta que se encontró la navaja de afeitar y la camisa ensangrentada. Dios mío, aquel día, qué miedo, aquel día habría sido incapaz de replicar nada si de pronto la Vecina Puta le posa la mano en el hombro y le espeta: «¿Qué está haciendo? ¿Qué busca ahí?».

Hacía poco que los Graña habían ocupado el piso de arriba. Montserrat aún no se había acostumbrado al triquitracatrac de la Olivetti del escritor y estaba siguiendo con afán, como todo el

mundo, por radio, prensa y televisión, el caso del Hombre de la Navaja. Hacía muy poco, pues, que Avelino había descubierto que, de vez en cuando, los vecinos se desprendían de revistas cochinas. Un día, arrebatado por su fiebre onanista, se hizo con la bolsa de la basura de los vecinos y entró con ella en el piso. La bolsa se rompió y se esparcieron por el suelo restos de comida, *tampax* usados y papeles arrugados y rotos, sobre todo muchos papeles arrugados y rotos que atrajeron la atención de Montserrat.

«… a ella a cuatro patas, como animales carnívoros al acecho de la presa. Podía ver brillar sus colmillos desde lejos. A ver: enséñame sus… ¡No, no, no, por favor, no! El juego derivó inevitablemente a violación. La pequeña zorra quiso emplear la fuerza para quitarse de encima las zarpas de mis vestales, que cayeron sobre ella con rudeza. Pero todo estaba previsto. El chillido solo fue una nota breve que quedó en suspenso en lo alto de la habitación, en instantáneo revoloteo, mientras la enérgica Norma aplicaba el esparadrapo sobre la boquita asustada, Esther hacía trizas el jerseicillo y Berta tironeaba de la falda, haciendo saltar los botones, descubriendo un glorioso y luminoso desnudo juvenil…».

Se casaron en mayo de 1953, y Montserrat continuó siendo la criada para todo, maltratada de palabra y ya hasta de obra, porque donde hay confianza da asco, por sus parientes femeninas, y montada legalmente de noche por su marido, estudiante eterno, inútil para la vida de los negocios y para los negocios de la vida.

En 1954, solo cuatro años después de la muerte del viejo Argelagot, el Papa Ogro tuvo que cerrar la fábrica. Hubo quien dijo que se la había jugado y perdido en una partida de cartas clandestina. Nadie supo quién hizo correr el rumor ni de qué manera se colaría en aquella casa de silencios, oscuridades y disimulos, donde hasta los gritos más espantosos se cuchicheaban. A Montserrat se lo dijo Avelino, «hemos tenido que cerrar la fábrica», «hemos», como si él hubiera tenido algo que ver alguna vez con el negocio, y en su voz había una cierta satisfacción insana, cualquiera diría que el desastre familiar lo ponía especialmente contento. Como consecuencia del fracaso, el principal de Arco del Triunfo se llenó de un Papa enfurecido, enloquecido, que se ganó con creces el mote de Ogro que Montserrat le otorgó, que no dudaba en abofetear a sus hijas Brujas, o a la sufrida nuera, o a su mismo hijo, el futuro

médico, si no recibía el trato o la respuesta que esperaba.

El primer hijo de Montserrat y Avelino, Luis, nació todavía en el principal de Arco del Triunfo. Al año siguiente, en el 55, el Papa Ogro vendió el principal y se fueron a vivir a la Torre. Malos años aquellos, porque las familias venidas a menos rebosan frustraciones y rabia y disparan con facilidad las acusaciones que no se atreven a hacerse entre sí contra las personas próximas pero ajenas, en este caso Montserrat y el niño, los niños, en plural, porque en seguida nació Pedro.

El Papa Ogro y sinvergüenza, no obstante, fue recuperando su desvergüenza, y se revistió de aquella sonrisa rasgada y cruel, y cada día salía de la Torre diciendo que se iba a trabajar, y la Mama de los Gatos rezongaba que se iba de putas, se iba, y las Cuñadas Brujas se persignaban por los rincones oscuros y reñían a Montserrat por no haber fregado bien el latón del pasamanos de la escalera, o los ventanales de la terraza de arriba, mientras Avelino, el estudiante eterno, se encerraba para ver si terminaba de una vez la maldita carrera de Medicina. Se encerraba, y a escondidas, creyendo que nadie se enteraba, construía barquitos dentro de botellas y se masturbaba con postales de artistas ligeras de ropa, Rita Hayworth, Gina Lollobrigida, Lana Turner.

«… Empujé a Norma contra la pared. Puse una mano en cada una de sus… apoyadas las manos en la pared, bien abierta… Movía las caderas y la cabeza en rápido movimiento circular. Gemía a golpes, emitía sonidos inarticulados, decía cosas incoherentes».

Se sintió tan cautivada por aquellos fragmentos sin principio ni fin como su marido por las orgías fotográficas y, desde entonces, cada día experimentaba la necesidad de husmear en la basura para rescatar aquellos desechos literarios. Sin darse cuenta, en alguna parte de su mente había ya relacionado la excitación que le producía oír hablar del Hombre de la Navaja con aquellos papeles arrugados y el hallazgo de la camisa manchada de sangre hasta los codos no hizo más que confirmar una sospecha. Acababan de matar a doña Engracia, el ama de casa, cuando el arma del crimen y las pruebas delatoras aparecían en el contenedor, frente a la Torre, en la bolsa de las basuras de la Vecina Puta del piso de arriba.

Desde aquel día, Montserrat observa a escondidas las entradas y salidas de la Vecina Puta, siempre tan maquillada y vestida, tan

señora, todo lo señora que usted quiera, pero puta, porque solo las putas salen y entran a esas horas, porque solo las putas caminan como lo hace ella, porque solo una puta es capaz de asesinar como asesina el Hombre de la Navaja.

—… Uno de los puntales de la teoría freudiana —dice una jovencita pizpireta, muy puesta y crispada— es la envidia del pene. Habló de ello por primera vez en los «Tres ensayos para una teoría sexual», de 1905. Engallado en su pedestal de supremacía machista, Freud suponía que la mujer tenía que envidiar al hombre y ni se le pasó por la imaginación que el hombre pudiera envidiar la capacidad de maternidad de la mujer. Es obvio que resulta mucho más milagrosa la gestación y el alumbramiento que el numerito de la erección. El hombre envidia la maternidad y por eso le violenta el acto sexual, le violenta saber que está haciendo una aportación que puede propiciar el milagro tan envidiado, el milagro cuyo mérito se lleva íntegramente la mujer. Al hombre le violenta tanto hacer el amor que, generalmente, lo concibe como un acto agresivo, tanto que suele darse por supuesto que se trata de un acto agresivo por su parte, y entonces se comparan el pene y la penetración con el arma blanca que se clava, o se establecen analogías entre el pene y las armas de fuego, etcétera, por no entrar en el terreno de las fantasías o prácticas sadomasoquistas, donde suele ser el hombre el torturador y la mujer la víctima. Envidioso de la maternidad, desde que el mundo es mundo, el hombre ha dejado a la mujer en casita diciéndole: «Muy bien, tú ya has demostrado lo que vales, ahora déjame que lo demuestre yo», y ha salido a cazar, a guerrear, en un constante intento por superarse, por competir, por demostrarse a sí mismo lo que vale, en un patético intento continuo de ponerse a la altura de la mujer. Y esta salida de casa termina convirtiéndose en una huida vergonzosa y cobarde. El hombre da la espalda a la realidad que lo abochorna y deprime y a la cual, por tanto, odia. Por eso… y perdónenme, que ya acabo —hace un gesto al contertulio masculino que se impacienta a su lado—, por eso, las religiones, inventadas por los hombres para explicar el mundo a su manera, no pueden aceptar la creación del hombre como un acto de simple maternidad. En la mitología egipcia, por ejemplo, el dios primero, Ra, imagina al hombre y este le sale de un ojo. O bien, en otro texto, se dice que Ra se amputó el sexo, fíjense bien, que es

muy significativo, y los hombres nacen de las gotas de sangre que caen en la tierra. Y las mujeres sagradas, en religión, las mujeres, no hablo de las diosas, que son inventos para marcar distancias respecto a las mujeres normales y corrientes, las mujeres, digo, para ocupar algún espacio en una religión, tienen que ser vírgenes. Vírgenes, claro. Para que sea venerada una mujer que ha sido madre, además tiene que conservar milagrosamente su virginidad. O sea, desde el punto de vista del hombre creador de religiones, el acto sexual solo podía verse como algo sucio y agresivo que ensuciaba y degradaba. Esa idea de que la mujer, cuando hace el amor, se ensucia, se degrada, se pervierte, está en todas las mentes de todas las sociedades…

Por el gesto que hace la contertulia apasionada, que no es otra que una psicóloga llamada Díez, Montserrat comprende que le han hecho señales para que abrevie el rollo. A Montserrat le sabe mal porque estaba entusiasmada con el discurso de la muchacha. Un poco más y hubiera aplaudido como un niño en el guiñol.

Y en su falda, el rompecabezas de las hojas que acaba de sacar de la basura del vecino. Triquitracatrac de la Olivetti que puede ver siempre que la llaman para cualquier recado, para hacer la compra porque la Vecina Puta no está, para acompañar al fontanero cuando se estropea el baño. «… *deseé poder leer en el movimiento convulso de sus labios y sus mandíbulas toda la sarta de insultos e improperios que destellaban en su cerebro. La provoqué con saña, como animándola a pensar más fuerte, esperando ver blasfemias tatuándose en su frente*…». La Vecina Puta sale cada noche, a vender su cuerpo y a segar vidas, y luego regresa y le cuenta sus experiencias al escritor de obscenidades. Así se ganan la vida.

Nadie sabe de qué vivió la familia Argelaga desde el 55, cuando se instalaron en la Torre, hasta el 64, cuando murió el Papa Ogro. Imaginaban que se iban vendiendo las propiedades del viejo Argelagot, que eran muchas. Imaginaban que empezó vendiéndose primero el principal de Arco del Triunfo solo por escapar, por alejarse del qué dirán los vecinos cuando sepan que cerramos la fábrica. Pero, aparte del principal, había otros: el piso donde había vivido doña Teresita, otros dos en Gracia, un almacén de la calle Vila i Vila, unos corrales muy grandes de la calle Tarragona, donde encerraban reses destinadas al matadero. Imaginaban que Papa

Ogro jugaba a las cartas y, a veces, tenía buena suerte, que era cuando se presentaba cargando un jamón, o una caja de latas de conserva, y en épocas de mala racha era cuando iban desapareciendo los adornos de la Torre de toda la vida: el reloj de carillón, los candelabros de la pastorcilla, el busto del recibidor, la ensaladera de cristal tallado.

En todo caso, aquella época de miserias ya pilló muy lejos a Montserrat porque al fin, Avelino, en el verano de 1956, se había convertido en el doctor Argelaga, después de trece años de carrera, y en 1959 pudieron trasladarse a un piso del Ensanche, al fin un piso propio donde establecieron consultorio y vivienda y donde Montserrat añadió a su categoría de esposa, madre y criada la mucho más digna de enfermera. Montserrat calcula edades, que le sirven para situar acontecimientos: contando con los dedos, concluye que Avelino tenía ya treinta y dos años entonces, y ella descontaba ya veintinueve de una vida que no terminaba nunca de ser suya, y los niños tenían cinco y tres, ah, sí, que alborotaban por el pasillo mientras Avelino visitaba, que las señoras les sonreían sin ganas, «qué monos», cuando hacían alguna trastada, que Avelino asomaba la cabeza fuera del consultorio y les increpaba: «¿Pero os queréis callar? ¡Montserrat! ¡A ver si haces callar a los críos!».

El piso estaba en la ahora Gran Vía de les Corts Catalanes (entonces Avenida de José Antonio Primo de Rivera), en aquel punto donde, de madrugada, el cielo se divide en dos partes perfectamente diferenciables, el día a la derecha, la noche a la izquierda. Se lo hicieron notar Luisito y Pedro, un día que los sorprendió a oscuras en el comedor. Ella se había levantado a hacer un pis, ellos regresaban de una verbena de San Juan. «¿Qué hacéis ahí, todavía levantados? Como os vea vuestro padre… ¡Andad a la cama!». Dijeron: «Espera, mamá, mira, es tan bonito…». Era tan bonito ver cómo se acercaba la luz despacito y apagaba con infinito cuidado el brillo de las últimas estrellas. Era fascinante notar el frío benigno de la noche de San Juan, en que los chicos tenían que acostarse tarde porque podían acostarse tarde, en que habían experimentado una erección mientras bailaban con una chica, y quizás incluso habían besado a la chica, y regresaban a casa muy hombres, tan tarde, tan libres, respirando profundamente, descubriendo en el cielo un fenómeno que la Naturaleza les

dedicaba a ellos en exclusiva.

A veces, Montserrat piensa que su vida no había tenido ningún sentido hasta que encontró aquella navaja y aquella camisa ensangrentadas. Hasta que descubrió nuevos significados para el triquitracatrac del piso de arriba, a los textos pornográficos del escritor que no salía nunca de casa porque le faltaban las piernas, a la relación apasionada y ruidosa que mantenía el tullido con aquella mujer alta y rubia, de pechos erguidos y piernas largas, bellísima y putísima. No se recordaba tan excitada, tan viva, en ningún otro momento de su existencia. Le parecía que había vivido anestesiada, en un pozo de insensibilidad, de sopor, de incomunicación absoluta, más o menos queriendo, más o menos sin querer. Nunca le había parecido tan fantástica, tan absurda, su relación sordomuda con Avelino. De pronto descubría la locura de la familia Argelaga que había llenado la Torre, que había contagiado a la Vecina Puta y que era la responsable directa de todos los crímenes del Hombre de la Navaja.

Un buen día, el marqués desconocido se vendió el pinar, y recalificaron los terrenos, y talaron los árboles y llegó la invasión de los nuevos vecinos, inmigrantes lastrados de miseria, que tanto alarmaron a las Cuñadas Brujas. Entre el mar y la Torre se levantaron bloques de hormigón, de ropa tendida, de mujeres gritonas y hombres en paro, de chiquillos medio desnudos, compraventa de objetos robados, delincuencia juvenil. Convertido el paraíso en barrio pobre; quienes fueron y ya no eran tuvieron que sufrir las protestas de quienes exigían del Ayuntamiento una estación de Metro, el asfaltado y la iluminación de las calles y unos servicios mínimos prometidos e inexistentes. Hubo cargas de la Policía de gris a la puerta de la Torre, y la gente del barrio quemó autobuses y, cuando subieron el precio de los autobuses (¡a seis pesetas!), se formaron largas comitivas de obreros que se negaban a utilizar aquel transporte público e iban hasta la estación de Sant Andreu a pie. Luego, cuando el Ayuntamiento decidió acceder a las peticiones del ciudadano, vino la amenaza de la expropiación de terrenos para ampliar la calle que pasaba por delante de la Torre, aquel camino de carro por el que años atrás llegaba el Papa Ogro con su coche reluciente cada día, a la puesta del sol, para cambiarse de camisa y volver a la Barcelona loca, esta calle asfaltada al fin,

cegada por el bloque de pisos ruidosos y agrietados, con problemas de agua, gas, electricidad y drogas. Por aquel entonces llegó la decrepitud del Papa Ogro, que un día dejó de conocer a quienes le rodeaban y cayó en un estupor terrorífico, dejando a la responsabilidad de la Mama de los Gatos y de sus hijas Brujas y Solteronas la liquidación del imperio. Avelino eludió toda responsabilidad. Solo levantó la voz y contribuyó económicamente para que no se malvendiera la Torre. Y en seguida murió la Mama de los Gatos, y las Cuñadas Brujas siguieron viviendo allí con lo que les pasaba Avelino, que a ellas siempre les pareció miseria y compañía. Se fueron deteriorando las dos, borrachas de anís, rastreadoras de contenedores, coleccionistas de basuras. Una murió atropellada por un coche que se dio a la fuga en la Vía Julia, y a la otra la internaron en un asilo, declarada loca e incapacitada para vivir sola, a los cincuenta y nueve años parecía que tuviera ochenta, desdentada, arrugada y jorobada, con canas desmelenadas de loca y hasta nueve jerséis de lana, uno encima del otro, le contaron cuando se murió y un médico forense, especialmente obsesivo, se empeñó en desnudarla para estudiar el motivo de su muerte.

A Montserrat le habría gustado recordar su vida en el Ensanche, con Avelino, como su época de plenitud. Al fin solos, ella dejaba de ser criada para ser esposa, madre y enfermera, al fin hablando franca y tranquilamente a la hora de las comidas, o antes de dormir, sin interferencias odiosas. Pero no fue así, era demasiado tarde, la posibilidad de comunicación con Avelino se había roto definitivamente en algún momento, mientras se encontraban distraídos. Si ella, como enfermera, le preguntaba cosas acerca de su profesión médica, Avelino le respondía sin dudar: «No lo entenderías» de forma tan tajante, esquivándola tan descaradamente que Montserrat llegó a pensar que su marido no conocía las respuestas a sus preguntas y disimulaba su propia ignorancia apelando a la ignorancia de ella. «No lo entenderías» llegó a convertirse en la frase más odiosa que Montserrat había escuchado nunca, era la frase que le cerraba definitivamente las puertas de su futuro. «No lo entenderías» la enviaba de golpe a los olores y a las suciedades de sus orígenes, al analfabetismo del que se había salvado con grandes esfuerzos. «No lo entenderías» era peor que un insulto, peor que una bofetada. «No lo entenderías» y, a

partir de entonces, el silencio se instaló entre los dos. Un silencio sin pactar pero, precisamente por ello, mucho más denso, ofensivo y lleno de reproches, temores y amenazas. Un silencio donde ni siquiera cabía el «pásame la sal», el «buenos días» o el «¿qué has hecho hoy?» y que se complementaba, por tanto, con gestos bruscos e innecesarios para conseguir el salero que el otro podría haber alcanzado, o para dar la espalda al recién llegado y quizás así fingir que no existía. Hablaban cuando no quedaba más remedio, cuando estaban delante de los niños o de alguna otra persona, para guardar las apariencias, cuando había que recriminar trastadas o cuando no había otra forma de comunicar algo, pero la práctica del silencio cuando estaban solos creó en Montserrat, y quién sabe si también en Avelino, una especie de sordera selectiva que rozaba lo fantástico.

Un día, vivían todavía en el Ensanche, a la hora de comer, Avelino soltó de pronto:

—¿Sabes la Barrera, la Pilar Barrera, la que ha venido esta mañana? Me la follo cada vez que viene de visita.

«Me la follo». Montserrat no había escuchado nunca aquella expresión en boca de su marido ni, muy probablemente, en ninguna otra boca, pero adivinó su significado y por eso detuvo un instante su mano, cuchara en alto, a punto de meter la sopa en la boca. A continuación, procurando no mirar a Avelino, sorbió cuidadosamente el caldo, deglutió y siguió comiendo como si no hubiera escuchado nada. Y Avelino añadió:

—Y a la Esperabé también. A la Encarna Esperabé, cada vez que viene. Yo le como el coño y ella me chupa la polla.

Montserrat seguía comiendo con aire distraído, como muy atenta a lo que decía la radio, como si estuviera comiendo sola. Fue la primera vez que se fingió sorda a las palabras de Avelino, y él no pareció extrañarse, ni se esforzó en repetir las cosas ni en obtener de ella una respuesta. Simplemente, conformado, de vez en cuando, una vez a la semana, una vez al mes, abría la boca cuando los chicos no estaban con ellos, cuando estaban en el colegio o de excursión, y dejaba caer uno de sus disparates:

—Hoy me he cagado encima de doña Enriqueta. A ella le gustan estas cosas.

Y regresaba a su silencio de días. Montserrat sabía que aquello

no era verdad. Cuando Avelino recibía a sus pacientes, ella se acercaba de puntillas a la puerta de la consulta y escuchaba atentamente la formulación ceremoniosa de su marido, las respuestas comedidas de las señoras, y señor Argelaga por aquí y señora Esperabé por allí, y nunca escuchó nada que se saliera de tono. A veces, solo a veces, para mantener alguna clase de dignidad, esperaba a que Avelino abriera la puerta y la sorprendiera allí, para demostrarle que sabía que sus calaveradas no eran más que fantasías delirantes. Pero eso no impedía que, por la noche, Avelino se asomara a la cocina y murmurase distraídamente: «Vaya un polvo le he pegado hoy a la guarra esa», o bien «A la Esperabé, hoy, le he dado por el culo», aunque la Esperabé, por ejemplo, no hubiera acudido aquel día a la consulta, y eso lo sabía Montserrat, que era quien concertaba las citas de su marido.

Esto debía de suceder hacia el año 1968 o 69, sí, más o menos, que fue cuando los chicos se quedaban a media pensión y, a las horas de comer, el silencio del matrimonio se volvía insoportable. Y se prolongó durante años, durante muchos años, durante veinte años como mínimo, hasta que Avelino se jubiló en el 89, que desde entonces no volvió a tocar el tema escabroso.

Después de muertas las Cuñadas Brujas, Montserrat y Avelino visitaron con frecuencia la Torre para adecentarla, vaciarla de las basuras recopiladas, rascar la mugre que enmascaraba las florituras modernistas y los empapelados policromos que representaban balaustradas con vistas a jardines versallescos. Hicieron reparar sanitarios que no funcionaban, fregar suelos, pintar paredes y techos de algunas habitaciones y Montserrat en persona sacó lustre al latón del pasamanos de la escalera. No lo hacían para sí mismos, sino con la intención de alquilar la Torre algún día y vivir del alquiler que ello les reportase. También pensaron que podrían disfrutarla sus hijos, Luis y Pedro. Pero, tanto las inmobiliarias que habían de ponerla en alquiler como los hijos, habían reaccionado con la misma expresión sarcástica: «¿En ese barrio…?». De forma que, cuando Avelino se jubiló, cedieron el piso de Gran Vía a Pedro y a Luis y ellos se trasladaron a vivir a la Torre.

Pusieron un cerrojo a la puerta del vestíbulo que se abre a las habitaciones de la planta baja, levantaron un tabique y pusieron otra puerta con cerrojo en lo alto de las escaleras, y así tuvieron un

piso donde dos personas podían vivir con holgura y otro piso, el de arriba, para alquilar. Los de la inmobiliaria volvieron a sonreír y a decir: «¿En ese barrio?», y han tardado tres años en encontrar inquilinos pero, sorprendentemente, hace unos meses (exactamente nueve meses, porque era un mes antes de que el Hombre de la Navaja entrara en acción), se presentó el agente de la propiedad inmobiliaria con esa mujer alta y hermosa, que parece extranjera y siempre usa vestidos muy ajustados, que en seguida se ve que es una furcia, y ella dijo: «Me encanta, pero esto es una joya», y se quedaron con las ganas de advertirle que allí no querían escándalos porque añadió: «Mi marido se quedará maravillado». Y, después de todo, bien mirado, tampoco podían ponerse muy exigentes.

Al marido le faltan las dos piernas. Es mucho mayor que ella, delgado, arrugado, de aspecto enfermizo, pero habla con mucho nervio, se ríe con frecuencia y maneja la silla de ruedas con una energía y una rapidez sorprendentes. Dijo que era escritor y que su bellísima esposa era su musa. Lo subieron dos hombres de las mudanzas por las escaleras, como si fuera un mueble más, junto con un equipaje muy limitado. Y no ha vuelto a bajar. Desde entonces, Montserrat se deleita escuchando el triquitracatrac de la Olivetti del piso de arriba, y se siente acompañada en su vida y en su locura, imaginando qué debe de escribir, qué mundos se crean y recrean en aquellas habitaciones donde ella hizo tantas camas, donde ella sufrió tantas embestidas de Avelino, donde escuchó, temerosa, el vozarrón de Papa Ogro apabullando a la Mama de los Gatos y a las Cuñadas Brujas.

Se ríe de pronto Montserrat, como hacía días que no se reía. Piensa que Avelino debía de creer que ella era sorda, una sorda selectiva, sorda solo para según qué temas. Y ciega también. Porque, a poco de llegar los Graña al piso de arriba, un día, Montserrat abrió la puerta del cuarto de la plancha para ir a buscar no sé qué, y se lo encontró subido a una silla, con los pantalones en torno a los tobillos, un brazo en alto, sosteniendo el fonendoscopio contra el techo, el chisme en la otra mano, masturbándose al ritmo de los vaivenes eróticos de los inquilinos de arriba. Montserrat ni siquiera mostró un poco de sobresalto. Solo frunció el ceño como quien se pregunta: «¿Qué había venido yo a buscar aquí?», dio media vuelta y salió de nuevo cerrando la puerta. Y luego, ni

palabra. Aquí no ha pasado nada. Montserrat se encontraba encerrada en un mundo donde nunca pasaba nada, asomándose por el televisor a los mundos donde pasaban cosas, donde el Hombre de la Navaja asesinaba mujeres, hasta que descubrió que el Hombre de la Navaja vive en el piso de arriba y es mujer.

Triquitracatrac, hace la máquina, escribe el marido, el hombre sin piernas que, no obstante, arranca gemidos enfermizos a la mujer hermosa cuando hacen el amor, y mientras él escribe guarradas («*se quitó el vestido, arrollándonos con su humanidad de nalgas lunares, y se acuclilló sobre ella y*») la Vecina Puta sale a la calle y folla por dinero y mata por placer. Triquitracatrac, y el sonido seco, inhumano, resume la locura que los contagia a todos, que los hace a todos cómplices de los mismos crímenes.

Cuando encontró la navaja y las ropas ensangrentadas, a Montserrat le estremeció un sentimiento nuevo, desconocido. Con la bolsa de basura bajo el brazo, en posesión de las pruebas definitivas, corrió al teléfono y descolgó el auricular decidida a llamar a la Policía. Se le ocurrió que el Hombre de la Navaja, que era mujer, podía bajar una noche y rebanarle el gaznate. Avelino la miró cejijunto, de reojo, y rompió el silencio de siglos, como si fuera consciente de estar viviendo un instante trascendental.

—¿A quién llamas?

Como siempre, Montserrat le escuchó sin escucharle, pero la pregunta tuvo la virtud de evocar la presencia en la Torre de otra persona, de otras personas, de la Mama de los Gatos y de las Cuñadas Brujas, y se emocionó, se emocionó jubilosamente, al sentir los pies que taconeaban, impacientes, en el piso de arriba, al saber que pertenecían, ni más ni menos, al Hombre de la Navaja, que es mujer. Es muy importante que sea mujer. Eso lo cambia todo. Porque Montserrat también es mujer. Y, si ella sabe quién es el Hombre de la Navaja y no hace nada por pararle los pies, tal vez sea lícito que sueñe un día que es su mano la que sujeta la navaja de afeitar, y tal vez sea lícito que sueñe que ajusta las cuentas con su pasado. Y tal vez sea ese el único modo de que dispone para recordar las cosas buenas que vivió y que continuamente se borran de su memoria. La generosidad de la Carapella, la bondad de doña Teresita, el bienestar de los Argelaga, los hijos que le ha dado Avelino. A cambio, deberá correr el riesgo de una visita del Hombre

de la Navaja, pero no importa, probablemente merece la pena. Y, de pronto, le regresó la sonrisa al rostro, después de tantos años, y se le iluminó la mirada con ilusión infantil.

Devolvió el auricular a su sitio.

—¿Qué te pasa? —preguntó Avelino, poniéndose muy nervioso—. ¿De qué te ríes?

—De nada —respondió ella al fin, alborozada, feliz, apretando bajo su brazo la bolsa de basura de los vecinos—. De nada. —Y, si las palabras pueden ser armas arrojadizas, le tiró con ellas a la cabeza—: No lo entenderías.

Devolvió la basura al contenedor, para que se la comiera el camión de cada noche, para que la hiciera desaparecer para siempre.

EL NOVENO

Siempre se puede llegar más lejos

Por fin, Damián, el jardinero, trae el esperado periódico, y el periódico trae la esperada noticia. La señora enorme toma el sol junto a la piscina, donde los vecinos no puedan ver sus gorduras y desnudeces, envuelta en casto bañador de Yves St. Laurent.

—¿Ya? —pregunta, cantarina, ilusionada—. ¡No me lo digas! ¡El Hombre de la Navaja ha matado a un hombre!

—Bueno, más o menos.

—¿Cómo más o menos?

El titular responde en lugar de Damián, el jardinero. «La octava víctima es un travestí».

—¡Pero un travestí es un hombre! —protesta la señora.

—¿Lo es, señora?

—¡Claro que lo es! ¿Lo dudas?

—Puede haber gente que lo dude, señora.

—En todo caso, es lo más parecido a un hombre que se ha cargado ese loco, ¿no?

Y dónde vamos, dónde me llevas, pero qué es esto, es una sorpresa, qué quieres hacer.

Baja la niebla desde lo alto de la montaña, oculta las copas de los árboles, se desliza cuesta abajo, entre los troncos, sigilosa, amenazante, inmensa, monstruosa, incorpórea. Gris. El color de la muerte es el gris. Gris ceniza, gris exangüe, gris indefinido, neutro, inexistente, ni blanco ni negro ni sangre ni carne ni pescado. Gris asfalto. Llega la niebla hasta el asfalto de la carretera remota y olvidada, y lo borra todo de blanco, nada abismal y humeante que envuelve el automóvil como para apoderarse de él.

Y dónde vamos, dónde me llevas, pero qué es esto, es una sorpresa, qué quieres hacer.

Y por qué nos detenemos aquí.

Hasta aquí hemos llegado, hasta aquí podíamos llegar.

Los ojos estupefactos, rebozados de rímel, boca de gesto inseguro e ingenuo, entre la pregunta y la adivinanza y la sonrisa bobalicona, ya entiendo y no entiendo nada, qué pretendes. El desconcierto, te veo extraño, nunca te había visto así, tan resuelto, tan enérgico, tan, y perdona, tan chulo, tan decidido a terminar de una vez para siempre.

Fin. Se acabó. La navaja de afeitar está en el bolsillo de atrás, con el peine. Hasta aquí hemos llegado. Hasta que uno dice basta y se acabó, y se acabó y ya está. Estoy harto, hasta los huevos, de tus sonrisas, y tu bondad infinita, y tu mano impertinente despeinándome al pasar, tomando posesión, tu comprensión insoportable, tus indulgentes recriminaciones reprimidas, ay, ay, ay, así, con la manita cortando rebanadas junto a la mejilla, ay, ay, ay, como se hace con los críos, que te voy a dar unos azotes, en el nombre del padre y de la madre y de toda la familia, amén. Harto de padrenuestros y rosarios, y de bendiciones y jaculatorias, y de acompáñame a misa, aunque te quedes fuera, tú acompáñame, que te hará bien. Harto.

La cruz de oro y brillantes sobre el pecho. Los bordados de la blusa. Los anillos. La pulsera. Los billetes en el bolso. Y un psicópata asesino que anda suelto, para acabar de arreglar las cosas. Al dictado del semanario *El Caso* y de la revista *Interviú*, echa mano a la cruz y a la pechera. Imitando al violador, rasga de un tirón la seda, saltan los botones descubriendo epidermis blanca y blanda, temblorosa y palpitante, un ay estupefacto, un manoteo de uñas rojas que no logra impedir la rotura del encaje negro del sostén, el desnudo brillante, inesperado, imposible, de carne más prieta de lo previsto, manos que se apoderan del pecho inmenso, y ahora el mordisco que busca el pezón gigante, y ella que cacarea como gallina, así es como lo hace el violador, les descubre los pechos, para hacer rebanadas de ellos, mordisco, ay, de carne fresca.

—No seas tonto —le dijo cuando le pilló con la plata en el saco, con la navaja en las manos, con las manos en la masa—. ¿Crees que merece la pena condenarse eternamente por esa tontería?

—Quítate de ahí, foca.

Foca. Y ella sonrió. Dominó la situación con su arte de reina madre, de madre viuda, de viuda negra. No era la primera vez que la llamaban foca. Miles de veces se lo habían dicho, tantas que ya estaba acostumbrada, hasta le hacía gracia, como si fuera un apelativo cariñoso, foca, sonrisa complacida, clemente hasta la náusea.

—¿No preferirías vivir en esta casa? Te ofrezco trabajo. Te pagaré bien. Serás mi chófer, ¿sabes conducir? Mi secretario, ¿sabes leer y escribir?

Y él que dice sí, pobre chorizo de mierda deslumbrado por la riqueza, que sí, que se queda, porque le parece un chollo la vastedad del jardín, la altura de los techos, el brillo de los suelos como espejos, los cortinajes, las estatuas, los candelabros, los relojes, la chimenea, y el día que se canse, se larga con lo que pueda arramblar y a vivir que son dos días. Vieja bruja, foca de mierda, le dijo que sí y la convirtió en mamá asfixiante, que no le dejaba en paz, que se metía en todo, que esto no lo hagas, que esto no lo toques, que eso está mal y esto está bien, y reza conmigo o no reces si no quieres, pero guarda silencio, fíjate en lo que dice esta oración, ruega por nosotros pecadores, igual como nosotros perdonamos a nuestros deudores, ave maría purísima, besito, mua, de buenas noches. Mano de violador que penetra entre las piernas, bajo las faldas, bragas húmedas que atrapan los dedos torpes como una red. Manos de uñas rojas que agarran la cabeza gacha y ávida, que la manejan como una pelota, con esfuerzo sobrehumano, muslos inquietos que se abren y se cierran, ansiedad, muslos ansiosos, fuera las bragas, forcejeo, jadeo, pelea feroz, deseo, muslos ávidos, húmedos, inquietos, ansiosos, vieja puta, y la sorpresa del morreo de pintalabios embadurnando labios prietos, violador violado, embadurnando la lengua, los dientes, las encías, vieja bruja, déjame a mí, cariño, mi bien, mi amor, mi nene, ven, muerde, ponte así, ven, ven, muerde, muerde…

—¿Tú has cogido las diez mil pesetas que había sobre la consola?

—Sí.

—Deberías habérmelo dicho.

Muy seria, y punto, no hay más que hablar. ¿Qué coño esperaba

conseguir con tanta pamema? ¿Creía que él estaría eternamente agradecido? Vieja tan podrida de dinero que le daba igual diez mil pesetas más que menos. Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos, mierda de beata, ¿qué pretendía? ¿Que se sintiera culpable? ¡No, así no! Pero era demasiado tarde, la fuerza de la lascivia es invencible, indomable, y los flujos y los miembros hablan por sí solos, humedades y erección delatoras, abajo la cremallera, quién lo iba a decir, la beata esta, y morros pintarrajeados, imagen de ramera abyecta, buscando un bocado demasiado grande para tan poca bragueta, manos expertas que han conocido muchos troncos, muchos capullos, y ese punto exacto del frenillo, ese y no otro, boca y lengua devoradoras, que inyectan placer hasta la médula, salivas venenosas que se suben a la cabeza y te arrebatan de este mundo. La vez siguiente le birló cien mil. Y ella no se enteró, no le dio la oportunidad de perdonarle ni de ser generosa con él. No quería tener nada que agradecerle. Doscientas. Y nada. No se enteró. Trescientas mil y tampoco. Chúpate esa, marrana. Sí, mi amor, chupo, mi tesoro, ven, ven, ahora tú, jugando con la cabeza del asesino como si fuera una pelota, ahora tú, mi amor, a oquedades perfumadas de sexo caro, ay, sí, ay, sí, espera, que pongo bien el asiento, para que vengas, para que entres, para tenerte, tú no sabes cuánto tiempo llevaba esperándote, mi tesoro. Y quinientas mil y ella hacía como que tampoco se enteraba.

—¿De dónde has sacado ese reloj de oro?

—Me lo compré con una pasta que encontré por ahí.

—Es muy bonito.

Hija de puta.

—¡Eso no te lo consiento! —Hombre, por fin, menos mal, algo que no le consiente. Lo había hecho a propósito: había dejado la puerta entreabierta, había permitido que la niña chillase, congestionada de llanto, vergüenza y tortazo, y tenía sus bragas rotas en la mano—. ¡Eso sí que no! ¡Deja a la cría! ¡Solo tiene trece años! ¡Esto es un delito! ¡Cómo te acerques a ella otra vez llamaré a la Policía!

Dijo la palabra mágica, la palabra prohibida, policía, y él decidió matarla porque estaba harto, porque hasta ahí se podía llegar. Atribuirán su muerte al Hombre de la Navaja, a ese cerdo que las degüella y luego les raja las tetas. A la vieja bruja debían

hallarla igual, en medio del monte, pero entra él en lugar de la presunta arma homicida, apuñala consigo mismo, una y otra vez, con filo de carne suavísima, una y otra vez, la herida abierta, latente, rezumante, y la presunta víctima muere entre ayes y agonías dulcísimas, abanicando con los muslos, pataleando, tirando del pelo del violador homicida, pidiendo más muerte, más, más, espoleando el galope furibundo del estrangulador frustrado hacia y hasta la explosión, el aullido que desgarra la carrocería del coche, y alborota la cortina plácida de la niebla blanca.

Culmina el intento de asesinato en el reposo de los cigarrillos sedantes. La beata embadurnada de pintalabios suspira, expulsa el humo y comenta cuánto tiempo hacía que anhelaba aquello, y mira que enredarte con aquella mocosa, siempre le había hecho ilusión tener un gigoló. Y el gigoló desarbolado, rendido, fuma y trata de explicarse lo que ha ocurrido, y configura en su imaginación una nueva vida de relojes, trajes cortados a medidas, camisas, corbatas, restaurantes, yates, viajes, caprichos, y no sabe que un día, después de dos o tres meses de experiencias místicas, orgasmos electrizantes, experimentos kamasútricos entre resbaladizas sábanas de raso, un día, cuando el Hombre de la Navaja dé permiso con su primera víctima macho, lo encontrarán como deberían haberla encontrado a ella, el gaznate abierto, el pecho velludo cruzado de cortes bestiales. «La novena víctima es un hombre», «Hombre de la Navaja amplía sus frentes», y regresará Damián, el jardinero, junto a la piscina «Misión cumplida», «Gracias, majo», y correrá el rumor de que el muerto era el gigoló y menudo disgusto se llevó la pobre mujer, qué disgusto, su última posibilidad de placer, pero en el fondo salió ganando, pobre mujer, porque menudo jeta era él, menudo jeta.

LA DÉCIMA

Tosca y basta

Al día siguiente, Lucía se despierta zarandeada por una pesadilla de urgencia y pánico, y mira a Santiago frunciendo el ceño porque el sol le hiere los ojos. Suspira cuando empieza a contemplar al hombre, atribulada por el poso de sentimientos y presentimientos que le ha dejado la pesadilla, y suspira otra vez, después de unos instantes de observación, como si la conclusión que pudiera sacar de lo que ve fuese tan desesperante como los presagios. Ha visto a Santiago muerto. Ha visto que al fin sucumbía a su depresión, a su impotencia, a su locura. Lo ha visto con las venas cortadas, esta vez de verdad, lo ha visto ahogado en el fondo de la bañera, o apaciblemente fulminado por un ataque cardíaco, en la cama, o brutalmente desarticulado en la acera, después del salto mortal. La estremece la horrible sensación de que esa imagen no es invocada por la aprensión sino por el deseo, y aparta al fin la mirada absorta, y salta de la cama, presurosa por vestirse y abandonar la casa cuanto antes.

Anoche, cuando entró con su nueva historia, Lucía tuvo una corazonada y teme que hoy se cumpla. Hoy, Santiago probará una vez más a quitarse la vida. Lucía abre el armario, saca un sujetador, cualquiera, el primero que encuentra, unas bragas, unos vaqueros, se va vistiendo de prisa, como si Santiago fuera un monstruo dormido que, de repente, pudiera despertar y abalanzarse sobre su cuello. Una camisa, un jersey liviano. Coge el bolso de un zarpazo. Sale del piso. Huye.

Primero, tenía que ser una historia de amor, una simple historia de amor, muy realista, narrada en tercera persona, sin introspección

de ningún tipo, dejando que el lector adivinara lo que piensan los personajes a través de su actuación y de sus diálogos. Aseguró que eso era posible, claro que sí. «Uno puede hablar de un coche, incluso puede conducirlo, sin necesidad de saber cómo funciona el motor». La historia de amor, por ejemplo, entre un hombre sin brazos y una mujer que le ayuda. El hombre era cartero, un paquete bomba le había estallado en las manos. Eso le permitiría hacer unas cuantas reflexiones sobre el terrorismo. Luego, decidió que es imposible escribir una historia de amor sin introspecciones, dijo que era tan absurdo como tratar de describir un coche a quien no supiera lo que es hablándole solo del color de la chapa. «Tarde o temprano, hay que hablar del motor y de la gasolina». La famosa historia de los ciegos y el elefante. Pero (se objetó a sí mismo), si nos ponemos a profundizar, dejemos de lado el tema del terrorismo. Una cosa es dejar que hablen los personajes, limitándose el autor a reflejar sus palabras y sus dislates textuales, sin compromiso, y otra destapar sus pensamientos, que probablemente serían demasiado próximos a los pensamientos del autor, o al menos el lector podría llegar a esa conclusión aunque no fuera verdad, que es peor. No quiso arriesgarse a tocar el tema del terrorismo, porque dijo que no lo tenía muy claro y porque una noche soñó que unos etarras iban a por él, a pedirle cuentas. Además, no quería describir la historia de amor entre un lisiado y una mujer hermosa. Caería inevitablemente en la descripción de su propia historia, en la autocompasión, en la justificación, en algún tipo de análisis profundo al que se negaba en redondo. De repente, llega un día Lucía a casa y todo ha cambiado. Con el rostro iluminado, dice Santiago que ahora lo ve todo claro y, fumando un cigarrillo tras otro, tiritando de excitación, suplicando la aprobación con mirada esquiva y perruna, resulta que ha descubierto que es posible contar una historia de amor sin introspecciones, claro que sí. Sería una historia puramente epidérmica, donde los sentimientos se darían por supuestos, o se descartarían, o se sugerirían, o se intuirían. Sería una novela pornográfica. Eso es lo que Santiago siempre deseó escribir. Ahora, el erotismo y la pornografía están de moda. ¿Por qué no? Una novela bien salvaje. Sadomasoquista. Un hombre y tres mujeres pervierten a una jovencita, la secuestran, la torturan, la violan, la humillan. Presentada al premio de «La Sonrisa Vertical». Pero no: en

seguida cambia de opinión. Él no se ve publicando guarradas, tiene problemas de conciencia, es muy difícil contar historias sadomasoquistas conservando una actitud distante que demuestre el profundo respeto que el autor siente por la mujer. Hay que preservar la ideología, ante todo y sobre todo, y el libro se volvería respondón, un libro militante, de denuncia, y un libro militante puede ser cualquier cosa excepto erótico. No, no, no, espera, se le había ocurrido algo mejor. Un libro erótico que solo contuviera diálogos, como los *Diálogos de cortesanas* de Pierre Louys, sí, pero estos serían diálogos entre personas tímidas o discretas o muy burguesas, que no utilizarían palabras malsonantes, nada de polla, ni verga, ni coño, ni sinónimos, ni figuras literarias. El exhibicionista diría: «Ven, mira lo que tengo aquí», y el lector ya imaginaría de qué se trataba. «Toca». «Métetelo». Renunciar a lo explícito para apelar a la imaginación del lector. Habría un relato lleno de misterios y ambigüedades, que cada cual podría interpretar a su modo. Otro relato sería humorístico, lleno de equívocos, nadie comprende lo que le están diciendo, nadie hace lo que el otro desea, la incomunicación, la gazmoñería burguesa. Pero un libro de relatos así resultaría reiterativo y vacuo a la larga. Esta es una buena idea para un relato suelto, quizá dos, quizá tres, pero no para diez o doce recopilados. No: lo cierto es que hay que empezar a escribir sin tener ninguna historia en la cabeza. Cuando quieres contar algo, cada palabra de tu discurso, cada punto y aparte, cada coma, va a surgir en función de esa historia. Obligarás a tu capacidad creativa a pasar por el tubo ramplón de una anécdota sobada e irrelevante, cuando lo que interesa en la creación literaria es la construcción de las frases, la musicalidad, la sonoridad de algunos vocablos rescatados al olvido. El contador de historias podrá ser un bufón que entretiene al populacho, pero jamás será un auténtico literato, mira a Proust, fíjate en Joyce, se emborrachaban de palabras, el uno para describir como un obseso hasta la última reverberación de un rayo de sol en la gota de rocío de una hoja, el otro reivindicando el derecho a escribir sin pudor todo lo que a uno pueda pasarle por la cabeza. Dejaban que las palabras, las frases, la literatura, crearan su propia historia. El milagro de la creación se debe a esa magia, a esa química prodigiosa mediante la cual el inconsciente aflora y expresa por su cuenta, sin tu permiso, las verdades de tu alma en forma de

inspiradísimas metáforas. Más tarde, resulta que todo eso son tonterías, *collonades*, como diría Pla. La literatura siempre estará en función de lo que el autor desea contar o, de lo contrario, deviene escritura automática, supersticiosa invocación a dioses o musas que se ríen del autor inventando trabalenguas que no conducen a ninguna parte ni tienen por qué interesar a nadie. Y, de pronto (siempre de pronto, de la noche a la mañana, iluminado por quién sabe qué musa), de pronto, la idea genial: «El Libro de las Muertes Estúpidas». Narraciones muy breves para referir la historia del hombre obeso que sufre un infarto en el fútbol, resultado de la suma de una comilona y el júbilo de un gol; el conductor de camión que muere en accidente en la carretera, en pleno domingo, y se gana el odio de cientos y cientos de domingueros bloqueados en una caravana por su culpa; el policía de película que, en la primera escena de acción, persiguiendo al golfillo que debe darle la primera pista útil, pisa mal un escalón y se cae de cabeza por las escaleras y se parte el cuello; o cualquiera de las muertes estúpidas que vienen a continuación de un «mira lo que sé hacer». Pero no: el buen relato corto ha de tener un final sorprendente y aquí terminaría por hacerse demasiado obvio quién, cómo y cuándo iba a morir.

—Bueno, y entonces, ¿qué piensas hacer?

—¡Nada! —En forma de berrido—. ¡No se me ocurre nada, Dios mío, nada, estoy completamente vacío de ideas! —Llorando.

Porque cada uno de estos cambios de opinión representa un acontecimiento tremendo. Ya sea la exaltación de la idea genial, el autor brillante que te recibe entusiasmado, folios en mano, «déjame que te lea esto, es lo mejor que he escrito en mi vida», ya sea el naufragio en la más profunda depresión, «Dios mío, así nunca voy a llegar a ninguna parte, soy incapaz de hacer nada, llevo ya dos años con este puto libro y no me sirve ni una línea, ni una miserable palabra, ni una idea, de todas cuantas he parido». Y la consecuencia son espantosos intentos de suicidio. El día de las pastillas, el día que se aproximó al balcón en su silla de ruedas y forcejeaba con la barandilla en un intento patético de encaramarse a pulso. Se mudaron a una casa baja. Y entonces lo intentó con la navaja de afeitar, cortándose las venas, cuatro rasguños ridículos y sangre hasta los codos.

Llorando:

—Ayúdame, Lucía, por favor, ayúdame, si no me ayudas, si no es por ti, yo… —Ella le abraza, lo mece, le besa la frente con infinita paciencia—. Soy como un macarra, Lucía. Lo sé. Lo reconozco. Vivo de ti. Soy incapaz de valerme por mí mismo, soy incapaz de ganar ni una peseta, soy incapaz de hacer nada positivo. Te chuleo, Lucía…

Los envuelve y los ata una soga de hielo. La alusión recuerda la procedencia de Lucía («Lena, 24 a., muy *sexy*, sí a todas tus fantasías»), y recuerda que nunca podrá olvidarse de ella. La chica que vino a vender sexo a un pobre tullido que no podía aspirar a enamorar a nadie. La chica que se enamoró de él, que purgó culpabilidades consagrando a él su vida, haciéndose su esclava, soportando sus caprichos e intemperancias.

—Lucía: no quiero que trabajes de puta. Nunca más. ¿De acuerdo? Si me quieres, no te prostituirás nunca más. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Te lo prometí. Te lo prometeré.

—¿Y este dinero, de dónde sale?

—Tenía unos ahorros.

—¡No me mientas, Lucía! ¡No me mientas, que no lo podría soportar!

—¡No te miento! ¡He dejado la vida! ¡Estoy buscando un trabajo!

—Lucía…

—¿Qué?

—Sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero yo te lo digo, ¿de acuerdo? Y, si te parece mal, pues nada. ¿Vale?

—Di.

—¿Por qué no te vas a buscar a una de tus antiguas colegas, y nos hacemos un *ménage à trois*? ¿Qué te parece? ¡Me haría mucha ilusión! Por favor. No te gusta que te lo haya dicho, ¿verdad?

—¡Por favor, Santiago! ¡Por el amor de Dios!

—¡Por favor, por el amor de Dios, eso digo yo, Lucía! ¡Por lo que más quieras! ¡Ayúdame! ¿Qué sería de mí sin ti? ¡No me abandones! ¡Te necesito!

La cabeza de él apoyada en su pecho, mecida por el vaivén ligerísimo de su respiración.

—¿Me ayudarás?

—Claro que sí. Sabes que siempre podrás contar conmigo.

—¿Cómo me ayudarás?

—Cada día, cuando vuelva de la calle, te contaré una historia que haya visto en el Metro, o en un bar, o en los lugares donde voy a buscar trabajo. Y esa será la historia que deberás escribir al día siguiente. Los escritores alimentan su imaginación con lo que ven en la calle cada día y, ya que tú no puedes salir de aquí, yo seré tus ojos fuera de estas cuatro paredes.

—Sí, sí, por favor, Lucía, sí.

—Te contaré historias de gente normal, de señoras que van al mercado, de niños que van al colegio, de repartidores del butano que no quieren acostarse con las amas de casa…

—¿Y me traerás a una de tus antiguas colegas, para hacer un *ménage à trois*?

Cada día, justo antes de abrir la puerta, una sombra oscurece la mirada de Lucía. Tiene tanto miedo de encontrarse con una nueva tentativa de suicidio que casi se sorprende al encontrar a Santiago sirviéndose una copa, o concentrado en su trabajo, pulsando teclas de la antigua máquina o corrigiendo folios. Una sonrisa deslumbrante, un abrazo, un beso.

—¿Qué relato me has traído hoy?

Empezaron siendo historias de gente normal. De amas de casa, de niños, de repartidores del butano.

—Eso no interesa a nadie —se quejó él—. Pues vaya mierda de historias me traes.

Y ella suspiraba y cerraba los ojos, luchando contra el desaliento.

—Es la vida, es la gente.

—La vida y la gente también son otras cosas. ¿Es que no lees los periódicos? Policías contra etarras, la vida oculta del terrorista fugitivo perdido entre la multitud, la vida a pecho descubierto del policía, con uniforme que lo delata como tal, blanco perfecto que destaca en cualquier escenario de la ciudad. Dos paranoias distintas. La vida en la prisión: un recluso es asesinado por otro durante un motín. La desesperación. El delincuente que huye hacia delante, que siempre ha quemado naves, consciente de que su vida no es más que un lentísimo suicidio. O el Hombre de la Navaja, ese que asesina prostitutas… —Lucía se estremeció—. ¿Por qué no me

cuentas la historia de cada una de las putas que se ha cargado el Hombre de la Navaja? Ese sí que sería un libro fabuloso, ¿no te parece?

—Pero, Santiago, yo no conozco esas historias. Yo no conocía a las muchachas asesinadas.

—No importa. Inventa. No conocías tampoco al ama de casa que iba a la Boquería, ni al niño que hizo novillos, ni al butanero que no quería follar. Inventa, inventa, inventa.

Santiago ha terminado por convencerse de que aquella es la combinación perfecta. Últimamente, es de los que cree que todas las historias están ya contadas, que solo interesa la forma de volver a narrar anécdotas sabidas. Inventar historias puede hacerlo cualquiera. Solo hay que salir a la calle y mirar y hacer conjeturas. O leer un libro y preguntarse qué sucedería si, en lugar de dar tal desenlace, se recurriese a tal otro. Eso lo hace cualquiera. Hasta Lucía es capaz de hacerlo. Y así él, el literato, puede entregarse sin trabas a la alquimia embriagadora de la composición literaria. Elegir la palabra que corresponde al concepto exacto, combinarla con otras palabras formando la melodía nueva, al ritmo idóneo, y luego solo se trata de seguir el compás.

Cuando anoche Lucía entró en el piso, Santiago la esperaba en el dormitorio, en la cama, con todas las luces encendidas, hojeando un cómic pornográfico. Y el detalle preocupó a Lucía porque Santiago solo se refugia en este tipo de revistas cuando no puede soportar la soledad. No hay problema cuando se emborracha. Cuando Santiago se hincha de alcohol es porque ha elegido el camino que le conduce a sí mismo, con el
Ballantine's
se busca y se encuentra o no se encuentra, se enamora de sí mismo o se detesta, discute o dialoga, pero se encuentra en terreno seguro enterándose de que nació solo, vive solo y morirá solo como todos los seres humanos, y encajando la mala noticia con más o menos deportividad. El Santiago que se zambulle en la pornografía, en cambio, es el que busca compañía desesperadamente, aunque sea de papel, el que envidia potencias y enormidades y hazañas ajenas, el que se compadece de sus limitaciones, el que no puede soportar solo la soledad a que se cree condenado. Es un pobre hombre rodando por la pendiente que lleva indefectiblemente al suicidio. Este fue el

presentimiento con que ayer Santiago recibió a Lucía. Su mirada fue de sorpresa, luego de expectación y, de pronto, se volvió admirativa. Nunca había visto a Lucía con aquel vestido largo, negro y dorado, tan ceñido y escotado. Estaba elegantísima, envuelta en un chal de color crema con cierta estudiada torpeza. Probablemente, había circulado cubriéndose con él la cabeza para no ser reconocida, probablemente trataba de insinuar que el escote era demasiado atrevido para dejarlo al alcance de cualquier mirón. Era un disfraz, y lo sabían los dos, formaba parte del *atrezzo* de la narración cotidiana, que estaba a punto de comenzar.

—¡Lucía! —exclamó, haciendo revolotear el tebeo porno en dirección a la terraza, como dando a entender que no lo necesitaba ahora que ella había regresado. Los presagios son mucho peores si el hombre que odia la soledad recibe a su compañera con grandes aspavientos y voces estentóreas—: ¿Qué historia me traes hoy? —Eso significa que quiere apagar a gritos las otras voces, las que le enloquecen ronroneando tentaciones dentro de su cráneo—. ¿Qué historia me traes hoy?

Lucía cerró la puerta, apoyó la espalda en ella con ademán muy cinematográfico, sabiéndose hermosa, dibujó una larga sonrisa de dientes peligrosos y entrecerró los ojos dándoles un sesgo perverso.

—¿Qué te parece mi modelito?

Se desprendió del chal descubriendo el escote excesivo. Santiago silbó de admiración, silbido que sonó a jadeo, a globo que se desinfla. Cualquiera diría que terminaban de pegarle un puñetazo en el estómago y trataba de disimular el dolor fingiendo alegría.

—Caramba, estás imponente —dijo, con la convicción de quien realmente acabase de recibir un puñetazo en el estómago. Y, en seguida, ávido, otra vez—: ¿Qué historia me traes hoy?

Ella se acercó, le besó en la mejilla rutinariamente, él atisbó su escote sin demostrar el menor interés.

—¿Qué pasó con la historia de ayer? La historia de la puta arrastrada por los pelos.

—¡Déjate de la historia de ayer, coño! —La agarró de la muñeca con brusquedad, tiró de ella para que se sentara a su lado, pero la mujer se resistió—. ¡Cuéntame la de hoy! ¿Cómo es la historia de hoy? ¿Qué tiene que ver con ese vestido? —Lucía abrió la boca para responder, quizá para protestar—. Y déjame a mí los adjetivos. Yo

soy el escritor, ¿de acuerdo? Tú, al grano, al grano.

Al fin, Lucía accedió a sentarse, marcando como al desgaire la curva de una cintura sin adjetivos. Santiago se apoderó de una grabadora y, con dedos frenéticos, la conectó.

—Venga, venga, que grabo, cuenta, cuenta.

Sumisa, cabizbaja, ella empezó:

—He ido al Liceo con un hombre —confesó.

—¿Qué hombre? —se sobresaltó Santiago.

—Uno. —Lo miró al fin. Lo desafió, «a ti no te importa».

La mano de Santiago se disparó, aprisionó las mejillas de Lucía, las oprimió forzando una mueca repelente.

—¿Qué hombre era ese?

La mirada de Lucía cambió de color, se volvió fiera.

—¡Santiago, por el amor de Dios, no hay ningún hombre, no he ido al Liceo, este vestido me lo ha prestado una amiga, hoy no tengo historia que contar! —Santiago abrió la boca y las manos, espantado, suplicante—. ¿A qué jugamos?

—¿Jugamos? —preguntó él, desconcertado.

—¿Jugamos o no? —preguntó ella, harta ya, poniendo las cosas en su sitio.

—Ah, sí, claro —aceptó él, vencido, avergonzado, no sabía dónde mirar—. Juguemos, juguemos, por favor.

—Era un viejo. Un viejo verde, impotente, al que le gusta presumir de chicas guapas en su palco del Liceo.

Santiago cerró los ojos.

—Ya está situado. No te pases, Lucía. Yo soy el escritor. Viejo verde. Liceo. Sigue.

—*Tosca*.

—¡*Tosca*! ¡Mmmmmh! —siempre con los ojos cerrados. Recostó la cabeza en la almohada.

Tosca. Acto primero. Iglesia de
Sant'Andrea
della Valle.

—Se ha dormido antes del aria de Cavaradossi del primer acto. Yo ya me lo esperaba. —Santiago abrió los ojos, se incorporó, porque él no era un viejo verde de los que se duermen en la ópera —. Lo tenía todo preparado. En cuanto he comprobado que estaba profundamente dormido, me he levantado y he salido del palco sin

hacer ruido. Para mis adentros he comenzado a cantar *Recondita armonia di bellezze diverse!* al mismo tiempo que el tenor. Me sé *Tosca* de memoria y he pensado que, cantándola, podría calcular el tiempo exactamente para estar de vuelta antes del final. He recorrido los pasillos y he salido del Liceo sin que nadie me viera. Una vez en las Ramblas, se ha apoderado de mí una especie de…

—Has salido a las Ramblas. Punto. Déjame a mí la literatura. ¿Qué más?

—Me he dirigido al aparcamiento de la plaza de la Garduña, donde habíamos dejado el coche.

—El coche del viejo.

—No. Mi coche.

—¿Habíais ido al Liceo en tu coche?

—No. Yo había dejado el coche en el aparcamiento por la tarde. He dicho que lo tenía todo previsto.

—Pues dilo todo. Dilo todo. Yo no puedo adivinar, no tengo por qué adivinar nada. Sigue.

—En el maletero había un montón de ropa. Me he desnudado…

Santiago sonrió, divertido.

—¿Te has desnudado? ¿Así? ¿Te has quedado en pelotas en medio del aparcamiento?

—Me he desnudado mientras canturreaba *Non mi ravvisate? Il carcere mi ha dunque assai mutato!*, y sí, desnudarme allí en medio, expuesta a que de un momento a otro me descubriera cualquier peatón noctámbulo, delincuente o pervertido, exacerbó mi ansiedad…

—¡Ansiedad! —repitió él, casi ahogándose con sus propias babas. Y pidió, ansioso—: Desnúdate, desnúdate ahora. Haz como hiciste.

Se desnudó. Solo tuvo que soltarse los tirantes y el vestido largo, negro y dorado se deslizó a lo largo del cuerpo hasta caer alrededor de sus tobillos. Lucía se quitó los zapatos con el gesto hábil de quien suele hacerlo varias veces al día. Puso una rodilla sobre la blanda cama y gateó hacia un Santiago que reía, enardecido, hacía pedorretas con los labios y movía la cabeza en un convulso y continuo «sigue-sigue-sigue-sigue».

—Me he puesto una minifalda de cuero rojo, brillante, y un jersey diminuto…

—… Un jersey diminuto que resaltaba sus formas como si no fuera más que una capa de pintura… —improvisa el escritor, en éxtasis—. En su vientre palpitaba un gran vacío húmedo y desazonado. Continúa, continúa. ¿Te pusiste bragas…? —Jadeando como un perro, lengua fuera, babeándose encima.

—No.

—¡No se puso bragas! —Triunfal, delirante—. Soplaba un vientecillo suave, quizás imaginaciones suyas, que jugueteaba entre sus piernas, cosquilleando, continúa, continúa.

—… Me enfilé unas medias negras y unos zapatos blancos muy horteras. Trasladé mi cartera y el neceser a un bolso modelo «*Tipique garce de Montparnasse*», y regresé a las Ramblas, transformada en ramera desesperada por encontrar cliente. Al mismo tiempo, Tosca salía al escenario.

—*Mario! Mario! Mario! Perchè chiuso? A chi parlavi?*

—Estaba crispada de ansia, mi necesidad ya era de yonqui…

—¡No adjetives! —gritó Santiago, fuera de sí—. ¡Yo soy el que adjetiva aquí! ¡Yo soy el escritor, tú limítate a contar tu historia de mierda!

—Me he dirigido a esa esquina de las Ramblas donde siempre se ponen los travestís, la calle donde está el «Pastís»…

—¡Sí, sí, la calle Santa Mónica, sí! ¡Continúa!

—Más o menos cuando Cavaradossi y Tosca entonaban el dúo *Non la sospiri la nostra cassetta*…, me he dirigido al primer travestí que he visto…

—¡Un travestí! ¡Una puta y un travestí, pero esto es genial! ¿Cómo iba vestida la locaza?

—Falda tubo de pata de gallo, jersey de angora de cuello cisne, medias blancas, zapatos de tacón de aguja.

—¿Cómo era?

—Una especie de estibador del puerto metido a mujer. Pelo negro, melenita príncipe valiente. Facciones brutales suavizadas con varias manos de maquillaje, boquita de Jean Paul Belmondo pintada de Avon.

—¿Y tetas gordas?

—Tetas gordas, claro.

—Tetas gordas, claro, claro, claro. Es genial, genial, genial. ¡Continúa!

—Le digo: «¿A ti se te empina?».

—¿Qué? ¿Le preguntaste? ¿Y él?

—Me dice: «¿Pero tú de qué vas?». Desconfiaba de mis ropas de puta.

—¡Claro!

—Le digo: «Tengo pasta. Quiero un rato contigo. Pero necesito que se te empine». El travestí me miraba de arriba abajo, confuso, confundido en su ambigüedad. La mujer que había en él quería negarlo todo, quería ser consecuente consigo misma y rechazarme con desprecio. Pero el negocio es el negocio, y estaba en la calle de vendedor ambulante, y todo lo que tenía en el almacén estaba a la venta, así que resolvió: «¿Por qué no?», y me dijo: «Soy bipolar y trifásico, nena. Si tú te lo montas guapo, yo voy de lo que me pidas. Pero soy caro y por adelantado».

—¿Me quieres dejar a mí la literatura? ¿O quieres que yo vaya copiando al dictado? ¿Lo haces tú todo? ¿No pinto nada? ¿No te hago falta? ¿Puedo suicidarme en paz? —Lucía puso cara de arrepentimiento, «no lo haré más»—. Te dijo que sí, le pagaste por adelantado. ¿Qué más? ¿Dónde fuisteis?

—A una pensión. A un hotelucho. Mientras el tenor cantaba *Mia gelosa*, subíamos a la habitación de un hotel.

—*Mia gelosa!* —cantó Santiago, sin abrir los ojos.

—*Si, lo sento… Ti tormento senza posa* —cantó Lucía.

—*Mia gelosa* —continuó él.

—*Certa sono del perdono se tu guardi al mio dolor!* —remató ella.

—Una mujer putrefacta, detrás del mostrador de recepción —improvisó Santiago—, os miró como se mira a las babosas aplastadas mientras cobraba dinero de la puta.

—Subimos una empinada escalera…

—Rincones oscuros, hedores de salfumán y desinfectantes, de orines y semen, de cuerpos desenfrenados. Allí se comprendía por fin por qué la maldad se ha asociado desde antiguo al acto carnal. La furia salvaje que dominaba a la mujer depravada la desbordó, el imperioso afán de saciedad goteó en abundancia a lo largo de su muslo… ¡Continúa, continúa, continúa!

—Entramos en la habitación mientras sonaba en mi cerebro el *Dío, Dío, quante peccata! tutta spettinata*
M'hai

…

—¿Y…?

—Le digo «A ver». Dice, maricona: «Me da un poco de vergüenza». Digo: «A ver». Inexorable. Se quita el jersey de angora, se quita el sujetador, se desabrocha la falda, se sienta en la cama para quitarse los *panties* blancos, las bragas.

—Un pito que era como un silbido —dijo Santiago alborozado —. Una herramienta atrofiada, anémica, desmayada.

—Digo «A ver».

—¡A ver! —se ríe Santiago a carcajadas—. ¡A ver!

—Dice el travestí: «Bueno, tú haz algo también, ¿no?». Digo: «Yo ya he pagado. Ahora te toca a ti». Empezó a manipularse con penoso afán. Dale que te pego. Desde el *Or va, lasciami* hasta *Quanto mi affretti!* Yo continuaba cantando para mis adentros, de forma automática, *Siam soli? Si! il vostro disegno?*
Qual'é
Me miraba desconsolado el energúmeno travestido, mientras insistía en exigir «levántate y anda» a su Lázaro muerto.

—¡Déjame a mí la literatura! ¡Qué más! ¿Se empinó o no se empinó?

—No. Perdonándole la vida, le dije: «Está bien, ponte de espaldas». Me miró sorprendido, miró mi falda roja como si esperase ver el paquete que a él le faltaba. Abrí el bolso y saqué un enorme falo de plástico. Eso le hizo reír. «¡Vaya! ¡Parece que vas preparada para la vida moderna, corazón!», exclamó. Yo, impertérrita. «Ponte de espaldas, maricona», le digo. Se pone de espaldas.

Santiago acariciaba a Lucía, una mano ajena buscaba mecánicamente rincones, zonas erógenas, mientras toda su atención pendía del relato.

—¡Se pone de espaldas, sí, qué más!

—Tu navaja de afeitar.

—¿Mi navaja de afeitar?

—Sí. ¿Recuerdas que te dije que la había tirado a la basura cuando hiciste el intento de cortarte las venas?

—Sí.

—No la tiré. Te lo dije para que no la buscaras, para que no hicieras otro intento. La llevo siempre en mi bolso.

—¿Y…?

—En el Liceo, estaba sonando el coro. *Doppio soldo… Te Deum… Gloria! Viva il Re! Si festeggi la victoria!*

—*Un tal baccano in chiesa!* —cantó él, gozoso—. *Bel rispetto!*

—El travestí me dio la espalda, se puso boca abajo sobre la cama, y yo devolví el falo al bolso, y saqué la navaja de afeitar. Y le dije: «De cuatro patas». Se puso a gatas. Me monté sobre su espalda, pasé mi mano derecha por delante de su cuello y, zas, le rajé de oreja a oreja, zas. Dio un brinco como de caballo encabritado, nos caímos de la cama, él de espaldas sobre mí, casi me asfixió. Entonces, cuando oí gemir y borbollar al tiarrón, cuando sentí que se había desmoronado como un edificio dinamitado, aplastada por sus movimientos convulsos, cuando supe que se me iba a morir encima, y mientras el barítono y el coro cantaban *Tosca, me fai dimenticare Iddio! Te aeternum Patrem omnis terra veneratur!*, y caía el telón del primer acto, y mientras de la boca y de la nariz y del cuello del travestí manaban chorros de sangre, experimenté el orgasmo. El más terrible de los orgasmos, el más doloroso, el más diabólico. No hay hada tan espantosamente lascivo como verse cubierta de sangre de pies a cabeza, y que un cuerpo tembloroso y ya muerto patalee frenético sobre ti…

Santiago se retorcía y cantaba *Questo é il baccio de Tosca! Maledetta!*

—No habíamos llegado todavía a ese fragmento.

—No importa, no importa. Continúa. ¿Qué hiciste entonces?

—Salí de debajo de aquel cuerpo inerte, de aquel cuerpo abierto de piernas y de ojos, boquiabierto, cuelliabierto, y tinta en sangre me incliné sobre él para cumplir el último ritual del Hombre de la Navaja. Le envié una serie de cortes furiosos, trazando cruces sobre sus tetas falsas, sajando la piel, dejando al descubierto la silicona, como sangre marciana, asquerosa, sangre plástica y sólida esparciéndose en grumos traslúcidos sobre un cuerpo que estaba dejando de ser humano.

—¡Genial, genial! —sollozaba Santiago.

—Luego, me desprendí de las ropas ensangrentadas, me duché para limpiarme la sangre que me cubría el cuerpo y que apelmazaba mis cabellos, con una extraña sensación, si me permites que me ponga un poquitín literaria. ¿Puedo?

—Di.

—Me sentí como Sigfrido cuando se bañó en la sangre del dragón. ¿Recuerdas? Sigfrido mata al dragón y luego se baña en su sangre que le vuelve invulnerable. Pero en la espalda se le pega una hoja de árbol, ¿qué árbol era?, y ese es el punto débil del héroe. Y por allí penetrará el venablo del traidor Hagen, el venablo que acabará con Sigfrido. Tuve el presentimiento de que, también a mi espalda, dejaba inadvertidamente una fisura, un error imperceptible que había de significar mi perdición.

—Es una imagen vulgar. Continúa sin filigranas. ¿Qué más hiciste?

—Lo mismo que Tosca después de matar a Scarpia. Cogí las lamparillas de las mesitas de noche y, a modo de candelabros, las coloqué a ambos lados del cadáver. Luego busqué una cruz para ponerla sobre el pecho de mi Scarpia, como hizo Tosca, pero no la encontré.

—No la encontró —lamentó Santiago, como un coro.

—Me vestí las ropas de la locaza y salí corriendo del hotel. No me importó que me viera el de la recepción…

—… La mujer putrefacta…

—Habrá pensado que era el travestí quien salía. Y, cuando se aclaren las cosas, ¿quién va a relacionar a esa puta de la minifalda de cuero rojo con la mujer hermosa que acompañaba al viejo verde en el palco del Liceo? Aquel desgraciado nunca reconocerá que se durmió a los primeros compases del acto primero y no se despertó hasta que Tosca se tiraba de lo alto de la torre. He regresado al aparcamiento de la Garduña, he vuelto a desnudarme y a ponerme ese vestido negro y dorado, y los zapatos, y el chal, y después de recomponer un poco mi peinado, he llegado al palco con tiempo sobrado para escuchar el «Adiós a la vida» de Cavaradossi.

—*E non ho amato mai tanto la vida*… —canturreó Santiago. Y, de pronto, atónito—: Pero todo esto que me has contado, Lucía… ¡Es verdad! —Hacía rato que Lucía se dejaba acariciar, perezosa, ausente. Y ahora le sobresaltó la interrupción de las caricias. Abrió los ojos y se encontró con un Santiago horrorizado, desolado. El cambio súbito de actitud y expresión es otro indicio inequívoco de nefasta melancolía. El entusiasmo exagerado, la alegría de risas crispadas y agudas, se había roto de pronto con un rebelde y

rabioso «no puede ser». El hombre sin piernas, el hombre incapacitado para avanzar en ningún sentido, ni siquiera en sentido figurado, se niega a creer que el mundo pueda continuar su marcha sin él, y protesta la injusticia—: ¡Todo lo que me has contado es verdad! —Bajando la voz, trémulo y desencajado—: Todo es verdad. No se te puede haber ocurrido a ti sola. Tú has matado a ese travestí…

Sonrió Lucía indulgente.

—No lo he matado, Santiago…

—¡Sí, sí, sí, lo leí en el periódico! ¡Le llamaban *la Moto*! —Se estaba enfureciendo, y eso destiñó la sonrisa de Lucía.

—Pero lo mataron hace días, Santiago.

—¡Dios mío, y si eso es cierto, quiere decir que te prostituyes! —Eso le escandalizaba más que la narración del asesinato—. ¡Te vendes, te sigues vendiendo, mala puta! ¡Me prometiste que no!

Descargó un puño que Lucía esquivó con facilidad rodando hacia el otro extremo de la cama y dejándose caer al suelo. El tullido no podía perseguirla, de manera que soltó el berrido, el llanto de impotencia.

—¡Me lo prometiste, mala puta, me prometiste que no putearías más!

Lucía se sentía ridícula en su desnudo, se ruborizó y quería taparse y desaparecer para siempre de allí. Tuvo que prometer y jurar una y otra vez que no se prostituía, que estaba buscando trabajo, que vivían del dinero que había ahorrado, de algunos trabajitos de encuestas piso por piso, y del dinero que, de vez en cuando, le prestaba una amiga. Se encaramó cautelosamente a la cama, temerosa del posible zarpazo de la fiera indignada, abrazó a Santiago, lo arrulló contra su pecho murmurando una canción de cuna.

—Tu historia está llena de errores —gimoteó él, y sorbió por la nariz—. El punto flaco en la espalda de Sigfrido. Tu hoja de árbol es la ropa del travestí en el maletero de tu coche. Ahí te clavará Hagen el venablo mortal. —Lo dijo como si lo estuviera deseando—. Eso fue una imprudencia. En seguida te pescarán.

—Tiré la ropa del travestí a un contenedor del mercado de la Boquería.

—Huellas dactilares en la pensión —insistió él.

—Las borré.

—No pudiste borrarlas todas. Alguna se te habrá escapado. Y estás fichada porque te detuvieron más de una vez por prostitución. Todas las putas están fichadas. Te localizarán en seguida.

—Está bien —concedió ella, muy cansada—. Tienes razón.

—Tu historia es una mierda —suspiró Santiago, algo más aliviado.

Luego, Lucía le limpió las lágrimas con la punta de la lengua y, poco a poco, fueron haciendo el amor. Tuvo que dejar su fuga para el día siguiente.

Y hoy ha salido con el presentimiento de que, al final de esta fuga cotidiana, encontrará un nuevo intento de suicidio, unas venas cortadas, un cuerpo sin piernas colgando de una cuerda, el plácido sueño de los sedantes, huesos rotos sobre la acera o al final de las escaleras. Y se pregunta, como cada día, por qué no convierte la fuga en definitiva, en fuga de verdad, otra casa, otra gente, otra vida, otro amor, se pregunta por qué no abandona de una vez al hombre que se ha quedado durmiendo esta mañana, y lo ve durmiendo, y se siente traidora y malvada por tener esta clase de tentaciones, y se esfuerza en recordar el amor que hicieron ayer y que ha de justificarlo todo.

Se siente más traidora y más malvada todavía al recordar ese amor en estas circunstancias, en la ancha calle que hay entre el estadio y el cementerio, siendo una más en la larga hilera de mujeres que esperan una oferta. En eso no puede engañar a Santiago. Sigue en la calle porque no sabe ganarse la vida de otra forma, porque no es tan fácil encontrar un trabajo honesto, porque a su manera sabe ser fiel a su hombre y porque en este oficio se purga más que se disfruta, y ella cree que tiene mucho que purgar.

Se detiene un coche rojo a su lado, y asoma por la ventanilla una cabeza de cabellos abundantes y canos.

—¿Cuánto por algo muy especial? —le pregunta el hombre, que parece simpático.

**

El abajofirmante

La realidad no es nunca como la imaginamos. La realidad ni siquiera es como debería ser. La abstracción aritmética del dos más dos nunca tendrá nada que ver con esas cuatro manzanas concretas que la representan, con ese color, ese volumen, ese aroma, ese gusanito que asoma. Por eso, cabe suponer que la Comisaría no será lóbrega, ni maloliente, ni mal pintada, ni siquiera estará decorada con mal gusto. Y los policías de la puerta no se abalanzarán sobre ti al leer la declaración, no te pondrán las esposas, ni te empujarán con brusquedad, ni te encerrarán en un calabozo húmedo, ni siquiera te pondrán mala cara. «Miren, que vengo a entregarme, que traigo esta confesión». «Muy bien, pase usted, veremos si el comisario puede recibirle». El comisario no parecerá un ogro, no fumará puros vomitivos ni usará sobaquera sobre la camisa empapada en sudor. Ni siquiera parecerá empleado de la Oficina Siniestra, ni usará bigotito de funcionario como trazado con tiralíneas. Leerá la declaración: «El abajofirmante, Fulano de Tal (probablemente, dirá "Fulano de Tal"), con deneí número… ¿El abajofirmante es usted?», preguntará. «Sí, claro». «… Declara libremente y en plena posesión de mis facultades mentales…».

Lo que darías ahora por un tirito de coca, para despejarte del todo cuando, estilográfica en ristre, Waterman, plumilla de oro de 18 quilates, te dispones a escribir la obra más importante de tu vida y estás a punto de hacerlo al dictado.

—¡Escribe! —te dice el esbirro, pequeño, canijo y elástico, evidentemente desquiciado, que más que esbirro es birria, que más que sicario es sicariete—. «… Declara libremente… —y mueve la

pistola perentoriamente junto a tu oreja— y en plena posesión de mis facultades mentales…».

—¿De tus facultades mentales?

—¡De las tuyas, cachobolo!

—¿De las tuyas o de las mías?

—¡Pon lo que yo te digo, gilipollas, o te pego un tiro, te juro que te pego un tiro! ¡Pon, ¿cómo era?, «y en plena posesión de mis facultades mentales»!

Escribes: «… y en plena posesión de sus facultades mentales…», el «sus» referido al «abajofirmante», tercera persona del singular, y se te ocurre que nunca nadie va a creer semejante declaración. No es verosímil. Nunca podrá ser verosímil algo escrito de esta forma, al dictado de semejante mamarracho. Eso está, o debería estar, en el Abecé de la novela policíaca. Y tú eres escritor de novelas policíacas. Lo eres, ¿verdad? Aunque esto que estás escribiendo, este delirio, este absurdo, no lo sea. Esto no es una novela policíaca aunque te obliguen a escribirlo a punta de pistola (o precisamente porque te obligan a escribirlo a punta de pistola), pero tú eres un autor de novelas policíacas, bueno, va, negras, como quieras, claro que lo eres, seguro que sí. Te dedicaste a ello porque para ti era lo más fácil, porque siempre te gustó jugar a policías y ladrones, uno se esconde y el otro busca, o a las adivinanzas, torneos de ingenio; porque aprendiste a leer con los tebeos del inspector Dan y, luego, con novelas de Japrisot, Simenon o McBain, en «La Cua de Palla», en catalán, antes de que el género se pusiera de moda, antes de llegar a los inesperados maestros Hammett, Chandler, Himes, Westlake. Escribías novelas policíacas porque, al tiempo que jugabas, tenías la oportunidad de describir el mundo inmediato que te rodeaba, exorcizabas fantasmas y terrores de tu aquí y ahora, lo bastante cerca como para estar razonablemente seguro de lo que decías, para reconocer tu mundo en tus escritos, pero a la vez lo bastante fantasioso, lejano, exótico, como para poder pensar impunemente que esas cosas solo les suceden a los demás. Te gustaba decir a la Prensa esa tontería no tan descabellada de que es el tema del libro quien elige al autor y no viceversa. Te encontraste escribiendo novela negra casi sin querer, no podías imaginar que de tu máquina saliera otra cosa, y mientras tecleabas en la Olivetti, hacías ruiditos con la boca, estampidos de revólver, «¡piñao, piñao!»

o de golpes, «¡cuh, cuh, agh!», recreabas diálogos delirantes, «arriba las manos, le dijo, quiero que toques la cúpula de la catedral con la punta de los dedos, y el otro tocó la cúpula con los dedos por increíble que parezca», el uso de la primera persona te disfrazaba de cínico y te permitía llevar a cabo perversiones imposibles. Novela negra inofensiva, de leer en el Metro, de usar y tirar, de pasar por la literatura sin dejar huellas dactilares. Novela para la iniciación del futuro lector militante, para refresco entre mamotretos, para amenizar un viaje en tren, no aspirabas a más. Eso creías tú: que no aspirabas a más. Un juego muy divertido e inofensivo hasta que alguien habló del bum de la novela negra española y los críticos fijaron sus ojos en ti, y hablaron de ti como no esperabas que nadie hablase, y te hicieron creer que estabas escribiendo cosas más importantes de lo que tú creías.

Ahora mismo, te están haciendo creer que estás escribiendo algo trascendental. «… haber asesinado, en lo que va de año, a diez personas adultas, mediante el sistema de cortarles el cuello con una navaja de afeitar y, una vez muertas, haberme ensañado dándoles repetidos cortes en los pechos…».

Dirá el comisario:

—¿Cómo se llamaba la primera?

Dirás:

—No lo sé. No se lo pregunté.

—¿Ni siquiera leyó usted el periódico, al día siguiente? ¿No tuvo curiosidad por saber cómo se llamaba su víctima?

—No, señor.

—¿No sabe cómo se llamaba ninguna de sus víctimas?

—Sí, señor. El travestí me parece que se llamaba Antonio, Antonio o Amparo. A él sí que se lo pregunté, por curiosidad. Le llamaban *la Moto*. Ah, y había una que se llamaba Esperanza, pero no recuerdo cuál de ellas.

—¿No sería la de los pechos tatuados?

—¿La de los pechos tatuados?

—Una de sus víctimas tenía los pechos tatuados, ¿no? No pudo dejar de verlo.

—Ah, sí, sí, claro, claro, ya me acuerdo.

—¡Escribe! —El esbirrete, risita de ratón, cargado de hombros, todo paranoia, te pega un manotazo en el hombro—. ¡Al dictado, lo

que yo te diga! ¡Al dictado, joder!

Chulo de mierda, sicario, pistolero, chorizo analfabeto, animal de bellota. Documentarte. Novela realista, de la calle, de chulos, putas, ladrones, policías, camellos, hay que conocerlos, porque, si no sabes, no te pongas. Chamullar argot, hacer el puente a un tequi, cómo se lo hace un travestí, copas con pasma por el aquel del *procedural*, y un pedal, y un canuto, y unas rayitas. Hay que probarlo todo. Con maría te ríes mucho. El hash te da hambre y hace que te extravíes en cada letra, poli, la pe, la o, la ele, la i, poli, abreviatura de policía, protagonista de la novela negra, pero también del griego, polis, ciudad, decorado de la novela negra, poli, policía, polis, ciudad, política, todo es política en la vida, y así *ad nauseam*. El *whisky* termina por amodorrar. La coca te convierte en la bestia de carga más ingeniosa y más crispada de todas las fiestas. La heroína, como todas las heroínas de novela negra, te engaña. Te hipnotiza, te promete que hoy soñarás las ideas geniales que escribirás mañana, y mañana ya se te han olvidado.

Para documentarte de lo que es el ambiente mafioso de verdad, llegaste una noche, zumbado, al «Club Parnaso», en un piso de las Ramblas, próximo a Colón, donde te sorprendieron los pesados cortinajes de terciopelo rojo, el hogar de exuberancia modernista, los escuetos muebles decó, las pinturas noucentistas. Te sorprendió aquel lugar repleto de gente, humo y voces, donde a las cuatro de la madrugada todavía jugaban y hablaban de negocios individuos siniestros vestidos con trajes caros. Te abrieron las puertas de su templo dándote a entender, con gesto severo y dedo índice en alto, que aquel lugar era más que un club. Censuraron con severa ojeada el desaliño de las ropas y la sonrisa impertinente, pero ibas avalado por socios de toda la vida, que te observaban con curiosidad, que se preguntaban a ver qué hace este y que intercedían por ti con gesto de compasión, pidiendo tolerancia para con el novato, el pipiolo, el julai, el primavera. Te recibieron vistazos por encima del hombro, cuchicheos molestos, y se cruzaron preguntas formuladas con las cejas, de un lado a otro del local, «¿quién es ese? ¿Quién es ese?». Tú ibas de juerga, habías bebido vermut antes de la cena, vino con el primero y el segundo plato, *chartreuse* con el postre, aguardiente en el Arco del Teatro y un par de cubatas por el camino, para entonarte. Vivías sin vivir en ti. Descorchaste una botella de

champán y ofendiste con carcajadas extemporáneas a los habituales del garito. Pertenecían a esa especie de personas susceptibles que, ante alguien risueño, piensan de inmediato que se ríe de ellos, se buscan posibles monigotes de papel pegados a la espalda, comprueban que sus braguetas sigan cerradas, se miran en el espejo buscando manchas ridículas. Y, cuando no comprenden las risas de la mesa de al lado, se enfurecen y deciden darte un buen escarmiento.

—¿Quién es ese?

—Un escritor.

—Así que tú eres escritor —te dijo el más listo de todos, el que cortaba el bacalao más gordo, mirándote como examinador profesional de escritores.

—Ni más ni menos —aseguraste.

—O sea, que vives del cuento.

—Ni más ni menos.

—¿Y qué escribes?

—Novela policíaca. O sea, novela negra.

—¡Ah, novela negra, qué bien! —Te trataba como a un niño. Como a un pobre niño, perdido y borracho, borracho perdido, pobrecillo—. Fíjate qué coincidencia. Todos nosotros, aquí, también somos escritores. —El chorizo tenía suficiente pinta de chorizo como para pasar por escritor—. Todos nosotros vivimos del cuento. De inventarnos historias. Y la mayoría son policíacas.

—¿En serio? —Borracho perdido.

—¿No ves que estamos en el «Parnaso»? —«Pobrecillo».

Fingiste que te lo creías, aunque era evidente que aquellos cuentistas no se ganaban la vida como tú. Aquellos piernas quizá tuvieran labia de sobras para engañar a los incautos, pero sus historias siempre serían iguales, teóricos de que hay muy pocas historias y todas han sido ya contadas, defensores de la forma para justificar falta de imaginación, inventores de argots, lenguajes y metalenguajes, construcciones y desconstrucciones, jerigonzas para iniciados, siempre procurando que los de la mesa de al lado no puedan comprender lo que están hablando, siempre la misma historia contada de mil maneras casi distintas, siempre confusas porque el río revuelto favorece a los tomadores del dos, historias más hipnóticas que fascinantes, solo en función del desplume del

julai. Pero fingiste que les creías porque eso te permitía hablarles de igual a igual, eso hacía que te sintieras literato entre literatos como nunca te habías sentido. Y, además, aquella noche estabas tan borracho que querías demostrar lo que sabías.

Improvisaste para ellos un discurso tan original como cauto, hablando, ante todo, de novela negra, nada de novela policíaca, no nos vayan a confundir con los partidarios de Agatha Christie, que son de derechas. Luego, defendiste que los autores de novela negra representabais la resurrección del realismo, que os cargabais todo tipo de malsano triunfalismo.

—… Le recordamos al burgués —decías— que vive en un basurero, le amargamos la vida, que se joda, somos así de valientes. —Y te sentías así de valiente, te ibas encaramando a todas las parras que encontrabas por el camino—: Hablamos de corrupción política en pleno paraíso socialista, blasfemamos denunciando injusticias donde no puede haberlas porque está prohibido que las haya, invocamos a fantasmales e inoportunos Hombres de la Navaja en plena Barcelona Olímpica, siempre tenemos que ensuciar lo que tocamos, siempre somos los que meamos fuera de tiesto: ¡O sea, que somos útiles! Bueno, no nos gusta escribir según qué cosas, pero alguien tiene que hacerlo. Como nuestros protagonistas, alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

Tenían ganas de seducirte y te sedujeron haciéndote creer que tu obra los seducía, fingiendo que te escuchaban atentamente mientras, en realidad, te observaban como si tuvieran la intención de describirte con trazos irónicos en su próxima obra.

Dirá el comisario:

—¿Cómo hiciste para colarte en el piso de Esperanza Piedra González?

—Me metí. No sé. Me metí. Todo es tan confuso…

—¿Dónde aprendiste a utilizar la espada?

—¿Qué?

—La espada. La clauca. El ruiseñor.

—Perdona, pero…

—¿Dónde aprendiste a utilizar la ganzúa?

—Ah, la ganzúa. No…

—El piso fue abierto con ganzúa. ¿Lo abriste tú o no?

—Sí, sí.

—¿Con ganzúa?

—Sí, sí.

—¿Dónde aprendiste a usarla?

—Oh, bueno, me enseñaron. Yo me documento. Como escritor de novelas policíacas, me documento. Frecuento a gente del rollo. Me han enseñado a hacerle el puente a un tequi, a chamullar el argot, etcétera.

—¿Y por qué cambiaste de navaja al llegar a la quinta víctima?

Tiempo después, se decía en el «Parnaso»:

—¿Quién es ese?

—Un escritor.

—Ese qué coño va a ser escritor. Ese hace el bisnes, que yo le he pasado perico más de una vez.

Era verdad. Habías comprado y vendido algún paquete de esto y aquello. Te habías hecho popular entre alguna pandilla de plumíferos, colegas tuyos, suministrando mandanga de primera calidad. Eso antes de que las cabezas visibles de la cultura oficial se volvieran formales y sobrias, y bebieran agua sin gas, y abandonaran la frivolidad para encerrarse de nuevo en sus templos de trascendencia catastrófica. Eso era antes de que la cultura oficial, sosegada, apoltronada, y aburguesada, volviera su rostro hacia lo sublime y dejara de aplaudir las obras que recordaban al burgués dónde vivía y que insistían demasiado en mencionar corrupciones y otras inconveniencias.

De tus delirios te ha despertado un patadón en la puerta, y has abierto los ojos y te has incorporado y has gritado sin saber dónde estabas ni por qué se venía el mundo abajo. Te han despertado, en realidad, unos golpes dados con el cañón de una pistola en la cabecera de tu cama, unos golpes discretos, y el sobresalto, más que a la violencia de los porrazos, se debía a tu convicción de que estabas solo, de que estabas durmiendo solo. Y abres los ojos y te encuentras peor que mal acompañado, junto al sicariete canijo y loco, de barba lampiña que parece postiza, vieja y apolillada, gafas de sabihondo que parecen antifaz, poco pelo y alborotado, de pusilánime que se mesa los cabellos o de poeta sublime que recita a voces al borde de un acantilado. Es el representante de los chorizos del «Parnaso», armado con formidable pistola Astra Super Azul, imitación de Máuser 1926, de cañón finísimo, cargador colgante

ante el gatillo y culata en forma de pera.

—¿Qué coño pasa? ¿Qué coño pasa?

—Tranquilo, escritor. Vengo de parte de los dueños del «Parnaso», no hay que decir nombres, tú ya sabes a quién me refiero. Te necesitamos. Tenemos que proponerte un trato.

Asustadísimo, acorralado por el pistolón y la halitosis contra una esquina de la cama:

—¿Qué trato?

—Solo te pedimos un favor, escritor, y es que escribas. Te vamos a dar tema para todas las novelas que puedas escribir en el resto de tu puta vida. ¿Has oído hablar de ese Hombre de la Navaja que va por ahí cargándose putas? —La birria de sicario no espera que digas que sí. Cabeceas para sacudirte la resaca, el aturdimiento—. Desde que ese tipo empezó a hacer de las suyas, la Policía no deja de acosarnos, persiguiendo macarras y camellos. Están seguros de que ese cabrón es uno de los nuestros, que estamos dando un escarmiento a la competencia o a las ovejas descarriadas o algo por el estilo, y continuamente andan haciendo redadas, interrogando a unos y a otros, y no nos dejan vivir. Necesitamos que alguien dé la cara, que los entretenga un poco. Y necesitamos a alguien que no sea del ambiente, claro, alguien que distraiga su atención lejos del barrio.

—¿Pero cómo puedes creer que voy a ofrecerme de cabeza de turco? ¿Te crees que estoy loco?

—Todo el mundo se cree que estás loco, escritor. Desde el primer día que te presentaste en el club diciendo gilipolleces por un tubo…

Una noche, en la sala principal del «Parnaso», sorprendiste una mirada que se compadecía de ti, probablemente de tu aspecto, probablemente de tu ebriedad, y sacaste tus conclusiones particulares y te desahogaste contra aquellas personas que, de pronto, te parecieron campanudas y engreídas, que cualquiera diría que estaban cumpliendo una misión sagrada, como si, en el fondo, no fueran tan bufones, titiriteros y saltimbanquis como tú. Se te agotó la resistencia, no pudiste contenerte ante tanto sarcasmo y prejuicio y estallaste:

—¡Estamos aquí para divertir a la gente, ¿no?! Solo para divertir a la gente, nada menos que para divertir a la gente, no para

salvarles la vida, no para iluminarlos y hacerlos más santos o más sabios. ¿Qué pretendéis? ¿Que los lectores se postren de rodillas y os adoren, majaderos? ¡Sois bufones! ¡No somos más que bufones y payasos! ¿Quién os habéis creído que sois? ¿La Virgen de Fátima?

Acallaron tus gritos plantándote frente a un espejo, agarrándote del pelo y obligándote a mirar tu imagen, y en tu delirio viste a un gilipollas disfrazado de Virgen de Fátima, como ellos, con el carnet de su club en la boca, y la misma mirada fanática, como si también tú creyeras que naciste para salvar a la humanidad, para hacer a los hombres más buenos y más sabios y aspirases a ver a tus lectores humillados a tus pies.

—Todo el mundo está convencido de que no carburas, escritor —ha dicho el hombrecillo del pistolón—. Por eso te hemos estado presentando a todas esas chicas, y te hemos llevado a tantos sitios, y te has encontrado tantas puertas y tantas piernas abiertas. Ya hay un montón de gente que va diciendo por ahí que fuiste el último cliente de Amparito *la Moto*, y de Esperanza *la Mangancha*, y de Lena… Son las víctimas del Hombre de la Navaja. ¿No vas presumiendo por ahí de que has matado a más gente que Cecil B. De Mille?

—Cuando he dicho eso, me refería a mis personajes. ¡Por el amor de Dios, soy escritor policíaco! ¡En cada una de mis obras tiene que haber obligatoriamente un muerto, por lo menos!

—Pues en la que vas a escribir ahora también lo habrá. Hay diez muertos en busca de autor y tú serás el autor. —Te ha puesto la Waterman en la mano—. ¡Venga, por ahí! ¡El abajofirmante!

—Pero…

—Vamos. Hazlo por nosotros. No te arrepentirás. Mira. —Un talón bancario por veinte millones de pesetas, veinte millones de pesetas, no has ganado en tu vida veinte millones de pesetas—. Lo metes en el Banco que quieras, que vaya generando intereses mientras tú descansas una temporada a cuerpo de rey…

—¿A cuerpo de rey?

—Porque no irás al talego, claro. Tú pasas por loco y te garantizamos que te meten en alguna clínica psiquiátrica…

—¡No, yo no paso por loco, eso ni hablar! Que al *Arropiero*, acusado de veintidós asesinatos, le declararon loco y lleva diecisiete años en un hospital psiquiátrico para reclusos, en espera de juicio,

presuntamente inocente hasta que una sentencia demuestre lo contrario, exento de responsabilidad criminal si está perturbado, pero encerrado de por vida y olvidado por todos en un loquero. No, no, en este país no es ninguna ganga que descubran que estás loco. No, no, por favor.

—Bueno, no importa, está bien. Tú hablarás con nuestros abogados, los que te enviaremos, y te diseñarán un juicio a la medida, con todos los atenuantes que quieras. No tienes antecedentes penales y las cárceles están a rebosar, o sea que no estarás más de cinco años en el maco. Te lo garantizo.

No querías escribir las palabras tan sobadas, las fórmulas de siempre, jerigonza enrevesada para aturullar al lector hasta hacerlo incapaz de discernir lo que es real y verosímil de lo que es paparrucha caprichosa y delirante. No querías escribir lo que te dictaban. Querías escribir que escribes lo que quieres. Querías escribir que sostuviste la mirada del energúmeno y te aproximaste tanto a su rostro que pudiste encender tu cigarrillo con la punta del suyo. Pero sabías que un desplante así ofendería a los parnasianos, representados por ese sujeto obtuso, descendiente de roedores, privado del más elemental sentido del humor. Y te has puesto a escribir porque piensas que, tal vez así, terminarás congraciándote con ellos. Son poderosos, tienen mucho dinero, pueden ofrecerte parte de la gloria que ellos ya han conseguido.

Deliras: Te harás famoso, hablarán de ti todos los periódicos, todos los telediarios, todas las tertulias de la Radio, tus libros empezarán a venderse como rosquillas, por tu próxima obra te pagarán más dinero que esta pandilla de cuentistas, te ves escribiendo en la cárcel, pedirás protección especial para que te aparten de los psicópatas peligrosos, para que no te den por el culo, aprenderás técnicas que ni siquiera sospechas, adquirirás una preciosa experiencia personal, régimen privilegiado porque eres un intelectual. ¿Por qué no?, te dices, borracho de miedo.

—¡Escribe! «… En la noche del diecinueve de marzo, en algún lugar del Ensanche, cerca del mercado de San Antonio…».

Escribes: «… En la noche del diecinueve de marzo, en algún lugar del Ensanche, cerca del mercado de San Antonio…».

Pero el comisario de verdad, no el que Ratoncillo y tú imagináis sino el de verdad, romperá estos folios, sonreirá como jamás ha

sonreído un comisario de novela, indulgente y feliz.

—Está bien —te dirá—. Váyase a su casa. Ya le llamaremos.

—¿Pero qué dice? —te asustarás. ¿Qué les dirás a los parnasianos si la Policía no te hace caso?

—Ninguna de las prostitutas asesinadas llevaba tatuaje —te dirá el comisario—. Ni en los pechos ni en ninguna otra parte. Y la puerta de Esperanza Piedra no fue abierta con una ganzúa, sino que abrió ella misma. Y el Hombre de la Navaja cambiaba de navaja cada vez.

No hay verosimilitud. No han previsto nada. Se nota que son unos chapuceros radicales, pendientes solo de la forma, de la sonoridad de unas palabras tras otras, prescindiendo de cuál sea su significado.

—¡Esto no se lo va a creer nadie! —protestas, enfurecido y desanimado—. ¡No se lo van a tragar!

—Sí que se lo van a tragar —afirma el minisicario barbilampiño, cerril, calvo y despeinadísimo a la vez.

—En cuanto el Hombre de la Navaja ataque de nuevo —esta expresión es testimonio de la categoría de tu obra literaria, *mea culpa*: «El Hombre de la Navaja ataca de nuevo» o, mejor, «cabalga de nuevo» sería uno de tus títulos preferidos—, en cuanto el Hombre de la Navaja ataque de nuevo, se sabrá que yo soy inocente. Como sucedió con el cura que detuvieron que, según los diarios, confesó unos cuantos asesinatos, pero, luego, se continuaron produciendo muertes y lo soltaron.

Sonríe el parnasiano roedor, que ya hace rato que apoya la mano sobre la mesa porque el pistolón pesa lo suyo.

—Todo está previsto, escritor —dice, como se habla a los desgraciados, a los pobres estólidos que nunca entienden nada—. Nosotros ya sabemos quién es el Hombre de la Navaja. Pero a él no lo podemos… —Se interrumpe, torpe, como el que tropieza con el borde de la alfombra en una recepción oficial y sale disparado dando ridículos traspiés. Consigue conservar la sonrisa—… Pero con él no podemos hacer un trato como este que hacemos contigo. Digamos que él tiene detrás a una institución, unas instituciones, que no apoyarían el tejemaneje, que lo boicotearían incluso, que levantarían polvareda, que acusarían con el dedo, pactarían, movilizarían electores, etcétera, no sé cómo explicártelo. —Torpe

sicariete que acaba de decirte quién es el asesino, de forma que era él, diablos, después de todo era él, como tú pensabas—. De manera que hemos llegado a un acuerdo con ese Hombre de la Navaja. Como se ve que no puede abandonar sus prácticas, debido a no sé qué neuras y creencias y obligaciones consigo mismo, nosotros nos encargaremos de proporcionarle señoras y señoritas para que se desahogue en privado y con discreción. Las haremos desaparecer sin grandes funerales, ni bombo ni platillo, en la intimidad, ni siquiera molestaremos a los de Pompas Fúnebres. No saldrán esquelas en los periódicos ni se invitará particularmente al duelo porque no habrá duelo. Y, a cambio de esto, el Hombre de la Navaja desaparecerá de los periódicos y dejará de cometer imprudencias. Después de lo cual, solo nos faltaba un cabeza de turco —¿o ha dicho cabeza de chorlito?— para dejar contentas a las fuerzas del orden y terminar de redondear la historia. Y el cabeza de chorlito —¿o ha dicho cabeza de turco?— eres tú. El abajofirmante. O sea, que sigue escribiendo.

Sigues escribiendo, pero ahora con mano rígida y temblorosa. Te has quedado fascinado por las palabras «A él no lo podemos». Se te han ceñido al cuello y no te dejan respirar. O te las has tragado y las tienes atascadas en la boca del estómago. O son aire envenenado, aire de cámara de gas, que te llena los pulmones y precipita tu muerte. «A él no lo podemos». «Matar». «A él no lo podemos matar». Estilográfica en mano, Waterman, plumilla de oro de 18 quilates, escribes al dictado «… me encontré con una mujer vestida con abrigo de pieles, estaba abriendo un portal de un chaflán del Ensanche…», escribes al dictado que es como jamás hay que escribir. Y ahora sí que todo encaja, todo tiene su explicación, como en tus novelas, porque no habrá comisario que te hable de tatuajes, ni de ganzúas, ni de cambios de navaja, porque no habrá interrogatorio, ahora lo ves claro, solo habrá un escrito, tu obra póstuma, «el abajofirmante», y una muchedumbre de testigos y amigos de las víctimas que dirán que tú estabas, que tú dijiste, que tú fuiste, que fuiste tú, y habrá también un cadáver, el tuyo, un cuerpo muerto y dócil dispuesto a recibir todas las acusaciones sin rechistar, debidamente suicidado con una Astra Super Azul, tiro en la sien, para que no pueda desmentir, ni protestar, ni disfrutar del apetitoso talón de veinte millones, reclamo reciclable para otra

ocasión. Escribiendo al dictado, creyendo que así alcanzarás la gloria, estás cavando tu propia tumba. Escribir al dictado es la mejor forma de dejar de ser, la única forma. Escribir lo que crees que los chorizos esperan de ti, escribir por complacer, escribir por hacerte amigos y cómplices, para asegurarte un futuro.

—¡Escribe, coño! ¡El abajofirmante!

No te da la gana de escribir lo que te dictan. Quieres escribir que escribes lo que te da la gana. Quieres escribir que el abajofirmante plantó cara al sicariete, lo miró a los ojos. Pues escríbelo, ¿qué esperas? ¿Qué temes? Escríbelo. No son más que palabras.

El abajofirmante sostuvo la mirada del parnasiano roedor y se aproximó tanto a su rostro que pudo encender su cigarrillo con la punta del otro. El sicariete arqueó las cejas, atónito.

—¡Eh, eh, eh! —chilla la rata sobre tu hombro—. ¿Pero qué estás haciendo? ¿Qué estás escribiendo? ¡Que te veo, escritor, que te veo, ¿te crees que soy tonto?!

Se inclina sobre estos folios y se le caen los ojos de huevo, ojos paranoicos, sobre las letras que no están diciendo lo que él te dicta, lo que deberías haber escrito, y babea, y se enfurece diciendo «pero qué, pero qué, pero qué», y se ha desprevenido, se le olvida la pistola que ahora apunta a cualquier parte que no es tu sien y, como nadie se suicida disparándose a la nuca, no puede disparar. No puede hacerlo antes de que tú te vuelvas hacia él despidiéndote con un glorioso «Vete al peo, mamón», hundiéndole en el corazón la pluma estilográfica, Waterman, plumilla de oro de 18 quilates.

ANDREU MARTÍN nació en 1949. Guionista de cómic y cine, está considerado como uno de los maestros de la novela negra española. En 1965 comienza a estudiar Psicología en Barcelona y se licencia en 1971. No ejerce la profesión, pero su obra demuestra en la construcción de los personajes y los argumentos el profundo conocimiento que el autor tiene del mundo de la locura y la obsesión.